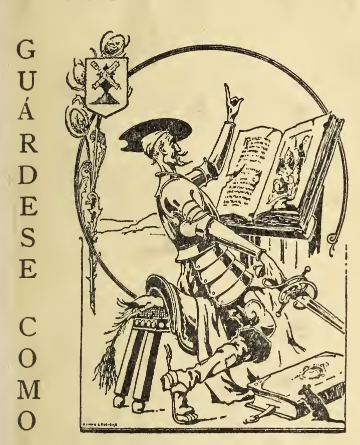

3 1761 09373134 7


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

Milton A. Buchanan
191.

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO



JOYA PRECIOSA.

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

Novelas contenidas en eſte Tomo 1º

MIS PASATIEMPOS

ALMACEN DE FRUSLERÍAS

AGRADABLES.

MIS PASATIEMPOS

ALMACEN DE FRUSLERÍAS

AGRADABLES,

POR

EL ULTIMO CONTINUADOR

DE LA GALATEA,

DON CÁNDIDO MARIA TRIGUEROS.

Qui minores hominum multorum vidit, et vobis.

TOMO I.

Robert Watson Wade

MADRID: POR LA VIUDA DE LOPEZ,

CALLE DE LAS AGUAS, AÑO 1804.

PRÓLOGO,

DESENGAÑO Ó ENGAÑIFA.

El furor con que acreditan nuestras gentes la futilidad de sus lecciones entregándose á la de las novelas, y la experiencia de que aunque sean tan malas, tan largas, tan pesadas y tan ruinmente escritas como la *Casandra*, encuentran á millares personas que quieran hacer alarde de su mal gusto, dando primera y se-

gunda vez su dinero por ellas: este furor de los muchos que leen solamente cosas fútiles, ha suscitado una plaga de los que se alquilan con nombre de autores, para despojar de pesetas, de tiempo y de aprovechamiento á quantos fueren tan poco cautos que no conozcan la asechanza, y que ni aun el lenguage es apropósito para hacerles olvidar que pierden el tiempo: al fin se compran y se leen unos inmensos conjuntos de mentiras insulsas, frias, monstruosamente filosóficas, y que para nada pueden servir, sino para acabar de apestar las costumbres, que ha largo tiempo que no estan muy sanas.

Nos inundan por todas partes con novelas, historias, cuentos y anécdotas: y la intolerable persecucion de los malos traductores no contentándose con oprimirnos con toda la apestada pócima de los escritores ultramontanos, nos la presentan por lo comun en una gerigonza ó idioma tal y tan bueno, que si no los conjuran como á la langosta, ó los contienen á fuerza de latigazos, Dios haya perdonado la lengua castellana.

Pero aun seria ménos perniciosa esta plaga, si no tuviese otras peores calidades. Tales obras, que por todos respetos son á lo ménos despreciables, y tal vez abomi-

nables, nos intentan persuadir que son el medio mas proporcionado para la correccion moral de la sociedad, y un sabroso antídoto contra la corruptela: de letra de molde se ha publicado pocos meses ha, que sin otro maestro, ni otro libro, que ciertas novelas que allí se nombran, y son harto triviales, se puede perfeccionar la gran obra de nuestra educacion nacional. ¡Ay de nosotros si tal disparate creyéramos! Pero á cada instante se esparcen prospectos de obras nacidas en tierras extrangeras, que se dicen *vertidas* al castellano, (como quien *vierte* un vaso inmundo en un lugar sucio) y son no-

velas de muchos tomos, como quien dice de muchas leguas de andadura. Sus anuncios manchan las gazetas y los diarios con los desmesurados y descomunales elogios que en ellos rebosan: ya se ve, como que son escritos por los interesados que á nada tienen miedo sino á la falta de venta.

Qualquiera de estas obras, si somos tan bobos que los creemos, es la mejor que se ha escrito: unas se proclaman (recíbamelo Dios en descuento de mis pecados) como mas dignas de aprecio por la invencion, por la gracia y por la perfeccion que la misma historia de Don Quixote de la Mancha: otras como el mo-

delo de la buena crianza y modales; todas son el *non plus* de la perfeccion y el arte: y no hay una que no pinte con suma verdad y exâctitud las acciones y pasiones del hombre sociable. ¡Qué felicidad de novelas!

Humanidad, *sentimientos*, *sensibilidad*, *principios*, *formacion*, y toda la restante lista de palabrotes *vertidos* ó sin *verter*, de la nueva gerigonza con que los filosofantes aturden inoportunamente los oidos sanos; retumba por todas partes, y compone la mas extravagante loa de estas obras de todos modos intolerables. ¿Puede llegar á mas la desvergüenza? ¿Pueden las san-

guijuelas literarias hallar rumbo peor de robar á los subscritores? Ofrecen correccion, y dan corrupcion: excelente estilo, y escriben sin estilo bueno ni malo: entendimiento ligero, y nos muelen con pesadeces.

¿Es acaso instruirnos y divertirnos el apestarnos con volúmenes sobre volúmenes de un mismo asunto, escritos por lo comun en cartas, sin invencion, henchidas de repeticiones donde una sola razon nada entre muchos millares de palabras superfluas y afectadas, y que si en su original estan escritas, como sin duda lo estan, en buen estilo y lenguage, en la traduccion

no pueden leerse sin asco.

Quebrántase el corazon al ver tan maltratada la lengua castellana, y causa bascas el oir un lenguage empedrado de voces y modismos de *tutilimundi*, sin conservar ni aun la sintaxîs, y mas parecido al de los lacayos de los embaxadores que al de Mariana, los Leones ó Cervantes; pero lo mas doloroso es, que con el favor de tales obras ha llegado á tanto la sandez, que hay quien en alguna de ellas tiene la avilantez de intentar persuadir que qualquiera version debe oler al lenguage de su original, como si dixera que el vino no puede ser apreciable si no huele á la pega.

Pero tolérese aun esta intolerable corrupcion.

¿Es por ventura apartarnos de la corruptela moral el pintar continuamente con los mas vivos, y aun con los mas fastidiosos colores los incansables esfuerzos de la seduccion? Las peores costumbres, las costumbres de los hombres mas irreligiosos y relaxados de París y de Lóndres, ¿serán un buen dechado para corregir las nuestras? Valga la verdad, y no dexemos que se engañen los incautos: los exemplos virtuosos se admiran desde luego, se elogian, y presto se olvidan: los malos repugnan, se vituperan; pero entretienen, y á la larga se imi-

tan: ¡Tal es la corrupcion humana!

Si todas las acciones malas pudieran ocultarse con un velo que hiciese ignorar que las habia, serian quizá ménos las que afeasen la sociedad: no porque pretenda yo que en estas obras se pinten unos hombres quiméricos; y quales, ni han sido ni serán jamas: la verdad de los caractéres es el fundamento en que deben estrivar semejantes escritos, y nada puede ser bueno sino es verdad, ó parecido á ella; pero deseo que el miramiento y juicio que el público merece haga escoger lo que no pueda ofender, guardar la justa sobriedad en lo aunque sea

verdadero no es bueno, y que no se escriba de manera que parece no haber otro objeto que complacerse en pintar y refinar la corrupcion moral: sobre todo, que tan monstruosas y perjudiciales pinturas no se vendan como un remedio contra la corrupcion.

Para una sola persona que se corrija por la lectura de tales escritos, si es posible que por ellos se corrija alguno, serán á lo ménos mil los que se corrompan ó empeoren; tal es la fragilidad del corazon humano. Muéstrennos un solo exemplo de enmienda originada de la lectura de *Pàmela*, que es quizá la mejor doncella que jamas se ha pintado; y será fá-

cil observar muchos de corrupcion entre la turvamulta de los señoritos que devoran con ansia la lectura de *Lovelace*, y quizá no es *Lovelace* el hombre de novela mas pernicioso y diestro en la maldad.

No hablamos en esto de las pocas obras, cuyos autores ó traductores ménos infestados del *filosofismo* del siglo, y de la asmática pedantería del *sentimiento*, respetan como es debido la debilidad de los lectores, y procuran divertirlos huyendo con precaucion de quanto pueda corromperlos: que saben tocar y no exceder los lindes de la ternura, de la conmiseracion, de la beneficencia, de la gratitud, de la bondad de

corazon, que no dan á la asquerosa *sensualidad* el nombre de *sensibilidad*, y que no avergonzándose de la *caridad* no la disfrazan con el ambigüo y vago título de *humanidad*. Tales escritos, tales escritores son dignos de toda loa, ¡pero quán pocos son! *Apparent rari nantes in gurgite vasto.* No son de esta clase los que nos persiguen y apestan con los elogios de sus obras.

En quanto á estos, añadamos á todo lo dicho lo interminables que son las mas de estas obras, la poca ó ninguna invencion, y la helada y estéril frialdad de imaginacion con que por lo comun estan adornadas: la multitud é inco-

nexîon de los episodios, el sequísimo y monotono estilo de escribirlas en cartas, y la impropiedad del lenguage; y si lo reflexîonamos todo no podrémos dudar que solo por furor puede haber tantos que las compren, y solo porque las compran muchos, pueden ser muchos los que las publican.

Novelon ha habido en tales circunstancias, cuyo autor confiesa paladinamente no tener mérito ninguno, sino el de ser original: Dios se lo perdone. Ni la invencion, ni la gracia, ni el lenguage, nada dice que la hace recomendable, sino solamente el no ser inventada fuera de España. ¿Y qué necesidad tenemos de nue-

vos borrones? Si es verdad lo que dice, como yo lo creo de la sinceridad del autor, peor es para nosotros que se diga invencion nuestra que extrangera. El ánimo de quien tal obra publica conociendo y confesando que no tiene otro mérito que el ser suya; este ánimo, digo, no percibo yo qual pueda ser. ¿Acaso hacer penitencia de otros escritos con la mortificacion que debe sufrir en mortificar á todos? ¿Acaso que pierdan los españoles el crédito que tienen en toda Europa de buenos escritores de tales obras de imaginacion? ¡Pobre España! Aun ántes que se publique semejante obra, se nos ha amenazado con otra que

tal. ¡Incautos lectores! que un pobrete por comer les venda su talento, su gracia, su buen gusto, su honesta diversion: vaya enhorabuena, pero que quien confiesa sin preguntárselo no tener nada de esto, se atreva á repetir... Mas vale dexarlo, que voy poniéndome de mal humor.

Yo que conozco todo lo que llevo dicho, no caigo en la flaqueza de intentar persuadir al público que con una nueva coleccion de tales vagatelas ofrezco una obra útil para asunto ninguno como sea para entretener un rato. Hallo que si escribiera una obra buena quizá no me la comprarian, y escribo una mala é inútil, por-

que ya que la casa se quema quiero calentarme á ella : no ofrezco una coleccion admirable , sino un *almacen de fruslerías*, en que se contienen las que he escrito por mero *pasatiempo* , y son apropósito para el de otros.

Pero aunque mi obra no la crea útil , ni la venda por buena , aspiro á que no sea perniciosa , á que sea entretenida y no molesta , á que á lo ménos no desdiga de nuestra lengua , y á que siendo bastante variada en todas las partes que la constituyen , y en todas sus circunstancias , no fastidie á los que la compren.

¿Qué tomos tendrá? no lo sé : acaso ocho , acaso seis,

acaso ménos ó mas ; el aprecio ó menosprecio del público y la lista de los subscriptores podrán arreglar su extension: cada tomo constará de tres quadernos, y cada quaderno de una, dos, tres ó mas obritas.

Estas serán sencillas y muy diversas unas de otras: unas originales, otras tomadas de obras italianas, francesas ó inglesas, y quizá, algunas serán nuestras abreviándolas y traduciéndolas del estilo del siglo pasado al presente: ni me ceñiré á novelas, acaso añadiré vidas ó historias verdaderas: acaso tragedias, sueños, y qué sé yo que mas cosas.

Quando traduzca lo haré libremente, y jamas al pie de la le-

tra, alteraré, mudaré, quitaré y añadiré lo que me pareciere apropósito para mejorar el original,y reformaré hasta el plan y la conducta de la fábula quando juzgue que así conviene.

Algunos escritores se deleytan en presentar casos horrendos, crímenes consumados, y desventuradas á las personas que no los han cometido, dexando sin castigo á los criminales; mi gusto es contrario á este, lo que es terrible bien manejado me agrada muchas veces, lo horrible nunca. Si algunas obritas hallare con estos que yo tengo por defectos y que por otra parte me parezcan bien, las mudaré á mi modo, y las haré originales, apro-

vechando las situaciones, pinturas, y expresiones que me parezcan merecerlo.

Aunque el estilo haya de variar segun lo exîjan los asuntos, los personages y sus caractéres, el lenguage, la frase y la sintáxîs será siempre una, siempre mia y siempre castellana.

Esto ofrezco, esto procuraré cumplir: subscriban muchos, y acabóse el prólogo, engañifa ó desengaño, ó como quisieren que se llame.

EL CRIADO DE SU HIJO.

NOVELA.

Un caballero de muy apreciables y distinguidas circunstancias habia quedado viudo de una señora que amaba con la mayor ternura, y la qual solamente le habia dexado un hijo; hijo que no podia ménos de ser muy querido de un padre que lloraba sin cesar la pérdida de su esposa. Anselmo (que así se llamaba este caballero) para cumplir con los juramentos que al nacer su hijo habia hecho de consagrarle su propia vida, resolvió despues de algunas semanas de viudedad, hacerse superior á su acervo dolor, y conservarse solo para cuidar del fruto único de su extrema terneza; pero aun esto era muy poco para su intenso

amor, y creeria no haber logrado nada si no consiguiese hacerle feliz y virtuoso; tal fué la empresa á que con todo esmero se dedicó el mejor de los padres y el mas tierno de los esposos; mas por desgracia, el carácter que desde luego mostraba el hijo, hacia pronosticar que esta empresa seria muy dificultosa.

Antes que Felipe (cuyo nombre tenia el niño) llegase á la edad en que ya se distinguen las cosas y se conocen las personas, le confió su padre al cuidado de una hermana de su muger, tanto mas apropósito para darle la primera educacion quanto desde su mas tierna juventud habia sido muy honrada y juiciosa, y estaba adornada de las mejores costumbres. Despues de haberla entregado Anselmo tan precioso depósito, desapareció enteramente de su casa, sin dexarse ver de nadie, ni decir

á ninguno donde estaba; no porque hubiese abandonado la ciudad, si no porque se retiró á un parage escondido, desde donde todos los dias veia á Irene, su cuñada, sin que nadie lo percibiese: no tardará mucho el lector en comprehender la razon de este procedimiento.

Entretanto Felipe se criaba á la vista de su tia; y luego que cumplió diez años, determináron proporcionarle la adquisicion de idiomas y los demas estudios correspondientes á su nacimento; mas para mejor conseguirlo le enviáron á un colegio baxo la direccion de un ayo ó maestro muy instruido, y la asistencia de un criado mas zeloso, mas amante y mas esmerado que qualquiera preceptor: este criado, (¿quién lo sospecharia?) este tierno criado era su mismo padre.

Despues de haber exâminado

Anselmo, de acuerdo con su prudente cuñada, todos los medios que pudieran servir para hacerle perpetuo y seguro guardian de su hijo, de manera que pudiese ser preservado de todo engaño, determinó con una generosidad de corazon que no tiene exemplo, sacrificar todos sus placeres y comodidades, y hasta su propia vida, para conseguir que Felipe fuese un buen ciudadano, un hombre digno, útil, amado de sus compatriotas y acreedor al amor de todos los demas hombres.

Queria sofocar poco á poco y con arte ciertas funestas semillas que se descubrian en él, sin saberse de donde procediesen, y que á no corregirlas en tiempo oportuno y prudentemente le hubieran quizá arrastrado á profanar la ilustre y virtuosa sangre de tan digno padre. Como este, no obstante las malas disposiciones del

temperamento de su hijo, le amaba tan tiernamente, deseaba no perder ocasion alguna de serle útil, y creyó que para esto convendria permanecer desconocido: por tanto, aunque su primera idea habia sido ser en adelante su maestro, las malas disposiciones que se manifestáron en el niño, como he apuntado, le hiciéron abandonar este sistema: conociendo que un preceptor ignora forzosamente muchas interioridades que no pueden estar ocultas á un criado que las observa con el zelo y esmero conveniente: quiso por este medio ponerse en estado de conocer y precaver los males, mas bien que hallarse en la triste necesidad de haber de reprender y corregir. ¡Inimitable ternura paternal!

El dia que Felipe salia para el colegio, al presentarle Irene el nuevo criado que habia de

acompañarle muy aseado y con una presencia agradable y modesta, le dixo: "aquí tienes un buen criado que será muy fiel y puntual; tu madre le estimó mucho, y siempre la fué bien con su esmero. Ha consentido en volver á servir únicamente por el afecto que te profesa; y es justo por tanto, mirarle muy de otro modo qué á un criado de diversa naturaleza. Si debemos alguna clase de respeto á los que se ven reducidos por la necesidad á servirnos: esta obligacion es mucho mayor para con aquellos que se determinan á sernos útiles por su propia voluntad. Abraza al buen Martin, y no te olvides jamas de que á un hombre que tanto se esmera á favor de tu familia, no debes tratarle como á un criado, si no como á un amigo que merece toda tu estimacion."

Felipe alargó los brazos al criado de un modo algo desdeño-

so y altivo: entónces llegó tambien el maestro; y á este salió á recibirle apresurado y haciéndole muchas caricias: despues de lo qual partiéron para el colegio, y Martin se puso en la trasera del coche que los llevó. El abate-preceptor tenia órden para no oponerse en manera alguna á las humillaciones, á que el criado (que conocia) queria voluntariamente sujetarse: de consiguiente luego que llegáron á su destino subió Martin las maletas y las demas cosas pertenecientes al uso del señorito, del maestro y de su persona misma; y desde luego comenzó á emplearse en todas las operaciones ordinarias de la servidumbre, sin exceptuarse de la cosa mas pequeña: veia en la persona de su hijo la de su difunta esposa, y se dedicó sobre todo desde luego á procurar grangearse su confianza y amistad; lo qual no pu-

do lograr á los principios, y solamente lo consiguió despues de la primera vez que el maestro se vió obligado á mostrarse severo, y emplear el castigo; en cuyo caso observó muy bien el señorito que Martin se dolia sinceramente de su desgracia.

Acaeció despues de esto que una culpa grave expuso á Felipe á correccion mas rigurosa: habia herido malamente á uno de sus compañeros de colegio: y el maestro, ademas de las satisfacciones que le hizo dar al ofendido, empleó el severo castigo de la palmeta: ni los ruegos, ni las lágrimas, ni las promesas fuéron bastantes para obtener la remision de un castigo, que el jóven reusaba, mas por lo que le humillaba, que por lo que le dolia: el maestro despues de este castigo, sostuvo el tono y procedimiento severo y riguroso, todo de acuerdo con Martin.

Martin entretanto retirado en un rincon del quarto, y verdaderamente angustiado por varias consideraciones, lloraba de todo corazon: el hijo luego que se quedó solo con él, se le acercó, abriéndole su propio corazon; y aun se atrevió á descubrirle los proyectos de venganza que meditaba contra su ayo. Martin los desaprobó, haciéndole observar quanta era la ridiculez y la vanidad de sus deseos, y esta reprehension llenó de enojo al jóven.

"Querido señorito, (le dixo entónces el criado apretándole las manos con ternura) creedme, os ruego, y no penseis en otra venganza que en corregiros y en forzar de este modo al señor abate á que os restituya toda su estimacion. Habeis visto como lloraba yo poco ha, mas os habreis engañado si acaso habeis creido que lloraban porque os castiga-

ban ; el castigo era justo , y mis lágrimas se derramaban solamente por la culpa con que le habiais merecido: ¿será posible que el hijo de una madre tan virtuosa como era la vuestra , que el descendiente de unas gentes apreciables , que no aspiraban á otro placer que al de que todo el mundo les amase por la dulzura de sus procederes , se haya olvidado de sí mismo , abandonándose á la dureza de la ira , y haya desmentido los estímulos de su noble sangre en tanto grado, que haya herido deliberadamente á un compañero? Esto es , señorito mio, un delito verdaderamente grande y terrible : hubiera hecho morir de dolor á vuestra madre , y costará sin duda muchas lágrimas á vuestro tierno padre. — Tus reprehensiones , Martin , sientan á tu carácter muy mal , y tú no estás aquí para reprehenderme á

mí: déxalas, pues, á un lado, y ya que le has nombrado, ¿dónde está mi padre? — No trata si no de vos, ni piensa en otra cosa que en vuestros verdaderos intereses: ciertamente daria hasta su propia vida por conseguir que seais bueno. — ¡Bellas seguridades! lo cierto es que no es mucho lo que me quiere, pues no solo no se cura de verme, si no que siempre me ha tenido léjos de sí, y entregado á manos de extraños. — Estad cierto, señorito, en que el deseo de seros mas útil es la causa de no presentarse: llegará el dia en que os asegureis de que es verdad lo que os digo; pero entretanto podeis estar cierto de que os ama con las mayores veras, que sois la persona que mas estima, y que si se presentase no podria dexar de mostraros la mayor severidad por las graves faltas que cada dia come-

teis... ¡Ah, querido señorito mio! de rodillas os ruego que querais sujetaros á la razon. — ¡Oh! esto es peor, señor Martin... ménos escucharé tus correcciones si me las intentas persuadir con ponerte de rodillas, que dándomelas en pie: dexa ese tono y esas ceremonias si quieres que tenga contigo amistad y confianza. — Haré todo quanto sea de vuestro gusto, con tal que no pretendais obligarme á que apruebe vuestros defectos. — ¿Con que yo tengo tantos y tan grandes defectos que te obligan á dármelos en cara á cada momento? — Sí, señor, y si me lo permitís os los referiré: acaso podrá seros provechoso el conocerlos. — Va bien: veamos señor Martin quales son esos grandes defectos que encontrais en mí. — Ante todas cosas, sois colérico: no creo que dexareis de conocer que vuestra viveza es excesiva,

y que degenera en brutalidad. — ¡La expresion es á lo ménos cortes y atenta! — Pudiera haber dicho ferocidad; pero respeto de tal manera la sangre que corre por vuestras venas, que no es posible que os lisongee y os engañe. No sois solamente mas vivo que lo que conviene; pero os dexais arrastrar de una maligna inclinacion que os dirige á sentir complacencia en los males agenos. Este modo de proceder toca en barbaridad; y si todo el mundo os conociera como yo os conozco, fuerais generalmente mirado como un monstruo. — ¿Habeis acabado ya, señor Martin? — No señor, pero cesaré si así lo ordenais. — Hareis muy bien en cesar. — Esta perversidad, que ahora mismo descubro en vuestros ojos, y el temor que mostrais de oir la verdad, son otros tantos defectos muy grandes. —

Y quien se los dice, como vos, á su amo, es un grande insolente, señor Martin. — Señor, si á los defectos que vos mismo habeis querido os advierta añadís la insultante ironía y la ridícula altanería, los hareis mucho mas graves.—Pues eso es precisamente lo que haré. —¡Ah, señor! ¿qué diria vuestra respetable madre si ahora viviese y os escuchase? (esto lo decia Martin llorando) ¿qué diria vuestro pobre padre? ¡Ah, señorito mio! corregid os ruego vuestras inclinaciones fogosas, para que lleneis algun dia de gozo á ese infeliz padre, que no tiene otro hijo que vos... Por lo demas, estad asegurado que mis descubrimientos, estos tristes descubrimientos que os hacen tan poco honor, los tendré ocultos en el fondo de mi corazon afligido. — Esa promesa me agrada, Martin, pero cree que si faltares á ella,

si una sola palabra... — Si conocieses, señorito, á quanto llega el amor que os profeso, no tendriais temor de que yo contribuyese á que tengan otros mala opinion de vos; pero convendria que me ayudáseis, contribuyendo por vuestra parte á que la tengan buena. — Yo me corregiré, si quisiere, quando gustare: esta no es incunvencia de un criado. — Vuestra tia me ha permitido que os reprehenda, mandándome que zele sobre vuestra conducta. — Mi tia es una buena muger, que estaria chocheando quando te hizo ese extravagante encargo. — Ese encargo que llamais extravagante me le ha confirmado vuestro padre. — Mi padre es cosa muy distinta, y puede mandar todo lo que le parezca conveniente; pero yo espero deberte el favor de que no te aproveches muy á menudo de su mandato."

El dia siguiente cayó el flaco jóven en otra falta nueva y gravísima, pegando fuego al manuscrito de una útil obra, en que su preceptor, de quien queria vengarse así, trabajaba muchos años habia. Martin, que jamas se descuidaba, acudió prontamente, y tuvo la fortuna de llegar á tan buen tiempo, que salvó el manuscrito, del qual solo se habia quemado una parte de las márgenes: encolerizado Felipe se alanzó al criado, procurando con esfuerzo arrancársele de las manos; y no pudiendo conseguirlo, le dió un puntapié en lo mas sensible de la espinilla, lo qual le causó un dolor tan agudo al pobre Anselmo, que estuvo para desmayarse; y reparándolo Felipe, se retiró riyéndose y mofándose de él. "Mereciais un rigoroso castigo, (le dixo el criado) pero yo os perdono. Llegará el dia en que me

vea satisfecho, quando al escuchar alguna palabra terrible para un mal hijo, se caiga el pernicioso velo que cubre vuestros ojos... Id, señorito, proseguid en vuestra ceguedad, que si continuais de este modo, sereis causa de los mas desgraciados afanes, y de las mas insufribles pesadumbres de vuestro padre."

No nos detendrémos á contar menudamente todos los acontecimientos poco importantes que acompañáron la juventud de Felipe: los que he referido son suficientes, y eran necesarios para hacer conocer dos personages tan importantes: pasémos desde luego á recordar escenas mas dignas de fixar la atencion de los lectores que sean capaces de conocer la ternura.

Tanto el preceptor, como el criado, empleáron todos los esmeros posibles para procurar ex-

tirpar los vicios del temperamento de Felipe, ó á lo ménos para precaver sus funestas conseqüencias. Habiendo llegado ya á la edad en que era necesario fixarle en un estado, no creyó su padre que estaba suficientemente corregido, para que pudiese descubrirse y abandonarle á sí mismo; y le pareció que seria conveniente casarle mas temprano de lo que se acostumbra, porque si le dexase en plena libertad, correrian mayor peligro sus costumbres. Para esto escogió Martin, de acuerdo con Irene, una doncellita adornada de las mas excelentes calidades del alma, igualmente que de una belleza incomparable; y Martin, en calidad de criado de estimacion, alabó disimuladamente delante de su amo las prendas de esta señorita, y se la pintó como una muger perfecta.

La destreza y oportunidad con que Martin escogia las ocasiones en que convenia hablar de los atractivos de la señora Clara de Orbina, y el modo de repetir sus elogios como sin intencion de alabarla, surtiéron completamente el efecto que se prometia. Felipe deseó ver á Clara, y se valió de Martin para que procurase facilitarle con brevedad ocasion y medios para satisfacer esta honesta curiosidad. No tardó este en proporcionar á su querido amo lo que deseaba; y habiéndole parecido la bella señorita aun mejor de lo que se habia figurado por la pintura que su criado le habia hecho, anheló por tratarla, y le consultó sobre los medios que podria emplear para conseguirlo. "No hay cosa mas fácil (respondió Martin) segun á mí me parece, principalmente quando la linda Orbina es una señorita, que

por todos respetos puede convenirnos. Hablaré á vuestra tia, que desea daros gusto en todo quanto sea decente, y obteniendo esta el permiso de vuestro padre, pedirá para vos su mano; con lo qual conseguireis tratarla del modo mas honrado, durable y delicioso. Yo me encargaré, si es de vuestro gusto, en facilitaros esta satisfaccion, y no dudo que se conseguirá con brevedad... Solo hay un inconveniente, que á la verdad puede no ser de mucha importancia, porque está en vuestra mano el hacer que no le haya; y si vos quereis sinceramente ayudarnos á efectuar una cosa tan de vuestro gusto, y que tanto os conviene, hareis por vuestra parte... — Sí, Martin, yo por mi parte te ayudaré quanto sea necesario para que se consiga mi deseo: nada será para mí dificultoso, en nada me pararé; dime qual es el

inconveniente. — Una bagatela, señorito, muy fácil de evitar; pero que si no se evita... — Se evitará, sea lo que se fuere, y aunque fuera cosa muy dificultosa: dime lo que es. — Por mas que habeis procurado ocultarlo con mucha destreza y disimulo, sé que de seis meses á esta parte estais apasionado por la mas pequeña de las hijas de nuestro vecino el hospedero, y que no habeis omitido ninguno de los medios que os han parecido mas eficaces y apropósito para atraerla á que corresponda á vuestra pasion; ó hablando con claridad, pues que nadie nos oye, los que habeis juzgado mas apropósito para seducirla y corromperla. Miéntras que esta pasioncilla... — No tienes que añadir mas, pues entiendo lo que quieres decir, y no te niego que tienes razon en tus temores. Ya, Martin mio, que

has descubierto lo que yo he procurado que nadie entendiese, te confieso llanamente que no te has engañado; pero debes creer que te hablo con la misma verdad, quando te aseguro que esa bagatela no puede hoy ser inconveniente para nuestro asunto. Aunque á los principios encontré en Laureta las mejores disposiciones que pudiera apetecer mi pasion, pero ha ya mucho tiempo que se han entiviado mis fogosas esperanzas, porque despues de aquellos buenos principios se ha portado conmigo de un modo tan constantemente rigoroso, que no he adelantado un paso, ni he podido dexar de perder toda esperanza de adelantarle. Despues de esto, la hermosa de Orbina es á mis ojos tal, que solo el haberla visto basta para haber borrado la imagen de Laureta; y para desvanecer los residuos de una pa-

sion que no pudiera hacerse legítima, aun quando ella me mostrase tanta correspondencia, como frialdad y desden acredita con su desamorado, aunque atento proceder; es tan cierto todo esto que te digo, que ningun escrúpulo puede detenerte, ni impedirte que favorezcas mi deseo. — Creo, señor, lo que me decis; y descansando en vuestra verdad, promoveré con todo esfuerzo vuestros anhelos."

Esta picardigüela de Felipe, á que habia dado fundamento su pasion por la mencionada Laureta, hubiera quizá hecho progresos muy perjudiciales si hubiese podido escaparse á la perspicaz vigilancia de Martin; pero como á esta no se le escapaba cosa alguna que tuviese conexîon con la futura suerte de su amo, la descubrió muy desde los principios, y haciendo que Irene

obrase oportunamente, logró que se asegurase el honor de Laureta, y quedasen frustradas las asechanzas de Felipe. La tia de este hizo llamar ocultamente á la madre de aquella, que era una muger muy honrada, y la dió cuenta de las pretensiones de su sobrino, en cuyo objeto no podia caber duda, y cuya conseqüencia seria probablemente la corrupcion y la pérdida del honor de su hija mas pequeña: excitó de este modo las honestas ideas de la virtud de aquella buena madre, y procuró ademas estimularla, asegurando que su buena conducta, y el esmero que pusiese en guardar á su hija, preservándola de la seduccion, serian recompensados en la persona de su misma hija, cuyo dote se aumentaria con algunos centenares de ducados. La madre dió muchas gracias á la señora Irene,

y desde entónces comenzáron á ser inútiles las tentativas con que Felipe procuraba seducir á Laureta: él continuaba, á la verdad, visitando á su querida, pero avisada esta del riesgo en que estaba con una persona con quien no podia esperar un partido honesto, y del modo con que debia portarse para que el señorito no sospechase cosa alguna, y no se arrojase quizá á algun escandaloso recurso de su fogoso natural; se contentó con recibirle de un modo atento, pero comedido, y que no lisonjeaba sus deseos con esperanzas.

Entretanto Martin no descuidó el obrar eficazmente sobre el asunto en que le habia empeñado su amo, y el efecto fué tan feliz y tan pronto como pudiera desearse. Ya se puede conocer que habiendo tal mediador no podia la señora Irene dexar de aprobar

la inclinacion de su sobrino hácia la amable de Orbina, hija única, muy rica y tan atractiva, que desde su niñez quando se presentaba en el paseo ó en las calles era admirada de quantos la veian. En la edad de diez y siete años, en que entónces se hallaba, podia reputarse una perfecta hermosura, principalmente porque adornada de un delicado gusto, sabia añadir á su natural belleza toda la esmerada elegancia que tanto se busca y se aprecia en las grandes ciudades, donde parece que pretenden que la naturaleza se asemeje al arte, y tenga unidas las calidades de entrambos: sus mórvidas carnes eran ligeramente sonrosadas, su boca en extremo donosa, su mirar lánguido y en gran manera agraciado, y su pie maravillosamente pequeño: tal era precisamente el género de belleza que mas apreciaba el jó-

vén Felipe, y la última de las prendas que he mencionado era la que mas habia arrastrado sus deseos á favor de Laureta; pero al compararla con Clara, juzgaba ya que aquella, en todas las buenas partes que mas le habian cautivado, era tosca, rústica y falta de aseo, primor y elegancia.

A la segunda visita que Felipe hizo á la preciosa Clara, quedó verdaderamente enamorado de ella; y una pasion de esta naturaleza, cuyo objeto era una doncella tan hechicera y graciosa, suavizó sensiblemente el carácter de este ardiente mancebo. Martin que le exâminaba tan de cerca, Martin que tan acostumbrado estaba á conocer sin engaño sus interioridades, percibió muy desde luego esta venturosa transformacion, y con los mayores extremos de gozo inexplicable, se atrevió á concebir las mas felices esperanzas.

Si el jóven se sintió verdaderamente ardido de resultas de haber visto á la hermosa Clara, en recompensa tuvo la ventura de que esta no le mirase con indiferencia. Martin escondido y como sepultado en la obscuridad de su situacion, tenia tan viva y perspicaz la vista, y era tan incansable en el esmero de observar, que desde luego se enteró en el mútuo efecto de las visitas; y tomando cada vez nuevo valor, iba freqüentemente en casa de los padres de la señorita, donde era bien recibido, sin embargo de que solo le conocian como un criado de Felipe: la bella Clara principalmente le trataba con un modo muy expresivo y atento, y el buen criado no omitia el darla cuenta con la mas afectuosa sinceridad de ánimo de todos los discursos y acciones del amante respecto de ella: de este modo inflamaba poco á

poco un corazon, del qual estaba persuadido que dependia el buen éxîto de la enmienda que deseaba y solicitaba por tan nuevos y tan costosos medios.

" ¡Quál será nuestra felicidad! (decia algunas veces Anselmo á Irene en sus pláticas secretas) ¡quál será la buena suerte que lograrémos por haber encontrado una doncella tan provista de merecimientos, tan bella, y cuyas circunstancias son tan iguales á las nuestras! Conozco que quiere bien á mi hijo, yo mismo soy por esto muy bien recibido de ella, un dulce y delicioso sonreir, semejante al de mi difunta esposa, y la expresiva cortesanía con que me trata no permiten que me separe de ella vez alguna, sin haberme dado á lo ménos un breve rato de audiencia particular. — ¿Y quándo, querido hermano, la has de decir quién eres? — Te ase-

guro que no tan presto. — No se puede negar que de este modo te reservas un excelente medio para aumentar á todas tus instrucciones una inexplicable energía. ¡Quál será su admiracion quando llegue á conocer todo el extremo de vuestra ternura! — Es necesario observar como se porta en el estado del matrimonio, que es la piedra de toque de todos los caractéres, á no ser que la cercanía de la muerte, ó algun grave accidente imprevisto, me fuercen á mudar de intento, pienso no descubrirme en ocho ó diez años, quando ya vea asegurada la felicidad y el sosiego de su muger. — ¡Oh, padre, verdaderamente digno! ¿pero no te cansará un estado violento de tanta duracion? — No, ciertamente. — Veo que haces mucho mas de lo que tu obligacion exîge. ¡Ah, si o viese mi hermana! Mis lágri-

mas te digan lo que yo no puedo explicarte: el amor que tenias á mi hermana se descubre muy claramente en el que muestras á su hijo. ¡Un padre desconocido de su propio hijo, abatido siervo por ternura!... ¡Ah, Anselmo, Anselmo, mas honras tú mi familia que si mi hermana se hubiera casado con un Príncipe! Padeces muchas fatigas, pero no quiero tenerte lástima conociendo tu carácter: entiendo quanto placer percibe tu corazon en ese mismo estado de abatimiento á que te has reducido por la defensa y seguridad de tu hijo."

Irene fué á pedir á Clara de Orbina, llevando á sus padres una carta de Anselmo, en la qual decia, que no pudiendo tener el honor de presentarse personalmente, encargaba á su cuñada que dispusiese los contratos en su nombre, se extendia despues so-

bre el mérito y los atractivos de la bella Clara, de la qual decia tantos bienes, que no sabiendo ella que el padre la conociese, quedó muy agradecida de tan ventajoso retrato á los informes de su amante, y al encendido amor que los dictaba.

Concluyóse muy presto el matrimonio, y no tardó en parecer el consentimiento escrito del padre á los conciertos ajustados por su cuñada, el qual venia acompañado de nuevos elogios de la señorita, mezclados con algunos prudentes consejos sobre el estado á que se preparaba; y sobre el carácter, genio y demas circunstancias del novio. Irene dispuso las cosas de manera, que Martin, sin que ninguno pusiese en ello reparo, hiciese en esta ocasion quasi todas las funciones de padre; y quando alguno parecia mostrar alguna ex-

trañeza, se le prevenia que Anselmo habia puesto al lado de su hijo este virtuoso y honrado anciano para que hiciese con él todas sus veces. Durante la bendicion nuptial estaba el venerable criado detrás de su amo, el qual en fuerza de expresa disposicion de su tia, ántes de pronunciar el *sí*, le hizo una especie de reverencia.

Los ojos del buen Martin derramáron entónces dos torrentes de dulces lágrimas, que enterneciéron á todos los circunstantes: tan patético era y tan venerable el aspecto de semejante criado. "Hago (les dixo) lo mismo que haria su padre, el qual lloraria de gozo si se hallase presente al ver pasar á su familia una señorita de tanto mérito... Bendita seais, Señora, (la dixo á la novia, al besarla la mano despues de las ceremonias; y repóse, como esta que

os hecho), repóse sobre vuestra cabeza la bendicion del padre del esposo con toda la eficacia que desea en este propio momento; pues sabe por mí la hora precisa en que se celebra el matrimonio, y ciertamente os hecha su bendicion ahora mismo, llorando de contento. Buen viejo, (le respondió la madre de Clara) un criado como vos es un verdadero tesoro: y yo encargo á mi hija que no os considere como un criado, sino que os honre como á provechoso consejero."

La noche de la boda, aunque era el último de los que se hallaban en el quarto de los novios, logró sin embargo Martin proporcion para tener una breve plática con su ama nueva: "ya sois, señora, (la dixo) muger y dueña de esta casa; permitid que un criado anciano, que os respeta y os ama, tenga la libertad de mostrároslo con sus consejos. Conte-

ned en los justos límites á un mancebo ardiente que os ama; ya vuestra madre os habrá dado sobre esto sus lecciones; no permitais que falte á su deber, ni á vuestra modestia; ni se exceda en las fogosas expresiones con una perniciosa y falsa valentía: el amor mismo, y aun la estimacion hácia la esposa, padece siempre el castigo de los imprudentes excesos. — Sí, ya me ha hablado mi madre, y yo no me separaré de sus consejos, que son muy semejantes á los vuestros." Felipe llegó donde hablaban, y Martin se retiró despues de haberle pedido permiso para abrazarle, y extrechándole contra su pecho, le dixo: "ya os veis en posesion de la juventud, de la belleza, de la misma decencia: respetadla, querido amo mio; sed tierno, pero no seais furioso; teneos respeto á vos mismo en vuestra muger..." una señal de vivísi-

ma impaciencia hizo que no continuase y saliese.

Los primeros seis meses de este matrimonio fuéron muy bienaventurados: el señor Felipe se mostró tierno y complaciente todo el tiempo que sus deseos conserváron su primera viveza y fogosidad ; pero es bien sabido que jamas objeto alguno , por delicioso que fuese , los inspiró tales , que resistiesen á la facilidad habitual de satisfacerlos : Felipe por lo mismo se templó bien presto, aunque insensiblemente y por grados , de manera que pasados diez y ocho meses estaba ya muy tibio , y comenzaba á no violentar la mayor parte de sus defectos. A no ser por Martin , la propension hácia su mala conducta hubiera tenido los mas rápidos efectos ; pero este buen criado le contenia con sus consejos , con sus reiteradas representaciones , y

muchas veces con sus lágrimas.

Al principio del tercer año desechaba ya y huía toda sujecion el señor Felipe, y se le pasaban muchos dias sin ver á su muger mas que en la mesa. Esta hermosa consorte le amaba de veras, y por tanto se afligia profundamente al observar tan malos procedimientos, para los quales no podia haber excusa alguna; pero ocultaba sus pesares dentro de su corazon, sin quexarse al que los causaba, y sin dar á sus padres seña alguna de ellos. Martin entretanto duplicaba su atencion, sus servicios y sus esmeros para con ella.

Un dia que Clara se vió absolutamente abandonada, observando tanta indiferencia en su marido, no pudo resistirse al triste y estéril desahogo del llanto: hallábase sola, pero la vigilancia de Martin no le permitia es-

tar muy léjos de ella: presentóse al momento, aunque interiormente afligido, pero armado de valor suficiente para poder hablarla y consolarla. — "¡Ah, Martin! (le dixo la acongojada esposa), ¿quál suerte de felicidad era la que me habias prometido? — Os la he prometido, señora, y os mantendré y cumpliré mi palabra; pero no os he dicho que lo conseguiríamos sin trabajo. Animaos, tened valor, y sin perder vuestro sosiego, dexad que vuestro marido busque por donde quisiere una dicha y contentamiento mas grato y mas puro que el que puede hallar en vos; y estad segura de que no le encontrará, pues no hay muger que con vos pueda ser comparada: en el término de poco tiempo, despues de haber corrido sin freno de través en través, y de locura en locura, le vereis volver á vos

desengañado, mas inclinado que jamas, mas estable y mas constante: yo me atrevo á salir por fiador de que así sucederá. — ¡Ah, Martin, que tu bondad natural me lisonjea! — Exâminaos atentamente, señora: miraos bien en un espejo y haceos justicia: entrad dentro de vuestro corazon, y juzgad del éxîto de mis promesas por el tesoro de virtudes que se encierra en él.

Pasado algun tiempo, supo Clara que su marido habia robado la hija del hospedero, que se habia casado poco ántes, y la mantenia oculta en un retirado barrio de la ciudad: la misma madre de Laureta habia avisado este mal procedimiento por medio de un billete. Clara creyó absolutamente perdidas sus esperanzas al escuchar tan cruel noticia: no podia contener su dolor, abandonándose enteramente

á tan nuevo pesar. Vió á Martin, y medio ahogada con su llanto: "¿Me dirás ahora, (le dixo) me dirás otra vez que aun ha de volver mi esposo á su obligacion? Toma, lee ese papel. — Ya lo sabia, señora, si el mal no hubiera estado hecho quando le supe, le hubiera estorvado, porque tengo todo el poder necesario... pero ya está el mal hecho, saquémos de él mismo quantas ventajas podamos. — ¿Qué ventajas, Martin? ya no espero yo cosa alguna. — Moderaos, señora, y pensad en el precioso fruto que llevais en el seno (estaba á la sazon embarazada de algunos meses) en el nombre de Dios os lo ruego; mirad por vos, querida ama mia, y moderaos." Estaba Clara sentada sobre un sofá, sosteniendo la cabeza con ámbas manos, y derramando un torrente de lágrimas. Conoció Martin que este golpe

era mas violento que lo que ella podia tolerar, y que por lo mismo era necesario usar de algun remedio extraordinario : resolvióse, pues, y sentándose á su lado, y pasando un brazo por detrás de su cuerpo: "moderad, señora, (la dixo) moderad ese dolor, que pudiera ser pernicioso á esa inocente criatura. — No es posible, Martin, no es posible: esta desgracia me oprime... Veo que mi marido no conoce ya la virtud. ¡Desventurada! ¡Qué será de mí! — Os resta aun otro asilo. — No es ya posible. (Martin la atraxo así, estrechándola entre sus brazos y besándola las manos). Sí, sí (la dixo) teneis un nuevo asilo en mi corazon, el qual... — ¿Qué es lo que quereis decir?... Este lenguage, Martin... dexadme, apartaos... — Si no me hubiera determinado á descubrirme á vos, no hubiera obrado de

un modo que puede ser tomado por malo, pero me conviene... Sabed al fin que soy... por vos... No prosigais, nada quiero saber... — ¡Oh, Dios! ¡es posible, señora, que un cruel error pueda hacer qué dudeis!.. Querida hija mia, reconoce por fin este viejo, reducido á ser criado de sus hijos, y que te ofrece un asilo en su corazon... es tiempo ya de que se descubra, pero á tí solamente... soy padre del ingrato, que es causa de tus llantos, de tus afanes: soy tu padre. — ¡Vos, señor! ¡vos mi padre! ¡vos padre!... ¡y cómo!... Me explico sin detencion, amada hija mia. Deseando atraer á mi hijo hácia la felicidad y la virtud, he hecho para merecerlo mas de lo que estaba obligado, y el cielo me debe por recompensa el éxîto venturoso de mi deseo. Me he abatido á ser criado suyo para po-

der, sin que lo percibiese, conducirle por buen camino; para hacerle evitar ó reparar sus faltas, pudiera con una sola palabra confundirle: si quisiera decirle quien soy pondria fin á sus desórdenes; pero me dirijo á fines mas dignos: quiero cambiar su corazon. — ¿Es posible? ¿y nadie sabe quién sois? — Irene, mi hermana, es la única depositaria de mi secreto. — ¡Hombre dignísimo!... teneis razon... ¡oh gran Dios! ¿quándo hareis que Felipe sepa quien sois? Dignísimo padre mio, ¡quánto mas respetable os hace vuestra tierna fineza! Gozaos en vuestros esmeros. Sostenida por vos, toleraré de aquí adelante con valor quantos pesares me acometan, vuestra virtud me eleva sobre mí propia: el cielo os lo debe, no es posible que dexe de concederos el bien y la virtud de vuestro

hijo; y ya me atrevo á esperarlo con plena confianza. ¡Ah, permitidme que bese estas benéficas y venerables manos!.. que toque estos blancos cabellos... amado padre mio, consagrado de este modo... tan tierno... tan bueno... ¡Oh, como me glorío de ser vuestra nuera! — Amé á mi muger tanto como puedo amarme á mí mismo: ya no vive, pero vive mi inmortal juramento: aunque es muerta, la amo y la sirvo en su hijo: la sirvo en vos, á quien ella hubiera amado en extremo si hubiera vivido."

Desde que Martin se descubrió á su nuera, esta tierna y digna esposa toleraba todos sus sinsabores con inimitable heroismo, porque ya no dudaba que llegaria el dia en que su marido se cambiase y corrigiese. "Amada hija (la dixo un dia Martin en presencia de su cuñada Irene, que

la visitaba á menudo) procura conservar tu alegría, tu frescura y todos tus atractivos; manten siempre la risa sobre los labios; y no dudes que atraerás á tu marido y dispertarás su aprecio, la tristeza te despojaria de tu hermosura, y entónces podria encontrar otras mugeres mejores que tú, aun siendo así que la naturaleza te ha colmado de gracias con que te aventajas á todas. Quando ya le hayas dado un hijo ó una hija, en cuyo tiempo estarás naturalmente mas linda y preciosa, entónces darémos el golpe principal, que pondrá fin á la criminal comunicacion en que está distraido: hoy mismo hariamos que se acabase todo si yo quisiese, pero no se trata de contenerle, ni de castigarle; se trata de cambiar sólidamente su corazon, y cerrar en él la puerta para otros extravíos. — Espero todo quanto

se puede esperar (dixo Irene): ¡con qué sorpresa se dirá asimismo, ¡oh padre angelical! su ternura hácia mí, su heróyca y sublime ternura le disfrazó en criado mio, para mejor conocerme, para reparar mis daños, para consolar á mi muger, para oprimirme algun dia con el inmenso peso de su virtud; en fin, para sacarme de un abismo... Mi cuñado logrará sin duda el premio de tan extraordinarias fatigas y finezas, en la venturosa transformacion de su hijo, y en la constante felicidad de su donosa y amable nueva."

Finalmente, Clara dió á luz un niño, cuyo nacimiento llamó por algun tiempo al padre á su deber, porque fué mucho el gozo que tuvo de tener un hijo varon. Presentósele el mismo Martin, diciéndole con una nobleza que hubiera hecho descubrir quien era, si su hijo hubiera tenido

por donde sospechar su felicidad: "aquí teneis ya, señor, un hijo: ¡quántas y quan grandes obligaciones cargan sobre vos en este momento! ¡si supieras á donde llega lo que puede un buen padre! ¡si sospechárais siquiera lo que debeis al vuestro! este hijo es un sagrado depósito que os confia el cielo para que hagais de él un hombre, un christiano, un ciudadano, un buen hijo, un buen marido y un buen padre; jurad, señor, que le amareis sólidamente, y le dareis buenos exemplos... — No es necesario que lo jure, Martin, es obligacion mia y la cumpliré: te lo prometo. — ¿Habeis puesto en execucion todo lo que habeis prometido?... perdonadme esta libertad: estoy como embriagado con el gozo de veros padre de un hijo hermoso, que debeis á la muger mas amable y mas virtuosa. — Sí, sí,

os perdono." Al oir estas palabras dichas con un tono muy expresivo, se arrojó á los pies de su amo arrodillándose, y le besó las manos, diciendo: "¡Ah, señor, veo que teneis un buen corazon, pues perdonais con tanta dulzura los atrevimientos de un criado!.. — Vos no lo sois, Martin, me avergüenzo de haber permitido que tengais tal nombre. Me visteis nacer: quizá estariais al lado de mi madre, como ahora habeis estado al de mi muger. — ¡Ah, sí, señor! allí estaba, os recibí... Muy bien, aun hay mas: habeis sido mi guardian, y el amigo y director de mi juventud: dexad, pues, el nombre de criado, que no os sienta bien; sed mi fiel amigo para siempre... — ¡Ah, señora, (dixo el anciano volviéndose hácia Clara) su hijo le ha tocado en el corazon; ya estais muy cerca de tener un buen ma-

rido!..." Pero viendo Martin que estas últimas palabras desagradaban á Felipe, y causaban alguna agitacion á la reciemparida, que no sabia como explicar su terneza y su contento, atajó los efectos de ámbos movimientos, que pudieran entónces ser dañosos, retirándose prontamente.

Sin embargo, esta conmocion fué pasagera en el corazon de Felipe, y no abandonó su amante, aunque su pasion comenzó á estar muy resfriada. Por su parte la virtuosa Clara tenia en su hijo un nuevo motivo para distraerse de sus pesares, empleándose enteramente en el esmero de atender á quanto pudiera contribuir á su bien estar y á su salud, ya que el buen Martin la habia persuadido á que no le criase por sí misma. En las actuales circunstancias convenia que no se ajase su frescura; y que su belleza, sus

atractivos, sus gracias y su elegancia se restableciesen de tal modo, que recobrasen todo su influxo y poder natural: este era un recurso forzoso para perfeccionar la obra de cambiar el corazon de su marido por la influencia de su propio gusto y persuasion; por tanto era muy del caso evitar todo lo que pudiera oponerse á este proyecto.

Ya bien restablecida de su parto la bella Clara, habia recobrado su antigua belleza, y no habiendo omitido cosa alguna de las que podian contribuir á conservarla en aquella ocasion, era preciso confesar que sus atractivos naturales habian conseguido aquel aliciente interes, que muchas veces se aventaja á la morvidéz y frescura de las tiernas doncellas: á lo qual se agregaba el delicado tino con que sabia emplear todos los artes propios de su sexô para hacer mas he-

chiceras y deliciosas sus gracias. No dexó su marido de reparar el nuevo grado de perfeccion con que llamaba la atencion, el gusto y aun los deseos, y no dexó de complacerse en que fuese tal la que era su muger; pero hora fuese porque se avergonzase de parecer inconstante, hora por otras consideraciones que le parecian igualmente justas, permanecia sin dexar de acudir al lado de su amiga, y siempre indiferente para con la mas bella de las mugeres. Martin sacaba buenos pronósticos de esta conducta, y así se lo dixo un dia á su nuera, en presencia de Irene, añadiendo: "no podia ser buen agüero para nosotros, si abandonase á su querida de un modo áspero y repentino: nada hay peor que la corrupcion del corazon; y los extravíos de la imaginacion son de poca monta respecto de aquella: la ingratitud y la dureza son los

vicios mas odiosos. Si trata bien á una muger á quien debe grandes sacrificios, no podemos dudar que se portará de un modo mejor y mas constante con su muger propia, quando llegue el cercano dia de que haga justicia á su mérito.

En efecto el señor Felipe quasi no podia resistir á la renovacion de los atractivos de su muger, y de dia en dia se volvia mas amante que nunca de la linda Clara. Ella se mostraba alegre y viva, como las jovencillas, que aun no conocen las pasiones funestas, que son el veneno de la vida: y este era un efecto directo de los consejos de su suegro. El marido que veia retozar al derrededor de ella los juegos y las gracias, no podia dexar de maravillarse de haber sido capaz de buscar en otra parte su felicidad: resuelto, por tanto, á poner en efecto el abandono de su ilegítimo amor, empleó los

medios mas eficaces para reconciliar su amiga con su marido y con su madre: se la volvió, dándoles las mayores seguridades de que no obstante su robo y su detencion habia persistido siempre honrada; y con esta precaucion y el sacrificio de algunos intereses consiguió sosegarlos.

No ignoraba Martin estos procedimientos de su hijo, y esperaba por lo mismo mas que ántes verle volver insensiblemente á la prision legítima y deliciosa de los brazos de su muger, á la qual avisaba puntualmente todos los acaecimientos que anunciaban la cercanía de su felicidad. Pero aunque habia concertado un arreglado plan para que se lograse el fruto de sus fatigas, no pudo este verificarse, porque un accidente imprevisto precipitó el descubrimiento.

Los afectuosos miramientos

con que la bella esposa distinguia á Martin, sorprendian á toda la gente de la casa y alguna de fuera; porque á la verdad eran excesivos para quien ignoraba los motivos: el marido oyó al fin hablar de ello, y aunque no concibió sospecha ninguna injuriosa contra su virtuosa muger, ni contra su venerable criado; túvo no obstante la curiosidad de exâminar y juzgar por sí mismo las atenciones de su esposa, sobre que recaian las hablillas de sus gentes. Estimulábale al mismo tiempo un motivo que instaba mas, porque todas las acciones de Clara comenzaban á tocar á su corazon en lo mas vivo: habia abandonado ya enteramente su amiga; y estaba en realidad enamorado de su muger. Para emprender este exámen fingió una mañana que partia para una alquería cercana, y se escondió en su propia casa.

Habia observado Martin poco ántes que su amo se entretenia con todo el fuego del amor mas vivo, y besaba un retrato de Clara, y luego que se halló en libertad, se dió prisa para ir á participar á su nuera tan precioso descubrimiento: "os ama, (la dixo) os adora: ya podeis estar segura de su absoluta vuelta á vuestro amor..." Clara alargó los brazos á su suegro, dándole mil gracias por los esfuerzos que no cesaba de hacer para conducir su marido á la virtud. "¡Oh consolador mio, (le dixo) querido padre de mi corazon, á vos solo seré deudora de mi completa felicidad! ¿qué seria de mí, si por vos no fuera?" y al decir esto ciñó con sus brazos al venerable anciano, el qual la estrechó contra su pecho, diciéndola: "¡O prenda que amo como á mi propia vida! no es posible dar una clara y completa idea de lo que eres

para mí, de mi amor, de mi ternura y de los afectos que inspiras á mi corazon.

Miéntras Martin desahogaba su ternísimo corazon, pronunciando con el mayor ahinco estas palabras; Felipe, que parte por estar cerca de su muger, y parte por dar principio al proyectado exámen, se hallaba en la pieza mas inmediata; les oyó aunque no con mucha distincion, y herido como por un rayo, por un movimiento mezclado de sorpresa, de enojo y de furor, abriendo arrojadamente la puerta, entró con precipitacion, y halló á Martin sentado junto á su muger, y quasi enteramente abrazado con ella. — "¿Qué haces, desgraciado? (exclamó) ¿qué dices? ¿á qué te atreves?.... Somos descubiertos, (dixo Martin, sonriéndose y muy sereno á su nuera, que mostraba haberse turbado, aunque sin separarse) esta-

mos descubiertos; es preciso por fin hablar." Entretanto el hijo iba como furioso hácia ellos. — "Moderaos, Señor, (le dixo su padre) tenia intencion de conservar aun ocultos los secretos de mi corazon; pero lo que habeis visto me obliga á romper de una vez el velo: moderaos. — ¡Que me modere miserable!" — Ay amigo mio, moderaos (dixo Clara, haciendo con las manos unos movimientos que indicaban quanto temia que se excediese, pronunciando alguna palabra ménos respetuosa." Felipe (prosiguió Martin) ¿qué pensarias tú de un hombre, que por espacio de quince años ha sido criado de su hijo para poder conocerle á fondo; para contener ó corregir sus defectos, y para grangearle su propia felicidad?" — ¡Un padre criado de su hijo! ¿qué quiere decir esto? — Que yo soy Anselmo tu padre, tu amigo, el hombre que te ha que-

rido siempre mas que á su propia vida. — ¡Oh Dios! ¿es posible? vos! vos, Señor.... no puedo responderos sino arrojándome á vuestros pies. — No, hijo mio, no: respóndeme en mis brazos, ó mejor, en los brazos de tu esposa. — ¡Padre mio! — Sí, yo soy tu padre, tu amigo, el consolador de tu amable y digna esposa, que solo me conoce seis meses ha. — ¡Y habeis visto mis defectos! — Y te he preservado de sus conseqüencias. — ¡Padre mio! vos sois un ángel tutelar... hablad, mandad... os debo el sacrificio de todos mis pensamientos. — " Te debes todo, todo á tu muger, á este perfecto dechado de la virtud que yo escogí para tí, oyendo los sugerimientos de mi corazon: yo supe inflamar el suyo á tu favor, yo mismo en medio de tus extravíos, me he atrevido á prometerla su felicidad... — Este es el mayor de to-

dos vuestros beneficios; y diciendo esto, tomó á Clara en sus brazos. — Cumple exâctamente mi promesa (exclamó el anciano)... Que traigan al instante su hijo.".... Felipe, como fuera de sí, apénas podia concebir todo lo que veia, y todo lo que sentia: besó la mano á su padre, y dixo á su muger: "Clara, yo quiero ser un esposo y un padre, como mi dignísimo padre, y juro á tus pies que lo seré."

Recibióle Clara en sus brazos; y habiendo traido el niño, le tomó Anselmo, y dixo á su hijo: "este es el precioso dón que á tí, hijo mio, y á mí, nos ha regalado esta celestial criatura: bendigámosle entrambos en este momento de verdadero gozo... Amable niño, en quien miro unidas quantas cosas amo en el mundo, esposa, hijo y nuera; yo te hecho mi bendicion.... Haga el cielo que dés algun dia

á tu padre momentos tan felices como el que ahora me da él; pero sin que haya tenido que tolerar las pruebas crueles que sus pasiones me han obligado á sufrir! — Concédate el cielo, hijo mio (exclamó Felipe) una virtud igual á la de mi padre, y á la de tu hermosa madre!.... esto solo es lo que deseo.

Hiciéron venir á Irene para que tuviese parte en una escena tan deliciosa; y quando vino halló que su cuñado, su sobrino y Clara estaban en el colmo de su felicidad; nadie era en el mundo tan venturoso como ellos, sino ella misma que tuvo aquel dia por el mas bienaventurado de su vida.

LA MUGER PRUDENTE.

ANECDOTA.

Un rico comerciante de Lóndres, cuyo nombre disimularémos con el de Wilson, estaba casado con una muger que era aun mas apreciable por su hermosura y por las buenas prendas personales, que por las muchas riquezas que poseia. Solamente el disgusto de no tener hijos era lo que alteraba su felicidad, y el marido èra el que en esto padecia mayor desazon: aumentábanse sus bienes de dia en dia, y con ellos se aumentaba el pesar de no tener quien los heredase; y como el tiempo que pasaba en lugar de acrecentar la esperanza que aun conservaba de tener tan deseado sucesor, no podia dexar de disminuirla, perdió insensiblemente

toda la ternura que habia tenido ántes hácia su muger ; y la indiferencia, que habia sido consegüencia de esto, degeneró muy presto en disgusto y aversion.

La mutacion del corazon de su marido fué para esta virtuosa muger asunto de la mas viva afliccion; pero aunque fuese muy grave su dolor, era tal su moderacion, que jamas le reprochaba su ingratitud sino con lágrimas, y aun estas no las veia el marido sino quando el exceso de sus desprecios y malos tratamientos la imposibilitaba de contenerlas.

Habia el señor Wilson alquilado una pequeña casa de campo poco distante de la ciudad ; á la qual se retiraba ordinariamente de noche para evitar lo que él llamaba las persecuciones de su muger. Sin quexarse pasó esta todo un año en tan infeliz situacion, viendo muy rara vez á su mari-

do, el qual solamente iba á su casa quando le obligaba la urgencia de sus negocios: pasado el año, su conducta para con ella comenzó en la apariencia á ser ménos dura, la veia con mas freqüencia, y la hablaba alguna vez con una especie de terneza, mezclada de compasion.

Una mañana despues de haberse apartado amistosamente de ella, para ir á pasar el dia, segun dixo, en el campo, salió ella tambien de casa con pensamiento de ir á visitar una amiga, que vivia en un barrio muy separado del suyo; y habiéndose parado á la vuelta á comprar hilo en una tienda de una plazueleta, vió que atravesándola el señor Wilson, llamó á la puerta de una decente casa que estaba en frente de la tienda: un mozo de librea salió á abrir, y entrando Wilson, volvió á cerrar, sin que se hablasen

uno á otro. Este modo de entrar, y la ignorancia de que su marido tuviese en aquel barrio ningun conocimiento ni amistad, la causáron desde luego alguna inquietud, y por tanto preguntó á la tendera si conocia el amo de aquella casa. — "Es el que acaba de entrar (la respondió) se llama Roberto, y dicen que es muy hombre de bien. Su muger... (la señora Wilson mudó de color al oir esta palabra, y replicó): ¡Su muger!.. yo creia... hacedme el favor de mandar que me traigan un vaso de agua: esta mañana me he fatigado demasiado, y no puedo tenerme de cansancio; dadme alguna cosa." La misma tendera asustada y apresurada traxo y la dió un licor espirituoso que tenia á la mano, y con su ayuda se restableció al parecer la señora Wilson bastante bien para ponerse á escoger el hilo que habia

pedido, y despues de haber enviado á buscar un coche para retirarse, volvió á emprender la conversacion.

"Creo (dixo á la tendera) que os asustariais al verme poner tan pálida; pero no fué mi accidente cosa de cuidado, ni mas que un ligero vapor: viendo tan agradable la mañana, quise hacer algunas diligencias á pie, y el paseo fué mas largo que yo habia pensado y sufren mis fuerzas: ciertamente me hubiera caido enmedio de la calle sino me hubiera entrado en vuestra tienda. — Me alegro de haberos podido ser útil: si quereis alguna otra cosa. — Yo os lo agradezco; pero estoy ya restablecida: sigamos nuestra conversacion. Hablabais de aquel señor que vive allí enfrente: me parece que le conozco: deciais, si no me engaño, que se llama Roberto. — Sí, señora. — Parece

un bello señor: ¿está casado? — Casado y muy contento: ama sobremanera á su muger, y su hermosa muger se halla muy bien con él: ha pocos dias que le ha parido el primer varon, que se ha de bautizar esta noche, y dicen que es el niño mas hermoso que puede verse."

Llegó en este punto el coche, y fué su llegada tan oportuna que ahorró á la tendera una nueva dósis de espíritu: la triste Wilson dixo mal pronunciadas algunas breves excusas por la incomodidad que la habia causado, y partió sin detenerse. En tanto que el coche la conduce á su casa oprimida de mil angustias, poco diferentes de la desesperacion, traerémos á la memoria del lector que el señor de Wilson habia alquilado una casa de campo, á la qual suponia que se retiraba quasi todas las noches; y aña-

dirémos, que habiéndola tomado con motivo diverso del que aparentaba, tomó despues de algun tiempo aquella en que su muger le habia visto entrar: un casual encuentro que habia tenido el señor Wilson, recorriendo los diversos paseos del Parque, habia sido la ocasion de su extraordinaria conducta.

Halló allí un dia una jóven sentada en uno de sus poyos, su aspecto, aunque sencillo, era aseado, y su ayre y modo de presentarse la hacian distinguir sin dificultad del comun de las mugeres. Se acercó sin que ella lo reparase, y descubrió en un semblante adornado de todas las gracias de la belleza y de la inocencia, las señas de la mas profunda tristeza. Detúvose un rato á exâminarla mejor, y reparándolo ella, se levantó como corrida para evitar su exámen. El temor

de perderla de vista estimuló al caballero á que la hablase ; pidióla perdon de tal atrevimiento, y su extrema belleza , igualmente que la afliccion de que mostraba estar oprimida, le suministráron suficientes pretextos para excusar su curiosidad.

Ha observado un autor , que el corazon de la muger jamas se halla tan completamente ocupado por la afliccion , que no quede en él algun lugar para la lisonja ; y como el señor Wilson era bien hecho y de buen semblante, la señora se dexó fácilmente persuadir á volver á tomar su lugar, y á permitirle que se sentase á su lado. El caballero, que en realidad se hallaba conmovido , la hizo mil protestas de estimacion y buena amistad , suplicándola que se valiese de él si sus bienes ó sus servicios podian contribuir á su felicidad , jurán-

dola finalmente que no la dexaria sino le daba cuenta de los motivos de su afliccion; de manera que ella, despues de un corto silencio, un torrente de lágrimas y un profundo suspiro, comenzó á contar su historia en esta forma:

"Si sois, señor, en realidad lo que vuestro exterior me estimula á esperar, tendré justa causa para bendecir al cielo por haberos encontrado. Yo soy la desventurada viuda de un oficial que murió en la batalla de Dettinga. Como no era mas que un simple teniente, sin mas haberes que su pré, y yo me habia casado con él sin la aprobacion de mi madre, esta no quiso jamas ceder en su enojo, y al fin me desheredó. Pues ya le he perdido para siempre, es inútil deciros quanto le amaba, el extremo con que él me correspondia, y quan impo-

sible es que pueda yo olvidarme de él. Luego que volví á Inglaterra, pues el amor me habia obligado á ser siempre fiel compañera de su suerte, obtuve con bastante dificultad la corta pension de viuda de un oficial subalterno, y tomé casa en Chelsea. Desde este retiro escribí á mi madre, refiriéndola el triste motivo de mi dolor, y la miseria á que estaba reducida, implorando el perdon de mi desobediencia; pero la dura respuesta que recibí me determinó á no molestarla mas en toda mi vida. Con mi corta pension me mantenia con toda la economía y dificultad que puede imaginarse; quando un anciano oficial y amigo de mi marido, me vió por acaso en una Iglesia, y averiguando prontamente mi habitacion, me hizo una visita: á la bondad de este generoso anciano he debido mucho tiempo

hace la pension anual de veinte libras esterlinas, que me pagaba cada trimestre con tanta exâctitud, que jamas dexaba de llevármela el mismo dia en que se cumplia. Ayer se cumplió el último plazo, y fué mi sorpresa tal por no haberle aun visto esta mañana, ni oido hablar de él, que me obligó á salir de casa llena de inquietud para adquirir noticias en la suya. ¡Cómo podré, señor, tener fuerzas para deciros lo que he sabido! este amigo, este generoso y desinteresado bienhechor murió ayer en un desafio..."

Paróse aquí la incógnita al momento para dar lugar á un torrente de lágrimas que la ahogaba, y volviendo á tomar el hilo de su discurso: "me consternó (dixo) de tal manera esta fatal noticia, que sin saber que era de mí, ni donde caminaba, llegué al sitio donde me habeis hallado:

mi buena suerte, mas bien que mi eleccion, me ha conducido aquí, donde creo haber tenido la fortuna de encontrar un nuevo bienhechor: conoceis muy bien, señor, quan necesitada me hallo de semejante consuelo; si no me he engañado, y le encuentro en vos, contaré este dia por el mas bienaventurado de mi vida."

Así puso fin la hermosa viuda á su lastimosa historia, que era en todas sus partes verdadera, y que habia contado con tanta gracia y tan patético modo, que el corazon del señor Wilson habia hecho en pocos minutos un largo camino hácia el amor: la dió muchas gracias por la confianza que mostraba tener en él, y la juró que no la abandonaria jamas, suplicándola que le permitiese acompañarla hasta su casa: fuéronse paseando juntos hasta la puerta de la ciudad, donde tomáron un

coche que los conduxo á Chelsea.

Aquel dia comió con ella el señor Wilson; y tomando un quarto en la misma casa, pasó por soltero; y se hizo llamar Roberto: esta era la casa de campo de que hemos hablado; y allí con su continua constancia, y una generosidad sin límites, se hizo en poco tiempo tan dueño del corazon de la bella viuda, que por un mal entendido reconocimiento de los favores que le debia tuvo la debilidad de sacrificar su virtud á los deseos de su interesado bienhechor.

Los efectos de un comercio que vino á ser muy familiar, se hiciéron ántes de mucho visibles en el talle de la viuda, circunstancia que acrecentó la pasion del señor Wilson, y se determinó á conducirla á la ciudad, tomando la casa en que le habia visto entrar su muger, y donde la viuda que

en todo el barrio pasaba por su consorte habia parido pocos dias ántes.

Pero es tiempo de que volvamos á la señora Wilson, que dexamos entregada á todos los furores de la desesperacion y de los zelos. Tenia la fortuna de disfrutar un buen temperamento y proporcionada fuerza de espíritu; pero sin embargo la noche que se siguió á dia tan aciago la pasó en un estado poco diferente de un frenesí.

Su marido fué por la mañana á su casa, segun acostumbraba, y como tenia el corazon satisfecho, y no sospechaba en manera ninguna estar descubierto, se portó con su muger de un modo mas amistoso que otras veces: ella recibió sus corteses atenciones con su ordinaria gracia y dulzura; y sabiendo que aquel dia le obligaban sus negocios á permanecer en casa algunas horas; se determinó

sin detencion á ir personalmente en casa de la viuda, y á permanecer allí hasta que fuese su marido, aunque se expusiese, como se exponia mucho con este arrojo. Hizo llamar un coche, y poniendo en práctica su resolucion, partió con un aseado vestido de levantarse, y grande tranquilidad, y se hizo conducir directamente á la referida casa.

Hizo que avisasen que tenia que hablar con el señor Roberto; y habiéndola respondido que no estaba en casa; pero que le esperaban á comer, hizo decir á su muger que si gustaba de recibirla, y permitir que esperase á su marido; la quedaria muy agradecida, porque venia de muy léjos, y tenia gran precision de hablarle: el criado que entró el recado, traxo al instante por respuesta que pasase adelante si gustaba; y que su señora tendria

mucho honor en recibirla.

No obstante la firmeza y resolucion con que iba prevenida la señora Wilson, faltó muy poco en esta ocasion para que la abandonasen enteramente sus fuerzas: siguió al criado con tan grande turbacion, que apénas podia tenerse en pie. Pálida como si estuviese á las puertas de la muerte, entró en la sala, donde la reciemparida estaba sentada, sin acordarse del motivo que la conducia; pero la vista de tanta hermosura, y de las gracias que la acompañaban, se le traxo al instante á la memoria, y no la dexó fuerzas para otra cosa que para dexarse caer sobre una silla, desde donde se precipitó desmayada al suelo.

Este accidente alborotó toda la casa: todos se esmeráron en socorrerla incógnita; pero mas que todos el ama de casa: la qual aunque naturalmente bondadosa, sen-

tia en su corazon para conmoverse motivos diversos de la comun humanidad. Despues de algunos minutos, se restituyó á su sentido la señora Wilson, y sin acordarse á donde estaba, volvia sorprehendida los ojos á todas partes; pero viéndose sostenida, por su rival, á cuyo buen corazon debia tantos esmeros, y que con la mas tierna inquietud la preguntaba como estaba; se sintió en necesidad de esforzarse con todo el valor que la restaba para no volver á caer en nuevo desmayo. El grande esfuerzo que hizo, favorecido por un torrente de lágrimas, que la ayudaban á desahogar su corazon, la pusiéron en estado de que, retirados los criados, se explicase en estos términos:

"Soy ciertamente, señora, digna de lástima por ser tan propensa á esta clase de accidentes; pero no causaré nuevos disturbios en

vuestra casa: sois una muger verdaderamente hermosa, que mereceis que os haga feliz el mejor de los maridos: ¡triste de mí! yo tambien tengo marido; pero he perdido toda su ternura: es conocido del señor Roberto, y aunque no me conoce, he venido en busca de sus consejos y de su favor, y no hallándole en casa, he querido ver á su feliz esposa, á vos misma, á quien deseaba ver y conocer. —¡A mí! (replicó la muger del señor Roberto, con alguna sorpresa y conmocion) ¿habeis por ventura oido hablar de mí? — Me habian dicho que erais tal qual: he encontrado que lo sois, y que habiais aumentado en gran manera la buenaventura de vuestro esposo; dando á luz pocos dias hace un hijo. ¿Podré tener, señora, el gusto de verle? estoy segura en que le amaré por amor de su padre. —¡De su pa-

dre, señora! ¿decis de su padre? ¿Acaso entendí yo mal lo que dixisteis? creí que habiais dicho que no le conociais.—Es verdad que no le conozco; pero tengo muchas noticias de su buen carácter, y por esto amaré mucho á tan inocente criatura: si no os causa pena, señora, os ruego que hagais que yo pueda ver tan precioso niño.

La instancia de esta súplica, el desmayo que la habia procedido, y la manifiesta tristeza de esta muger, que no conocia causáron á la amante de Roberto vivas inquietudes, pero sin embargo, tuvo la prudente precaucion de ir ella misma en busca del niño, para observar sin testigos los movimientos de esta advenediza."

La señora Wilson le tomó en sus brazos. "¡Qué bello niño, señora! (dixo, derramando un torrente de lágrimas) ¡Qué no tenga yo uno como este¡! Desventura-

da de mí! ¡Quan bienaventurada fuera yo, si este fuera mio!" Y al pronunciar estas palabras con un exceso de afliccion que no es posible expresar, abrazó el niño, y se le volvió á su madre. Esta se creyó feliz en tener un pretexto para salir de la sala, porque lo que habia visto y oido, la daba muchos motivos de temor: pasados algunos minutos, y entregado el niño á su nodriza, hubo de recoger todo su esfuerzo para volver á entrar.

Sentáronse las dos señoras, y despues de algunos momentos del mas triste silencio, la bella viuda volvió á trabar la plática en esta forma.—"Parece, señora, que os afligis porque no teneis hijos; quiera el cielo que el mio no sea para mí un manantial de desventuras; pero yo os suplico ahincadamente por la bondad que mostrais, y que conozco ser vuestro

carácter que me deis parte de vuestra historia: quizá tendré yo algun interes en ella; mi corazon parece que me lo anuncia; pero cuésteme lo que me costare, haya yo de vivir ó morir; creed que seré siempre dirigida por la razon para con vos.

La señora Wilson se halló tan conmovida al escuchar un modo de pensar tan generoso, que se hubiera quizá descubierto inmediatamente, si no hubiera sido detenida por un golpe que diéron en la puerta, al qual se siguió sin detencion la entrada de su marido en el quarto donde estaban.

El señor Wilson se dirigia hácia su amada con un ayre jovial y lleno de satisfaccion; pero le paró al instante la vista de la que se hallaba con ella, y le ocasionó una sorpresa en realidad muy dificultosa de expresar. Los ojos de las

dos señoras, se fixáron sin detencion en los suyos; lo qual acrecentó en tal manera su confusion que la señora Wilson compadecida de su tormento y por dexar en libertad á su compañera, le dixo: "no me admira la sorpresa que es forzoso que os cause el ver aquí una persona que aun no conoceis; pero yo tengo precision de hablaros, y si quereis hacerme el honor de escucharme un momento en otro quarto, esta cortesana atencion pondrá el colmo á todas las que he recibido de esta señora.

Wilson que esperaba de su muger muy diversa acogida, se sintió tan aliviado por su prudencia que recobró en parte las fuerzas que le iban abandonando; y saliendo con ella de aquel quarto, pasó á otro, donde apénas habia entrado, se arrojó sobre

una silla con los ojos fixos en la tierra, sin osar levantarlos hácia su esposa, la qual le habló en estos términos:

" Creo que será inútil deciros de qué modo he descubierto vuestro secreto, y hasta donde llega el grado de afliccion que tal descubrimiento me ha causado: bástteos saber que me habeis hecho infeliz para siempre, y sin recurso. Presto estará todo acabado entre nosotros: solo tengo una pregunta que haceros, ántes de despedirme de vos para siempre: decidme, os ruego con la misma sinceridad con que despues de esta vida responderiais en la presencia del Juez que no puede ser engañado: ¿habeis seducido á esta muger con fingidas apariencias, ó habeis caido en el delito por efecto de seducciones suyas? — Os responderé sin detencion! pero

permitidme que os haga otra pregunta : ¿ me habeis descubierto? ¿Sabe esta muger que ahora estoy hablando con mi esposa ?— Os protexto que no ; su fisonomía me ha parecido amable , y su proceder para conmigo ha sido tan cortés y tan atento , que no he tenido valor para afligirla; si acaso adivina quien yo soy , habrá sido, no por mis palabras, sino por la conmocion , y por la extrema tristeza en que me ha visto , y que no he podido contener. — ¡Con que os habeis contenido noblemente!.... Este rasgo de generosidad , me abre al fin los ojos para admiraros y para haceros toda la justicia que os es debida. Oid , pues , si quereis tener paciencia para escucharme quanto ha pasado entre nosotros , y no temais que oculte ó disimule cosa alguna.

La contó como habia encontrado á la hermosa viuda, y todo lo que despues habia sucedido, y concluyó con la resolucion de apartarse de ella, y con mil protextas de amor y de fidelidad hácia su muger, si despues de lo que habia sucedido era tan generosa que se prestase á quererle recibir de nuevo como su marido.

"Es preciso que consienta en ello: (exclamó la viuda que abrió en aquel instante la puerta y entró en el quarto) es preciso que consienta en ello: sois su esposo y podeis exîgirlo: en quanto á mí os aseguro (volviéndose á la señora Wilson) que no me volverá á ver mas: yo os he ofendido sin saberlo, pero corregiré mis faltas con todas mis fuerzas. Señora, es vuestro marido y no podeis reusaros á un generoso perdon: he escuchado quanto ha pasado entre

vosotros, y no he entrado sino para unir mis ruegos á los suyos, y obtener con ellos la recíproca felicidad de entrambos."

Extenderia superfluamente esta historia si intentase referir todo lo que se dixo en esta ocasion. Wilson no excusó juramentos, ni sumisiones: su muger incierta y dudosa derramaba copiosas lágrimas, y la viuda protextaba una y mil veces que no volveria á verle en su vida; por fin, la señora Wilson se rindió á tantas instancias, y desde aquel momento quedó fixa y asegurada la felicidad de los dos esposos.

Se diéron providencias suficientes para la cómoda subsistencia de la viuda y de su hijo, de la qual cuidó la señora Wilson aun con mayor largueza que su marido; y la recompensa con que el cielo premió su moderacion y

su prudencia no se ciñó á la estéril satisfaccion interior de su buen obrar : algun tiempo despues de tantos afanes como la habia costado el primer hijo de su marido, tuvo tambien la buena suerte de darle una hermosa hermana, que perpetuase el contento de su madre.

La madre de aquel se retiró á una aldea, donde dos años despues logró casarse con un caballero acomodado, al qual, luego que la hizo sus primeras proposiciones contó por prévio desengaño con la mayor sinceridad, todas las circunstancias de su historia, sin omitir sus mismos extravíos.

El niño, que se halla actualmente con su hermana, va cada año á visitar una vez á su madre, y el señor Wilson es completamente venturoso. Este exemplo

demuestra, que si la generosidad, la prudencia y la moderacion de una muger no siempre son capaces de libertar el corazon de un esposo de la debilidad de algun extravío: una constante perseverancia en el exercicio de estas virtudes no puede dexar de atraerle tarde ó temprano á su obligacion.

QUATRO CUENTOS

EN UN CUENTO.

NOVELA.

Desgajábanse las nubes en diluvios de agua, alternados de furiosos remolinos de granizo y de piedras, que rompian y hacian saltar las ramas de los árboles: el cielo amenazaba á desquiciarse: los nublados aventados por contrarias y violentas ráfagas, chocaban unos contra otros con estrépito, y á competencia de los reiterados y prolongados truenos, y la no interrumpida repeticion de los ecos de uno y otro estruendo, henchía de ruido y de horror todo el ámbito de las escarpadas montañas de Sierramorena.

No se habia puesto aun el sol, y la obscuridad era tan absoluta y tan densa como en lo mas ca-

llado y profundo de la noche, solamente la interrumpia la continuacion de los relámpagos, la qual causando un repentino alumbramiento, que mezclado de sombras, vislumbres y lúgubres luces, era mas espantoso que la misma tiniebla: nada dexaba ver con distincion.

Unicamente podia percibirse algun cerdoso javalí, que enfurecido con tal rumor, sacudia sus afilados colmillos contra el robre que le daba guarida, ó algun veloz venado, que precipitándose por las laderas en demanda de su manida y de sus hijuelos, enarbolaba sobre la frente un como bosque árido que parecia volar, ó tal vez se divisaba algun tímido conejillo, que encogido y medio asomado á su vivero, apénas descubria las largas orejas, alternadamente derechas y caidas, ó tal qual cabra montés, que tre-

pando de peñasco en peñasco aparecia como colgada de las desnudas puntas de las breñas.

Tal se presentaba el cielo, tal toda la sierra, donde enmedio del mayor silencio se entreoia de rato en rato el lejano eco de los ecos, que imitaban por mitad los gritos de los carruageros, quando con alaridos alentaban á sus ganados para que sostuviesen los coches ó las calesas, que saltando de piedra en piedra por angostas y tortuosas veredas, amenazaban á despeñarse quasi desde las nubes hasta el abismo profundo de los valles.

Enmedio de tan cruel cúmulo de circunstancias, que harian extremecer el ánimo mas esforzado, estaba una gavilla de festivas gitanas en una escondida y anchurosa caberna de aquellos montes, cantando, baylando y redoblando los palillos con la ménos es-

perada alegría y algazara.

La *Desaborida*, moza robusta, como de veinte años, bastante morena, pero exquisitamente adornada de toda la viveza y gracejo de la lozana desenvoltura: cantaba sin otro instrumento que su buena voz, ya el *polo*, ya el *zorongo*, ya el *ole*, con el agradable desembarazo y descaro de la libertad y la soltura.

La *Salerosa*, su hermana, de poco ménos edad y mucha mas gracia; blanca como la azucena, colorada como la rosa, alta, delicada, fina, garbosa, suelta; en una palabra, agraciada como la mas gitana, y linda como la mas señora: hacia de cabezera y guion de las que baylaban, y repicaba con extremo primor las castañuelas.

Y en fin, la venerable *madre Tinaja*, que lo era de entrambas, vieja pequeñuela, quadrada, re-

choncha, muy lista, abispada y caridelantera: las alentaba y gobernaba todas á compás con sus contínuas y bien arregladas palmadas.

La gruta que servia de teatro á este regocijo y extravagante regodeo, era muy capáz, casi circular y escabrosamente bella, teniendo su desigual techo (llamémos así á su natural bóveda) lleno y taraceado de brillantes colgadizos, y como festones de colores diversos y muy variadas figuras, que relumbraban extraordinariamente con la luz de las teas encendidas para iluminacion de tan gran festejo, y se hacian mas visibles por la contrapuesta negrura de los parages ahumados por las propias teas, igualmente que por el grande hogar, ó llamémosle chimenea, que estaba sin cesar ardiendo en una cobachuela de uno de los rincones.

Varias y desiguales aberturas en la viva piedra daban entrada y paso á otras tantas cuebas, que tambien aparecian alumbradas, y servian como de repartimiento de aquel encantado palacio, ó para oficinas y almacenes de los bienes que se hallaban por los caminos, ó para retirados dormitorios de aquella grande y honrada familia de heróycos ermitaños.

Los adornos del principal cason eran bien sencillos: reducianse á un grande número de trozos iguales de pitaco, que formaban otros tantos asientos redondos, bastante cómodos y sumamente ligeros: una mediana coleccion de horteras y pucheros, colocados con simetría no léjos del fogon; varias sogas atravesadas de un extremo á otro, en las quales estaba colgada alguna ropa blanca y de color, bastantes conejos y perdices, dos asaduras, y que

sé yo que otras friolerillas; al lado opuesto á la natural chimenea pendian mas de una docena de candiles medianamente mugrientos; y á los lados de una sucia tenaja estaban dos botijas desborcilladas, algunos cántaros rotos, y ninguno limpio ni sano; las demas provisiones y oficinas colocadas fuera de la vista, ocupaban las referidas cobachas de repartimiento.

Despues que hubiéron cantado, bayloteado y alborotado largo rato, continuando aun sin intermision la estrepitosa tempestad, interrumpió la madre *Tinaja* á sus alegres ninfas, suspendiendo el compasado palmoteo, y diciéndolas con voz ronquilla y cascada:

"Arriba, chicas, y alegría á la ley que vá el dia de pasmo: ese aguacero, esa pedrisca, los rayos y la ventolera, valen un tesoro:

los cuitadillos de los caminantes no ven hoy gota, y caerán como topos en el garlito... Alza, *Desgabilada*, álzate y tráeme una luminaria de Rianzuela con su sepan quantos de paxarete Sanluqueño, que con el susto se ha secado el garguero, y es menester remojar el bacalao."

Partió como una exhalacion *Desgabilada*, otra gitanilla prieta, muy delgada y alta, hácia una de las oficinas exteriores, y ántes que en ella entrase la dixo *Desaborida*: "Oyes aquellos, mala hembra, que te pareces al colgadizo de la *N*, así Dios te libre de buen *buchí* y mal *chinel* (1): mira que todas somos hijas de nues-

(1) Aunque al imitar el estilo gitanesco huyo de molestar con palabras de su gerga, es forzoso usar algunas, y las explicaré: la *N* llaman á la horca: *buchí* es el verdugo; y *chinel*, alguacil, agarrante.

tro bienaventurado padre Noé, y llena bien la sin medida, que con el cántico tengo pegajoso el gaznate y es menester despegarle, que va la fiesta larga."

Presto volvió *Desgabilada* con un cuerno en cada mano, bien lleno de generoso vino; y entregando el uno á la madre *Tinaja*, y el otro á su hija mayor: la *Desaborida* se retiró al corro. La madre soplando con tiento la espuma que revosaba. — ¡Jesus! dixo con pausa, y prosiguió: "A que nos dé Dios muchos dias como este, pues tengo para mí que ha de haber hoy muy buena cosecha."

Echóse el cuerno á pechos, y de un aliento apuró cerca de la mitad: la *Desaborida* hizo la razon, brindando y cantando esta copla, que las otras repitiéron en coro:

Que al *buchí* con los *chineles*
Los trague el *estaribel* (1),
Y se nagen (2) con el humo
Por la gracia de *Ondebel* (3).

" Y que nos guarezca su divina Magestad de malos pensamientos, de soplones y lenguas descomulgadas;" añadió la *Salerosa*, y todas chilláron: Amen.

Remató con su largo cuerno la bendita madre, y despues que entre todas (ménos *Salerosa* que pasó su tanda) apuráron el otro, relamiéndose, dixo: " Amen, hijitas, amen, que así se lo ruego, aunque mala hembra, en mis cortas oraciones á la angustiada Señora nuestra madre de las Angustias, la Malagueña; y aunque

(1) *Estaribel*, la cárcel.

(2) *Najarse*, escurrirse, escaparse, huir á tiempo oportuno.

(3) *Ondebel*, Dios.

pobre gitana no la faltará miéntras ande el camino la bendita lamparilla."

Aquí llegaban, quando sintiendo algun ruido se asomáron, y viéron entrar algunos gitanos cargados de ropa; y uno de ellos muy *Gallardo*, y que así se llamaba, traia en sus brazos desmayada una bella señora.

Apénas le vió, puesta de repente pálida, y rebosando zelosos enojos la *Salerosa*, se adelantó, y contoneándose, dixo: " ¡Miren el hombre! ¡que fatigadito que viene! ¡vaya! ¿es galan ó costalero?.. Ea, suelte, suelte, mala res, suelte ese costal de habas, que ha de ensuciarle con la baba que le cuelga."

Diciendo esto, recogió con ayre, pero con tiento, á la desalentada dama, y *Gallardo* la dixo: — " ese genio, Salerosa, me consume: si sabes que soy escla-

vo de tus ojos, ¿á qué vienen esos zelos? — Los ojos me arrancara si tal creyera, Periquito de todas. — La caridad, única prenda mia, ¿en qué se opone á la buena voluntad y cariño que te profeso? — ¡Anda fuera, caridad! ¡y parecia que queria comérsela! — Pero, *Salerosa* mia.... — ¡*Salerosa* suya! No hay mas *Salerosa*, ni mas *mia*, sino que se vuelva el hombre á su obligacion, que acá le cuidarémos su prenda."

"Tiene razon mi hija, (interrumpió la *Tinaja* con magestad) vuélvase el *Gallardo* al campo de las victorias, que allá podrá hacer falta, y acá asistirémos con mas decencia y como es de razon á la desamparada señora, que es una miseria que esté así, y á fe que aunque descoloridita tiene una cara de rosa y mucha sal... y muy bella ropita. Quítala, chica, quítala esa sábana ó ese aho-

gadero que trae al pescuezo... ¡Qué bonita garganta!... ¡Hay, hay, miren que ira de Dios! no ven que ese collar y esa cadena de oro la estan dando garrote: encadenados los vea yo: ¡gente sin piedad! Aflogémosla, hijitas, aligerémosla de ropa, que es un cargo de conciencia que esté así mas tiempo."

Fuéronse los gitanos, y las gitanillas en un momento despojáron á la desmayada de lo mejor que tenia, solamente *Salerosa* no tomó cosa alguna, y aunque con mal gesto, le asistió de un modo muy esmerado: rocióla con agua, la abanicó, la dió á oler vinagre, y quando notó que iba recobrándose, la sentó con pausa en un pitaco sin desampararla.

Vuelta en su acuerdo la desgraciada caminante, comenzó á derramar un abundante torrente

de lágrimas. — "Llore, niña, llore, que de trabajitos se lo ahorra; (dixo la madre *Tinaja*) pero no tenga asombro, ni susto, que segurita está entre nosotras la cuitada, pues aunque ganamos la vida con nuestra maña, como alcanzamos y Dios nos da á entender; pero somos buenas christianas, y nos da compasion de las afligidas desamparadas."

"Otro preso con la cara tapada, (dixo la *Desgabilada*) y entráron dos gitanos conduciendo un aseado mancebo, que en efecto traia una capa echada sobre la cara, y las manos atadas atrás. — Hay queda ese vulto, (dixo uno de los conductores) cuidado no se nage, que nosotros nos volvemos á la oficina."

Quitóle la *Desaborida* la cubierta del rostro, y quedó de manifiesto un gentil mancebo. — Lástima es que esté tan agarrotado

este lindo chico, dixo *Salerosa*, acudiendo á desatarle; y tanto él, como la dama, diéron á un mismo tiempo un gran grito, diciendo ella: ¡*Ay Don Juan*! y él: ¡*Ay Doña Margarita*!

"Parece que se conocen (dixo la madre): ¿no he de conocerla, (replicó Don Juan) si jamas ha faltado de mi corazon, aunque nunca he tenido entrada en el suyo? — Harto me ha pesado, (interrumpió con afecto Doña Margarita) y al fin no vive en él otro alguno sino vos, que no me habeis adulado, ni lisongeado mis devaneos."

"Viva (exclamó, interrumpiendo, *Salerosa*, que ya le habia desatado), vaya dense la buena pró del hallazgo con un abrazo." Llevóle á ella, haciéndoles que se abrazasen, como lo hiciéron con mucho fuego, y al momento prosiguió: "me place ser

el arco de tus tormentas, que aunque el mozo me agrada mas que era menester, no soy envidiosa, y gusto de mirar la gente contenta. Ea, siéntense y descansen, que lo que remedio no tiene bueno es llevarlo en paciencia; pero fuera de sustos, que aquí tienen una madrina, y soy hija del Conde, y se hará lo que yo mandare."

"¡Ay, hermosa gitana! (replicó con viveza Don Juan) nada os pido para mí, solamente os ruego por esa desventurada. — No tenga cuidado, le dicen al hombre: (repuso *Salerosa*) déxese ya de tembliques y sustos, que parece que lo han azogado: la moza tiene quien mire por ella, y no será mas que lo que fuere menester. Por ahora lo que necesitamos es, que nos hagan su confesion: sepamos sus cuitas de antaño y de hogaño, de donde

vienen y á donde van ; y aquí está una pobre gitana , que lo dispondrá todo mejor que un procurador... vaya , señorita, su merced que tiene cara de rendir muchos apasionados, así Dios la ayude con lo que suyo fuere , y dexe vivir á los pobres con sus trapitos ; cuéntenos sus hachares y fatiguitas; pero cuéntelos con verdad , que la gente de Egipto no lleva bien que la digan mentiras; porque estamos en posesion de tenerlas en arriendo todas , como nuestro mayorazgo y primera hacienda."

LA ERUDITA,

CUENTO PRIMERO (1).

" Pues así lo quereis, graciosa gitana, (dixo Doña Margarita) que dependemos de vuestro arbitrio, y que esta condicion ha de servir de principio para los favores que me prometeis, los quales yo admito, rogandoos que los apliqueis á este ilustre y honrado mancebo, de cuyas desventuras soy yo quizá la única causa: tendré el doloroso bochorno de referiros, mas bien que mis in-

(1) Aunque nos hemos esmerado en que toda esta novela sea original, y de nuestra invencion, en este y los siguientes cuentos hay algunas ideas y cosas que se hallan en otros libros; pero abreviándolo, mudándolo, quitando y añadiendo, lo hemos hecho todo nuestro.

fortunios, la extravagante historia de los caprichos, las locuras y ridiculeces con que mi ceguedad ó mi imprudencia me han vuelto juguete de una manía: solamente contaré verdades, y por el rubor que conocereis deberme costar las que os diga, podreis medir la sinceridad de toda mi relacion."

"Hija de padres esclarecidos, y educada en la imperial ciudad de Toledo con el esmero que correspondia á mi calidad: tuve los mejores maestros en todo género de doctrina. La admiracion, ó mas bien la envidia con que yo oia los elogios que todos tributaban á los hombres, que se distinguian sobre los demas en qualquiera ramo del saber y del bien decir, hiciéron que concibiese desde muy niña un ardiente deseo de instruirme en todo, lisonjeándome mi vanidad con que,

ademas de los obsequios que suelen dedicar los hombres á mi sexô, podria tambien merecer los elogios á que aspiran ellos mismos; y esperando conseguirlos algun dia de la propia boca de los literatos, con la admiracion de los que no lo fueran, me bañaba en agua rosada, como suele decirse, mirándome ya desde entónces como objeto futuro de la envidia y zelos de todas las mugeres."

"Con intento tan poco cuerdo hice una cosa en sí misma muy loable, pero que yo vicié con el despropósito de mi proyecto: trabajé, me apliqué, afané sin cesar, y extendí la esfera de mis estudios á todo quanto suele hacer famosos á los literatos: lenguas, humanidades, ciencias, artes, bellas letras, todo me atraia, á todo me dedicaba, y en todo presumia llegar á ser mas

completeta que el hombre mas ilustrado. Una memoria monstruosa, una gran prontitud en comprehender las materias, y una imponderable facilidad para hablar de todo mucho, y hablarlo con los términos propios de cada cosa: estas prendas me deslumbraban, y hacian que no viese quan muchas eran las que me faltaban, ni percibiese que en todo era superficial, y mas bien bachillera y charlatana, que sabia y elegante."

"Ya en circunstancias de creerme una erudita hecha y derecha, y aun una doctora universal, llegué á la deliciosa edad en que á las doncellas suelen agradarlas ménos los libros que los que los manejan, y aun los que no los han saludado; pero una envegecida manía me hacia resistir aun á los gratos estímulos de la juventud; y solamente me agradaban

los que me hablaban de literatura, y elogiaban desmedidamente mis progresos en ella; temo que si en aquella delicada época se hubiese empeñado alguno en compararme artificiosamente á Safo, hubiera estado á pique de conseguir que yo la imitase, si no en el talento y la dulzura, en lo que mejor pudiese, y él mas desease."

"Habiendo pasado á Madrid con mi padre, porque mi madre era ya difunta, y habitando con una anciana tia, bastante descuidada, y mas buena que menester era, la qual no sabia sino amarme, admirarme y elogiarme como mi buen padre, comencé á dar amplitud á mi deseo de lucir y charlar; presto fué la casa de mi tia una academia en que yo dominaba abundantemente, asistida de todo género de literatos, y de admiradores que no lo eran."

" Entre estos fué uno de los primeros que me tributáron los rendimientos de una sincera aficion, este mismo Don Juan que tenemos presente, cuyas atenciones se dirigian verdaderamente á mí propia, y no á mis adjuntas y extrañas calidades; pero aunque su persona y todas sus circunstancias me agradaban, la falta de aplicacion á la erudicion loquaz, y el nombre *del caballerito ignorante*, que por sus fines personales le solian aplicar algunos de los concurrentes; le separaban de mi aprecio y de la justa estimacion que merecia."

" Agregábase á esto, que observando él sin preocupacion á todos los que me asediaban, reparaba fácilmente la falta de ingenuidad con que me adulaba el mayor número de ellos; y como me estimaba de veras se esmeraba en hacer que yo lo conociese,

de un modo tal, que no dexaba de sufrir notable mortificacion mi necia vanidad; por lo qual, mi amor propio procuraba desquitarse con desayrarle, y preferir á lo ménos en la apariencia á otros, que ni tenian su sólido mérito, ni en verdad me agradaban como él, pero me lisonjeaban y lagoteaban continuamente."

"Toleró Don Juan mis impertinencias, y los excesos de mi mala acogida con la paciencia á que le reducia la sinceridad de su amor, y quando sospechó que pudiera ser ocasion oportuna, me declaró patética y paladinamente su intencion, haciéndome ver, no solo la invariable firmeza y ardor de su cariño, sino las sólidas conveniencias que me debian resultar; y solicitando mi anuencia para pedir á mi padre mi mano."

"Tan léjos estaba yo de apre-

ciar como debiera esta ventajosa proposicion, que tan poco se adaptaba á mis locas ideas, que la deseché con dureza, altanería y desabrimiento, cerrando agriamente la puerta á sus esperanzas."

"Su dolor fué grande y exâsperado con la dura terquedad de las repeticiones de mi repulsa á dos nuevas tentativas á que se aventuró, no solo dexó de verme, como me habia ofrecido atenta y comedidamente á la verdad, aunque mortificándome de nuevo con crueles pronósticos, que el tiempo ha verificado; pero tomando una carrera que le apartase de mi vista y de mi cercanía, salió para Andalucía, y no he vuelto á verle hasta hoy."

"¡Malaventurada ausencia! Mis no interrumpidas manías me precipitáron tantas veces, que no pude dexar de acordarme muchas de sus consejos y de su persona,

echando ménos tan cordial afecto quando ya no podia volverme ácia él. Sin saber como me forcé yo propia á estimarle y amarle, quando mi amor y mi estimacion eran en vano."

"Falleció poco despues mi padre, y mi tia y tutora quiso que no obstante mi memoria, manejase y dirigiese yo todo lo que pertenecia á su caudal y al mio, fiándose ménos de sí propia y de qualquiera otro, que de lo que llamaba mi mucho saber: tan engañada estaba como yo propia, y su engaño fué perjudicial á entrambas; mas sea como fuere, tuve la momentánea satisfaccion de hacer quanto quise y disponer las cosas á mi modo."

"Poco á poco fuéron abandonando mi tertulia, mi compañía y mi casa los hombres verdaderamente instruidos y prudentes, que pudieran corregirme si fuera

yo capaz de otra correccion que la que acarrea el tiempo á fuerza de infortunios: de esta manera quedé rodeada, y como sitiada por una gavilla de ignorantes que pasaban por eruditos, y no eran mas que pícaros."

"Literatos á la violeta, pedantes sopistas, escolares despilfarrados, copleros de alquiler obscuros y sin talento decidido, filósofos hambrones y antirracionales, garladores currutacos, críticos de oficio, siempre satíricos, duros y maldicientes; en una palabra, toda la extensa clase de doctos sin estudio y sin ingenio, compuesta de vichos despreciables, incapaces de producir otra cosa que las telarañas del templo de las musas: toda esta caterva perniciosa me asistia sin cesar: elogiaban con entusiasmo hasta mis mayores despropósitos, comian y bebian á mis expensas, y

se reian á sus solas con mofa de los disparates en que me hacian caer, aumentándolos con los suyos propios."

"Deseaba yo entrar en la brillante carrera de los lucimientos públicos, y me pareció bueno empezar por la poesía: dentro de breve, no solo el diario, donde con muy poco bueno, se ve muchísimo malo, sino todo el mundo inundé de durisímos y obscuros sonetos, y todo género de obrillas floxas, insípidas, insulsas y atestadas de sosos amoríos y de sandeces pastoriles, mil veces repetidas, y mil veces ó mofadas ó reprehendidas por la gente de talento y de juicio."

"Los esponsales de un alto personage proporcionáron ocasion para que por parte del novio se me encargase un epitalamio: fué para mí de suma satisfaccion tal encargo; pero hallándome legí-

tima y extremadamente ocupada en acabar una comedia que iba á representarse en el teatro, que era entónces de moda, y componer una tragedia que habia de concurrir á la oposicion de un premio propuesto por cierta asociacion de filodramáticos, é instando mucho el tiempo para todo, hube de pedir auxîlio á uno de mis mas acicalados comensales."

"Era el tal un verificador fértil, muy capaz de escribir el panegírico de un mulo de coche, quizá con mas aparato que el de un gran héroe; sin invencion en sus obras, pordiosero de imágenes, purista pedantesco en la diccion, cazador de arcaismos, desaliñado y desabrido en el estilo, obscuro en los pensamientos, en la versificacion áspero y durísimo, extravagante en los epitectos, fanfarron, arabesco y ama-

nerado en el tono y colorido de la expresion, crítico mordaz é intolerante de quanto los buenos publicaban, y únicamente admirador y elogiador eterno de quanto él embadurnaba."

"Este, que á mí me parecia entónces algo mas poeta que Virgilio ó Pindaro, se encargó muy placentero de sacarme del apuro; pero al cumplir su palabra lo hizo con un ratero y absoluto plagio, que presto y muy fácilmente descubriéron todos ménos yo, que no teniendo en el desventurado epitalamio otra parte que haberle firmado, fuí tildada, mofada y abochornada por todo el mundo."

"Aun llegó á mas mi infortunio. La tragedia fué despreciada por los jueces apénas se leyó, y no solo no ganó el premio, ni el *accesit*; pero ni aun entró en juicio comparativo con las que se

creyéron tolerables; y esto fué para mí de mucho rubor, porque mi vanidad y mi flaqueza habian hecho que todos supiesen ser mia la tal tragedia."

"No tuvo mejor suerte la comedia. Despues de algunas dificultades, que obligáron á remendarla en varios pasages, al fin se representó con gran esmero por los actores y actrices mas bien acreditados, muy adornada, bien vestida y decorada, todo á mi costa; sin embargo, la silváron, la palmoteáron de moda, no la dexáron acabar, y se saliéron del teatro las gentes, huyendo de ella, y maldiciendo el mal rato."

"Corrida de haber tenido tan mala suerte en las bellas letras, quise desquitarme con las ciencias útiles: desperdicié tiempo y caudal, y hasta mis propias gracias y mi salud quedáron muy mal paradas por las estériles é

inútiles experiencias físicas y químicas que emprendí; muy cerca estuve de matarme ó perniquebrarme por quererme elevar en un costoso globo aerostático; por fortuna mia logré que se quemara, pero no que se elevase arriba de dos varas. Este y los demas experimentos paráron en no tener otro efecto real que haber pegado fuego á la capilla de la alquería mia donde los executaba, y haberse consumido quasi toda la tal capilla.»

"Fué forzoso reedificarla, y deseando lucir mi instruccion y talento arquitectónico, alteré aun á despecho de los mejores albañiles, y mudé el plan aprobado por los maestros: hice variar la forma, los gruesos, las alturas, y creí que grangearia inmortal fama con esta empresa."

"Yo propia asistia diariamente de sobrestante, y por via de

recreo, cogia todas las tardes por mi mano en el jardin botánico que allí tenia las yerbas de que me hacian una ensalada para refrescarme. El dia que se habia cerrado la bóveda de mi capilla, quise hacer mas preciosa mi ensalada, y tales fuéron las yerbas que para ello recogí, que apénas hube comido una corta porcion de ella, me hallé en los brazos de la muerte, entregada á fatigas, dolores y estrepitosa soltura. ¡Desventurada de mí! un mal que ya era tan grande se acrecentó con el estruendo que al mismo tiempo hizo, desplomándose, y viniéndose abaxo la bóveda que yo habia ordenado y dirigido."

"Dificilmente lográron restablecerme los médicos, y para ello fué necesario que hiciesen precisamente lo contrario de lo que yo proponia, en virtud de mi instruc-

cion medicinal: aun así fué la convalecencia bastante larga, y me mantúvo de mal humor."

"Dolíanme los muchos gastos que habia hecho, y los que me restaban que hacer: y como tambien me lisonjeaba de estar muy instruida en la jurisprudencia, creí hallar en las leyes de las partidas fundamento bastante por un lado para que el maestro alarife pagase los gastos de reedificacion de lo desplomado, y por otra para apoderarme de la propiedad y frutos devengados que habia heredado un pariente mio."

"Consulté en esta ocasion á uno de mis tertulianos, que era abogado; aunque ántes de serlo tenia múy sentada la fama de haber sido reprobado en el exámen hasta quatro veces; pero nacia esto, segun sus amigos y admiradores decian, de que los que le exâmináron eran meros pedantes,

y nuestro hombre un gran filósofo; despreciando como tal la jurisprudencia, que llamaba de *pane lucrando*, y con ella la legislacion formularia; es verdad que ignoraba nuestras leyes, pero era por el menosprecio con que las miraba, anhelando solamente á saber el espíritu de la filosofia legislativa segun le hallaba, ó en su cabeza ó en algunos quadernillos ultramontanos, mas abundantes de la filosofia que él apreciaba, que todos los legisladores, gobiernos y libros de todo el mundo. Este gran hombre me alentó y me confirmó en mi propósito de poner los dos pleytos; púselos baxo su direccion, y gasté mucho dinero en seguirlos; pero al fin los perdí entrambos con costas, multa y apercibimiento."

"Tan impensado infortunio me obligó á procurar enderezarme por otro camino, que pudie-

ra restaurar mis pérdidas, ya que en mis muchos estudios, me restaban aun tantos recursos. Escribí, pues, y publiqué gran número de trataditos crítico-filosóficos, sobre muy diversas materias, y en todas tuve igual fortuna: lenguas, historia, navegacion, arte militar, hasta novelas; de todo escribí, todo lo publiqué; pero ni aun las novelas pude vender, no obstante que hoy todas se compran, y que las mias eran tan largas y escritas con el mismo estilo que la *Casandra* y sus compañeras.»

"¿Qué remedio en tales apuros? Me dexé llevar de las persuasiones de uno de mis químicos, el qual hablaba continuamente de sus maravillosos progresos sobre el descubrimiento del grande arcano: gasté de resultas mucho oro en demanda del que nunca vi; y no teniendo duda

alguna del venturoso éxîto de una operacion que habia de ser el complemento de todas las preparaciones preliminares, hice los últimos esfuerzos, entregándole quanto me dixo; pero al fin me hallé con que para el dia señalado se desapareciéron las esperanzas con el embustero que las habia dado; el qual en vez de lo´que me habia ofrecido, me dexó un verdadero tesoro en un papel, en que me desengañaba, tanto de aquel como de mis demas engaños literarios.»

"Abrí entónces los ojos, y mas vivamente que nunca, me acordé de mi menospreciado Don Juan y de sus consejos. Habia fallecido mi tia, y conociendo yo sinceramente que no era capaz de administrar bien mi hacienda, y poner mis fincas en estado de un desempeño productivo, determiné ponerme en manos de mi her-

mano mayor, fiando tan árdua empresa á su notorio juicio y prudencia; y renunciando para siempre mis locos devanéos literarios, me puse en camino para buscarle en su corregimiento.

"Ya muy cercana á mi destino, tuve el nuevo infortunio de que me saliesen al paso unos hombres armados, que apoderándose de mi bagage, atáron á mis gentes; perdí con tan gran susto el sentido, y sin que sepa como me hallo entre vosotras, á cuya piedad de nuevo me encomiendo.

Acabó de este modo su relacion, la qual habia interrumpido tal qual vez para desahogar con suspiros su corazon, y tal qual para mofarse ella misma de su sandez. Quando hubo acabado, la buena madre Tinaja dixo, afectando el tono de la mas profunda admiracion posible:" ¡miren la señora que parecia una simple palo-

mita, y qué sabihonda era!::: pero, aunque su merced perdone::: ó su señoría ó lo que fuere::: que es una curiosidad majadera, como mia, que soy una pobre ignorante::: ¿este cintillico es acaso de la alquimía del señor que se fué?::: soy tan amorosa de las curiosidades..."

Conociendo Doña Margarita la intencion con que se dirigia la insaciable codicia de la venerable madre, y acomodándose á la precision de las actuales circunstancias, se sacó del dedo el cintillo, y dándosele: "no, madre, (la dixo) no es de alquimía, si no de muy buen oro: tómele, aunque por su pequeñez vale tan poco, para que tenga esa corta memoria de mi corazon.

"Engarzada vea yo su mano en la de su fino y galan mancebo, y paguéselo Dios, hijita; que sí se lo pagará, si quiere oir las oraciones de una pobre pecadora:::

¡Y qué gracia que tiene la buena señora!::: ¡Si es preciso que venga á ser muy afortunada!::: Mírala, Salerosa, mira qué cara! Dios se la bendiga."

"Lo que miro es, (dixo Salerosa) que la pobre señora me da mucha compasion, y es menester que mi padre la haga volver lo que fuere suyo, y que la lleven segura con su hermanito::: mire, mi alma, no tenga susto, que yo haré gobernar las cosas; pero cuidado, ya que ha vuelto á verse en amor y compaña con su D. Juan, no me torne otra vez á ser marisabidilla, que es una miseria que el pobrecito no sea bien otorgado y correspondido::: Vaya, señor, díganos ahora, así Dios le haga bien casado con su Margarita, y que sea á la hora, díganos sus penitas y sus hachares, los que por ella ha sufrido, y como ha venido á parar en los estados de nuestra jurisdiccion.

EL NÁUFRAGO ESCLAVO,

CUENTO SEGUNDO.

"Amarga memoria, (dixo Don Juan, despues de lanzar un profundo suspiro) amarga y dolorosa memoria es la que me mandais que renueve; pero la no esperada presencia de la persona que únicamente amo, el arrepentimiento que de su antiguo desvío muestra, y la correspondencia que promete, son para mí de tal valor, que aun en medio de nuestra presente cuita, harán dulcísimo y grato el recuerdo de tan amarga memoria."

"Despues que mis continuos esmeros no habian sido poderosos para grangearme la correspondencia de la amable Margarita; y que mis mas vigorosos

esfuerzos para desengañarla de las adulaciones con que la mojaban los que con ademan de admirarla eran sus mayores enemigos, fuéron tan mal recibidos: en fin despues que mi sincera declaracion, mis ardientes deseos, mis promesas, y todo el ahincamiento de mi verdadero cariño sufriéron una repulsa tan dolorosa para mi corazon, como irreparable y dificil de tolerar; perdida absolutamente la esperanza de adelantar un paso en la carrera del amor, me arrojé como desesperado á seguir otro rumbo, que aunque no fuera capaz de desquitarme, ni hacer que olvidase á mi ingrata, pudiese á lo ménos distraerme y libertarme de estar á donde mi presencia aumentase su fastidio y su desvío, y con estas miras elegí la carrera de las armas."

"Recibido, aunque ya gran-

de, como cadete en el regimiento de mi padre, obtuve dentro de poco, agregacion de subteniente en uno de los que guarnecian á Ceuta; y deseoso de hacer al instante mérito en una plaza que á cada momento se halla en estado de guerra; sin detenerme me embarque en Cádiz en un buque francés que pasaba al mediterráneo, y habia de tocar en aquel puesto."

" Era el equipage muy discolo, y el capitan nombrado mas bien por efecto de la proteccion, que por la recomendacion de su mérito: su genio áspero, duro; y digámoslo así brutal, unido á su poca inteligencia, le habia grangeado el aborrecimiento de todos: por otra parte los oficiales léjos de fomentar la necesaria union, estaban discordes entre sí, y por tanto eran muy poco respetados de toda la marinería."

"Si el tiempo hubiera estado tranquilo y sereno, habriamos quizá podido llegar á nuestros destinos, sin embargo de tales circunstancias; pero ni nuestra salida del puerto se verificó quando convenia, ni nuestra navegacion disfrutó un momento de prosperidad."

"Habiéndonos hecho al mar con viento borrascoso y muy fresco, que soplaba del mediterráneo no fué posible embocar por el estrecho; nos largamos á la mar alta; y sobreviniendo una terrible tempestad, la falta de subordinacion y la ignorancia produxéron sus naturales conseqüencias, y padecimos sus funestos efectos."

"Aun en medio de las dificultades y peligros que el mar ofrecia, prolongándolas por muchos dias, léjos de mantenerse con esmero en la anchura, hizo

el capitan virar para la costa de Africa, parte segun decia, para buscar algun asilo, y parte para que estuviésemos mas bien proporcionados á retroceder hácia nuestro destino quando el temporal lo permitiese. ¡Infeliz baxél! y ¡desventurada gente la que le ocupaba! todas las faenas fuéron mal dirigidas y mal executadas, se perdió el tino, se perdió todo."

"Al cabo de algunos dias, quando el capitan por su estima imaginaba estar en las cercanías de Mogador, inopinadamente tocó la nave ántes de amenecer en los baxíos del cabo del Nun, distante de allí mas de ciento y ochenta millas, y las inoportunas maniobras la empeñáron y estrelláron mas y mas en ellos."

"Amaneció, y viéndo la tierra á sola una milla de distancia, los pasageros y el equipage comenzamos á esperar, que á lo

ménos podrian salvarse las personas principalmente porque veiamos pasearse por la playa con serenidad muchos negros, de los quales no dudábamos que podiamos recibir algun socorro."

"Saltó de la rota nave un buen dador y se dirigió con intrepidez á la playa para parlamentar con los naturales del modo que pudiese y pedirles auxîlio, y acogida. Recibiéronle los bárbaros con suma alegría, baylando y cantando con descompasados gritos de contento; conduxéronle sin detencion á un altillo, y sin interrumpir su festiva algazara, sus danzas y sus cantares, le colgáron por los pies, y despues de quitarle lo poco que tenia, le enterráron en la arena."

"No habiéndonos enterado nosotros en tan inaudita, y no esperada crueldad, y viendo que tardaba mucho en volver el ma-

rinero, despachamos otro, que tomó el mismo viage; pero tuvo la misma suerte que su antecesór, y observando con mas cuidado vimos su desgracia desde el mar; y decayó de tal modo el ánimo de todos, que ninguno se atrevió á emprehender nueva tentativa, ni solo ni en compañía de otros."

Desaparecia ya la luz, y se acercaba la noche, quando el capitan congregándonos á todos sobre el alcazar, y haciéndonos una arenga muy digna de qualquiera filósofo del dia, y no ménos propia de la feroz dureza de su genio, la puso fin, proponiéndonos que en atencion á no encontrarse otro mejor remedio á nuestro infortunio, pusiésemos fuego á la pólvora, y nos volásemos todos con los residuos del náufrago baxel.

" A los pocos, que eran tan

filósofos, locos y desesperados como el capitan, les pareció tal expediente muy hacedero y puesto en razon: ó no considerando, ó no creyendo otra cosa que la vida presente: creian con calma que esta era una resolucion vigorosa, digna de hombre de espíritu, y de almas fuertes que se atrevian á imitar al desaforado caton, y otros como él."

"Pero yo logré persuadir al mayor número, que mas bien que esfuerzo y valor era tal recurso una cobardía y debilidad, y un vituperable modo de rendirse á los infortunios, por falta de ánimo para tolerarlos: que á nadie puede faltarle tiempo para morirse quando quiera quitarle la vida el que se la dió; y que todo lo que se enderece á la anticipacion de tal término y momento final, aun quando no reparemos en las relaciones morales,

debemos mirarlo como una atrocidad feroz, y un incomparable mal fisico; siendo por tanto necesario diferirlo á lo ménos quanto fuese posible."

"Desechada por la pluralidad la proposicion del capitan, y enfurecido él con la repulsa que miraba como un gran desayre, como nuevo infortunio, y sobre todo como falta de subordinacion en un punto muy esencial, se disparó á la boca dos pistolas con deseo de quitarse la vida en un momento; pero sin conseguirlo solamente logró morir mucho despues rabiando, y horrorizándonos á todos mas y mas cada vez."

"Llegado el dia siguiente, viniéron á la nave los negros, y la saquearon enteramente; y bien que este mal proceder nada dexaba que esperar de parte de ellos; como para conservar las vidas no

habia otro recurso; nosotros propios armamos como pudimos unas hangadas y en ellas pasamos á la playa con los naturales, los quales nos hiciéron desde luego esclavos, y nos repartiéron con el resto de la presa."

"Ninguna noticia he tenido despues de los demas; solo sé que á mí me tocó un amo bestialmente cruel: aunque muy débil y perseguido entónces de salud muy achacosa, á continuar granizadas de palos me obligó á que de los destrozos del baxel partiese leña para el uso de su familia, sin que para ello tuviese instrumento alguno apropósito, lo qual aumentaba en gran manera mi fatiga."

"Era una llaga todo mi cuerpo, y no tenia otro alimento que una ó dos tazas de leche al dia; desnudo absolutamente dormia sobre la dura tierra, en un pais

abrasado y árido, que ni aun agua para saciar la sed ofrecia á mis desventuras."

"Empleados diez dias en romper y repartir los rezagos de la embarcacion, los negros que eran de diversos pueblecillos, se dividiéron caminando cada qual á su casa con su presa. Ocupóme entónces mi amo en la custodia de un rebaño de cabras, del qual muy presto mató tres un feroz tigre, no teniendo yo armas para impedirlo, y habiendo por suma fortuna escapado oculto en un miserable asilo, que me proporcionó el acaso."

"Libre de aquel peligro no tenia valor para presentarme á mi señor con tres cabras ménos, temeroso de su crueldad, en nada inferior á la del tigre mismo; pero fuéme él á buscar, y encontrando diezmado el rebaño, me azotó con cuerdas, tan sin pie-

dad, que por todo mi cuerpo corria abundantemente la sangre, y solo me dexó de sacudir, quando desfallecido quedé sin movimiento alguno: en tan lastimoso estado me ató desnudo á un palo delante de su puerta, dexándome toda la noche al sereno.»

« Lo que mas se resintió de tan inaudita ferocidad fuéron los ojos, y al dia siguiente no podia distinguir los objetos: el remedio que mi amo recetó para este nuevo mal fué decirme con extremo desabrimiento que si dentro de tres dias no recobraba la vista, acabaria de quitarme la vida, como á res inútil; oyóme Dios, á quien me encomendé muy de veras, y tuve la buena suerte de recobrarla, y mejorar ántes que se cumpliesen dos: inmediatamente me vendió en cambio de tres cabras á un moro forastero que me llevó con-

sigo trescienta millas deallí.»

"Algo ménos brutal era mi segundo amo, que el primero; y despues que á fuerza de palos averiguó que por debilidad no podia andar á pie todo el camino, me alivió montándome sobre un camello; y pasados tres dias despues de llegar á su casa, donde mi único alimento era una especie de alcuzcuz, formado de leche y de un poco de harina de cebada mal molida ó machacada, me destinó al cuidado de su rebaño, y á medida que fuí cobrando fuerzas y vigor, me fué dando mejor trato.»

"Una horrenda mora, hermana de mi señor, dió entónces principio á otra muy diversa, pero no ménos molesta persecucion. Pareciéndola acaso que tan mal parado christiano podria ser apropósito para contentar sus antojos, y servir á sus pasatiempos

ó á sus placeres, se esmeró en fastidiarme con sus enérgicos y nada equívocos agasajos. Excusábame una buena parte del trabajo que estaba á mi cargo, y me proporcionaba mas escogido y mas abundante alimento; aun me facilitaba tal qual vez el cómodo y saludable aseo del baño, que es la mayor y mas útil delicia de los africanos; pero no buscaba rodeos para explicarme qual era la recompensa que deseaba por sus favores, los quales de este modo se hacian mas molestos para mí, que los mas fatigosos trabajos.»

"Era bastante corpulenta y desagradablemente carnuda; pero sus carnes toscas y mal repartidas eran de una tez desigual y obscura de un color moreno, incomparablemente mas repugnante que el mas atezado negro. Su cabeza cubierta de lana corta, en-

sortijada y siempre asquerosa, las toscas y mal proporcionadas facciones de su rostro, su tremendo, largo y péndulo seno, sus pies y manos descomunales, sus espantadizos ojos desnudos de pestañas y cejas, y el ayre de ferocidad de todo su semblante me traian á la memoria la idea y retrato de las furias, y hacian que contrapusiese de tal modo en mi imaginacion las contrarias calidades de las prendas de mi muy amada y nunca olvidada ingrata, que hasta la vida perderia primero que admitir con buena gracia una caricia de semejante monstruo.»

"Pasáronse algunos dias en esta nueva clase de tormentos, y en ellos la intolerable buena voluntad de la mora, que hacia la guerra á mi fatigado corazon, se habia contentado con leves acometidas y ligeras escaramuzas;

pero llegó al fin uno en que los estímulos de su amor ó de su apetito eran mas enérgicos, eficaces y violentos: su explicacion era correspondiente á sus deseos, sus deseos á sus prisas, y sus prisas á las furias del infierno; pero mi resistencia era conseqüencia de mi repugnancia, y mi repugnancia no ménos vigorosa que siempre."

"Enfurecida la asquerosa y lasciva mora con tan repetido desayre, no omitió el recurrir á las amenazas, y no logrando persuadir con ellas lo que no habia podido con agasajos, quiso hacerlas efectivas, acometiendo á darme de palos sin conmiseracion, proponiendo descaradamente la alternativa de proseguir cada vez mas cruel, ó que desarmase su enojo del modo que ella solicitaba. Ya me habia apaleado un rato, y aun me habia hecho algu-

nas ligeras heridas, quando de repente se presentó su hermano lleno de cólera, y preguntándola con enojo por qué me castigaba no siendo esclavo suyo, sin detenerse respondió ella todo lo contrario de la verdad."

"Consistió mi fortuna en que habiendo sido mi amo testigo oculto de toda aquella escena, y viendo ahora con quanta desvergüenza mentia su hermana, se arrebató enojado contra su indecencia y su calumniosa y falsa delacion, condolido de mi inocencia, mi temor y mi respeto: y quando yo estaba temblando, temeroso de que la diese crédito y me condenase quizá á la muerte, asió encolerizado á su hermana, y desnuda la ató á un palo, obligándome á que yo mismo la azotase con cordeles por largo espacio; y quando creyó que estaria yo fatigado, me reemplazó

siguiendo él, y completando el mas cruel vapuleo: así que tambien él se hubo cansado, la regó con muchos cubos de agua, y tomándome por la mano, me sacó de la casa, y en la plaza me vendió á un mercader de Glimy, el qual me llevó á su pueblo, donde me rescatáron unos franceses traficantes de Mogador."

"Estos, despues de vestirme y tratarme muy bien, me hiciéron conducir á Cádiz, y desde allí caminaba ahora á Madrid en demanda de los mios, quando detenido por los gitanos he sido traido á vuestra presencia."

"Doy por bien empleados todos mis trabajos si al fin han de parar en ser cordialmente correspondido por la primera ocasion de todos ellos mi muy querida y desventurada Margarita."

Habia estado ella afligida y llorosa durante quasi la relacion

de los infortunios de su amante, y luego que él dexó de hablar, dixo sollozando: "¡Ay, Don Juan! ¡cómo si fuera posible que permaneciese aun en mí alguna raiz de mi desventurada manía, bastaria vuestra relacion para acabarla de arrancar! No olvidaré yo jamas los muchos y muy grandes trabajos de que he sido causa: ¡ser un hombre como vos un infeliz esclavo! ¡vivir desnudo, enfermo, apaleado y herido! ¡ah!.. ¿Y á donde se dexa su merced? (interrumpió Salerosa) ¿á donde se dexa la bendita mora? ¿Es alguna friolerilla el verse el cuitadillo acosado por un diablo hembra? Mas endiablada creo yo esa persecucion que la de veinte demonios machos. ¡Ay! en el pellejo del hombre mas me hubieran asustado las caricias y arrumacos de la maldita vision pasimugrienta y cariacordobanada, que

la cólera de treinta *chinèles*, y el mismo *buchí* en persona. ¡Cáspita! la asquerosa de la hembra, ¡qué prisa tenia! ¡pobrecillo cuitado! vaya, dénse otro abrazo y buen ánimo que ya se rematáron todos los *bachares*."

Como esto acabase de pronunciar, entró en la cueba descolorido, apresurado y sobresaltado un respetable viejo y encanecido gitano, y todas al verle se levantáron, diciendo: ¡*El Conde*, *el Conde*! Salióle al paso la madre Tinaja, y como azorada: "¿qué cosa? (le dixo, y el respondió): caballería... mala hacienda. — ¿Y qué cuenta? — Mas de cien.... y el Marqués... ya sabes... — ¿Qué Marqués, Candelario? — El Marqués... el de la cosa linda... el de andoba, habas heladas. — Ya, ya... eso no es malo... ¿y cierto? — Seguro, por estos le he visto. — Pues me alegro; al fin, del mal

el ménos... ¿aquel papelito? y... — A eso vengo. — Pues á la hora. — Sí, que está el tiempo de truenos... ven con nosotros, Salerosita. — Oyes, aquel, (dixo al retirarse la madre) anda, anda, que mas podia tronar... vale mucha plata la chica.

Entráronse, y las gitanillas descoloridas y asustadas apénas podian hablar: la Desaborida con medias palabras rompió el silencio así: "¿qué cosa, chicas? — ¡Percances! (respondió la Desgabilada) — ¿cosa de apelar al de mata? — Con la del humo (añadió otra) á la hora: pies, ¿para qué os quiero? en polvorosa. — Pero aguardemos, (interrumpió Desaborida) aguardemos que el Conde resuelva. — Y la Desgabilada replicó: yo dixera que vandadita de torcaces. — Chicas, con la paciencia se gana la ciencia."

Don Juan y Doña Margarita,

temerosos de nuevos infortunios, se miraban sobrecogidos, pero el susto y sobresalto que observaban en sus apresadores, los alentaban y daban esperanzas. Sintióse hacia la entrada de la caberna un gran ruido de caballos: "dicho y hecho, gritáron las gitanas, arremolinándose; y Candelario, saliendo con sosiego de la cobacha donde habian entrado los tres: queditos (dixo) sosiéguese la gente honrada, nadie se atolondre, que esta nube presto pasa."

Entráron á la sazon muchos soldados de caballería desmontados, pero con las armas desnudas, y trayendo algunos gitanos atados, con una muger y varios pasageros libres: esta y dos de ellos corriéron al punto, y abrazando á Doña Margarita, exclamáron: ¡*ay ama mia*!

El último entró un oficial ve-

nerable con divisa de Coronel, y saliéndole al encuentro Candelario, afectando sosiego: ¿tanta honra (le dixo) señor Marqués? ¿tanta honra por mi pobre casa? Que pase su señoría adelante; (dixo la madre Tinaja saliendo de la cobacha) descanse su señoría un ratito, que llueve mucho... llegad, chicas, llegad un redondel y un pitaco, que yo me holgara que fuera un sitial.

" ¡*Qué bribones*! dixo el Coronel, mirándolos con desden; y derramando la vista por toda la cueba reparó en Don Juan, se mudó de color, y dixo con sorpresa: ¡Don Juan! — Sí, señor, (respondió este arrojándose á sus pies) sí, señor, vuestro hijo hasta aquí desventurado, que sin esperarlo recobra á vuestros pies y en vuestros brazos toda su felicidad. — ¡Hijo mio! ¡cómo aquí!... ¡gran Dios! ¿no pereció la na-

ve? — Pereció, pero salvóme Dios.... este es asunto largo.... ¡ay padre! despues de náufrago, esclavo, maltratado, perseguido, rescatado por piedad; volviendo á buscaros caí en manos de estos hombres... — ¡Infames! yo haré que todos... Aquella señora me parece que la conozco. — Es nuestra vecina Doña Margarita. — Ya, la erudita. — Decid, señor Marqués, (replicó Margarita) la arrepentida de serlo: por estarlo caminaba en demanda de mi hermano: estos miserables... ¡ah! me han tratado muy bien... — Comenzando (interrumpió el Coronel) por dexaros desnuda: no los mireis ya con temor: han caido los picarones en el garlito... Registrad esas cuebas."

Iban á entrar los soldados, y Candelario dixo: "no hay mas que la Salerosita... ven aquí, chica. — Sal, hijita, (añadió la ma-

dre Tinaja) ven... es muy corta, señor... ven, hija, que quiere verte el señor Marqués."

Salió de la cobacha Salerosa, y el Marqués al verla: "Válgame, Dios, dixo, ¡qué gitana tan hermosa! Y ella, arrodillándose á sus pies: pues esa gitana hermosa... mejor diriais, esta malaventurada doncella, rendidita con humildad á sus pies, suplica á su señoría que le sea este memorial...."

Entrególe una carta cerrada, y levantándola el Marqués, la dixo: ¿quién eres, graciosa niña? que no pareces gitana. — Hijita nuestra, (replicó la madre Tinaja) y la honra de la familia; pero lea su señoría ese papelito, y sabrá buenas cosas."

Abrió el Coronel la carta, y vió que en forma de memorial decia: *Doña Leocadia de Tasis y Avendaño*... Detúvose el Marques,

mirándola con reflexîon, y volvió á leer con ahinco y regocijo: *Doña Leocadia de Tasis y Avendaño, á su venerado padre el señor Marqués del Prado suplica que se digne mirar con piedad á estos pobres gitanos.* Volvióla á mirar, ¿y dónde está (dixo) esta Doña Leocadia? ¿dónde está mi hija? ¿quién es?.. ¿pero cómo puedo dudar que eres tú misma, si estoy viendo en tí el mas acabado y completo retrato de mi difunta esposa? — Sí, señor, (dixo Candelario) esta es la Leocadita, sino que por su mucha sal la llamamos la Salerosa: mire su señoría, mire lo que tiene debaxo del cuello, que es cosa buena.... buena como toda ella."

En efecto, traia pendiente un medallon con un retrato guarnecido de brillantes, el qual la habian puesto en la cobacha hácia dentro, y por esto no se habia

reparado. ¡Ay! (exclamó el Marqués volviéndole) este retrato de mi esposa tenia puesto Leocadia quando la robáron.... ¡Hija de mi corazon! y la abrazó con extrema terneza. — "Sí, señor, es la propia chica, (dixo la madre Tinaja) que la habemos criado con muchos afanes, y tenemos guardados todos sus trapitos."

"¡Qué dia es este, gran Dios! exclamó el Coronel, ¡qué dia es este tan venturoso! sin pensarlo, sin poderlo esperar recobro en un momento dos hijos, que lloraba perdidos, sin recurso, despues de tanto tiempo. ¡Qué dia es este! ¡quan inaveriguables son, ó Dios, quan inaveriguables son vuestros caminos!"

Miéntras todo esto, la Salerosa ó reciente Doña Leocadia, miraba con desasosiego y sobresalto por todas partes, y no pudiendo ya contenerse mas, dixo

á Candelario: ¿y Gallardo? — Se najó (respondió) con tres camaradas, huyendo de la quema. — "¿Qué Gallardo es este? (interrumpió alterado el Marqués): no es cosa de cuidado, dixo la madre Tinaja; es su cuyo. — ¡Cómo, su cuyo! ¿es acaso su marido ó su mancebo? — Eso quisiera el pobrecillo: no es su mancebo, ni su marido, es su amartelado... su querido, señor. — ¡Su querido! ¡un gitano!"

"No es un gitano, es un caballero, muy caballero, (replicó Salerosa) y solo porque me quiere, aunque no hay audiencia, bien que yo le quiero como á mi ánima... Sí, señor, le quiero, y el mozo lo merece... anda hecho un gitano como un ánima en pena, no mas que por *camelarme* (1)... ¡Ay, señor! haga su señoría que

(1) Camelar, enamorar.

le busquen . y no le venga mal alguno, si es verdad que soy vuestra hija. — ¡Si es verdad! hija de mi corazon... Sargento Perez, monte vmd. con doce soldados, y por toda la sierra busquen ese gitano Gallardo, que no puede estar muy léjos , y sin ofenderle tráiganle aquí."

Marcháron los soldados con el sargento, y Salerosa abrazó al Marqués , diciéndole : "ahora sí creo que sois mi padre , y que me hareis venturosa , y estorvareis que estos pobres sean infelices. — En dia de tanto contento para mí no puedo dexar de hacer por tu ruego quanto no sea faltar á mi obligacion... Sentémonos todos y nadie salga... Vos , gitana ladina y mala , contadme , pero con verdad , ¿cómo hubisteis á mi hija? ¿quál ha sido su vida? ¿quál es hoy su estado? ¿y quién es ese Gallardo, su querido y

amartelado, que tanto me da qué sospechar? — De bonísima gana, señor, le contaré todo el caso... aquí me arrellanaré en el suelo; que no soy digna yo... De lo que vos sois digna todo el mundo lo conoce; pero siéntense todos sin distincion, y habladme la verdad pura, que cuenta os tendrá... Mis amados hijos á mi lado; vos, señora, aquí; nadie interrumpa: tú, buena alhaja, cuéntanos esa historia sin digresiones, ni retrechería."

SALEROSA,

CUENTO TERCERO.

"No, señor Marqués, que aunque nos ve ahora su señoría pasándolo en este rinconzuelo con trabajitos; yo, y mi marido.... Candelario, para servir al señor, aquel cuitadillo que parece mosca muerta.... mi marido y yo somos unos pobres gitanos, que hemos entretenido la vida honradamente con aplicacion y como nos ha dado Dios á entender, sino que la arrastrada dignidad de Conde nos ha traido ahora á estas experiencias, que nosotros en buena hora lo diga, siempre hemos sido amigos del pan pan, y el vino vino."

"Viviamos en paz y compaña sin ser de carga á nadie, como Dios manda, y deseando que

todos tuviesen gusto y contento. Con mis buenas venturas, mis prendecitas de contrabando, y tal qual otra cosilla, se pasaba como mas bien se podia, sin hacer ruido. Era yo entónces vivilla, y en qualquiera parte me hacian buen lugar, porque tenia mucho aquel, y un genio acomodado, cantaba y baylaba como la mas pintada, y ninguna desempeñaria mas á satisfaccion un encarguillo, si qualquier pobre afligido no podia hablar con su novia, ó entregar algun papel de importancia á su querida."

"Pues señor, como iba diciendo, y pasando á lo que es del caso, habrá como unos diez y siete ó diez y ocho años, ó así, así (que tengo la memoria algo frágil y trascordada) entré yo una tarde en la casa de su señoría, y no encontré un alma que me dixera *¿donde vas bestia?* Ya

se ve las cosas de las casas grandes: los amos estaban fuera, y todo andaba manga por hombro."

"Como yo iba á mi tragin, y á vender mis cosillas, me fuí colando por aquellos salones que ya habia yo estado otras veces, y no me perdería.... ¡Qué casa aquella, señor! parecia un convento, ó algun palacio hechizado.... Entré por fin en un retrete muy bonito; y en una cuna tamaña, con sus ruedas y todo, y que parecia un altarito, estaba despierta, y gorgeándose una niña como de nueve ó diez meses, que era como mil oros: hagámonos cuenta, esa misma Salerosita, que ya entónces indicaba lo que luego ha sido."

"La brutaza de la pasiega, con mas quartos que un mulo, andaba en otra sala retozando á coces y manotadas con un lacayo; y las otras mozas en otros quar-

tos, yo no sé con quien, que sé yo lo que hacian; que líbreme Dios de malicias, y de hacer juicios temerarios; lo seguro es que no estaban con la señorita, como era menester."

"Como yo criaba entónces á mi chica, que era ya grandecilla de mas de año y medio..... Aquella que está allí tan cariacontecida y remilgada, que es la *Desaborida* para servir al señor Marqués.... Me dió lástima de la desamparada señorita; viéndola tan linda, la saqué de la cuna, y la verdad, la dí un beso, y porque no llorara la cuitadita, la puse en la boca un pecho, que estaba rebentando, y la dí la sangre de mis venas; vaya que lo tomó con tanta gana, como si no se hubiera visto en otra."

"¡Desventuradita! dixe para mí; que mal asistida está tan graciosa niña en poder de estas

brutas: ¡Ay! conmigo no la habia de ir así: ¡qué falta de caridad! lo primero es lo primero: ¡pobrecitos niños! ó dexarlos, ó cuidarlos como es menester y de razon."

"Por misericordia, señor, por mucha compasion que me dió, me resolví á llevármela á mi casita y ampararla y guardarla de aquellas ferósticas retozonas y malas hembras: al pecho llevaba esa medallita; y dixe: tate, guardémosla para quando sea grande, y la volvamos á su gente: y como allí en canto tenia su ropita, y ya se ve, una pobre no podia asearla como era decente, y merecia ella, la recogí toda: no sé yó con la prisa si iria alguna cosa que no fuese suya; pero viendo un cofrecito con sus diges, y muchas ricas alhajas suyas y muy suyas; dixe para mi sayo, donde va el mar que vayan las arenas,

que yo no entiendo de cargos de conciencia, con que me cargué con todo como si fuera un mozo de esquina; pero lo dí por bien empleado que todo lo merecia la señorita."

"Las bribonas que distraidas allá en sus cosas ellas sabian como, no me habian visto entrar, tampoco me viéron salir; pero como digo lo uno digo lo otro: ya que por caridad me encargaba de la buena obra de amparar á la cuitadita, no queria que me vieran, y lo estorbaran como perros de hortelano; y aunque me esté mal el decirlo, entónces.... ¡Oh! entónces era yo lista y avisada; ahora soy un zopo, que me piso las naguas, ¿pero qué se ha de hacer? los años no se van en valde."

"Llegué, por fin, muy fatigadita á mi casa, como Dios me dió á entender, y Candelario mi

marido que ha sido siempre muy compasivo, se holgó muy mucho de tal obra de caridad. Con nuestros trabajitos; pero muy á placer la hemos sostenido, dándola muy buena crianza, con la qual ha venido á ser la honra de todos: por esto, por nuestro cariño, y por su resalada gracia, la hemos nombrado siempre la *Salerosa*, y se ha quedado con tan bonito nombre."

"Aprehendió muy desde luego varias de nuestras habilidades, y no habrá gitana en toda la congregacion, que pueda alabarse de ser mas perfecta en ellas; pero la verdad, entre nuestras habilidades hay algunas mas fáciles que las que mejor sabe, y no ha sido posible hacerla entrar por ellas; mas de qualquiera manera ha sido siempre una hembra de un porrazo, que dan las todas."

"Pues digo, ¿y quando fué mocita? Hay es ello: andaban todos á qual lleva el gato al agua; pero ella, herre que herre que ninguno se habia de vestir aquel jubon: los mas ricachos y esclarecidos gitanos andaban con un palmo de lengua por ser sus maridos, y los caballeritos porque fuera muger suya; pero á ella le daban bascas de risa quando la mentaban estas cosas: mas burla hacia la picaruela de los mas finos y amartelados, y para ninguno tenia mas que chacara, chacota y palique; al fin hubiéron de retirarse los pobretes; porque la desesperada de la arrastradilla á ninguno daba ni aun esperanzas."

"Como algunos meses ha, aclamáron los camaradas por Conde á mi cuyo, que bien merecido se lo tenia el pobrecillo por su habilidad, por su apli-

cacion y por su prudencia; las obligaciones del cargo nos precisáron á emprehender distintos viages: que las dignidades miéntras mas altas son y mas esclarecidas, mas trabajitos acarrean: esta nos ha privado de nuestra pacífica y sosegada vida de antaño."

"Asegúrole á su señoría que he hechado ménos y muy ménos aquellos dias venturosos en que con nuestras trévedes y paletas, con nuestras agencias, con nuestras ferias, con nuestros jumentillos y nuestros trapitos de por alto, pasábamos una vida de canónigos machos. ¿Pero qué se ha de hacer? á lo que Dios hace no hay que aquellarse: los cuidados caminan á la par con las autoridades."

"En buena hora lo diga, hemos ganado el pan honradamente sin dar que atar á *chinel*, ni que palmear, ni pernear á *buchí*: no

querrá su señoría creerlo; pero así Dios me salve, ha sido tanta la prudencia de aquel aguamansa, que aunque no se ha dexado de trabajar, ninguno de la comunidad ha llevado en tanto tiempo si quiera un palmeo de por ahora y siga, que parecemos frayles cartujos que nadie los ve ni los oye sino ellos mismos en su rincon."

"En uno de estos andurriales estaba yo en Cádiz con las chicas, y como allí es el non plus, con el calor se pegaban las moscas á la miel por mas que las oseaban, y no podiamos vernos de polvo. Los golosos eran muy muchos; pero entretantos se presentó uno que tenia mas verdadera vocacion, y á la chica no la pareció estropajo de fregar, porque era un buen caballero, y sobre todo un real mozo. Este es el consabido *Gallardo*,

que en el siglo se decia el *señor Don Agustin.*"

"Esto solamente supe de él, y que era un personage de Indias, y tenia muchos *parneses* (1). Que la dixo ó que no la dixo, ellos se lo sabrán, que no soy amiga de meterme en honduras: lo cierto es que el mozo parece que se encarrila por el camino real, y quiere ser marido de la hembra: á la hembra no la pesaria de que lo fuera: y así me guarde Dios como tienen razon entrambos."

"En esta ocasion ciertas ánimas desocupadas, lenguas maldecidas, que no quisieran que viviesen los pobres, comenzáron á murmurar algunas friolerillas de nuestra comitiva honrada: dale con el camino de Xerez, vuelve con las cabezas, aprieta con Utrera, torna con el Puerto.... Testi-

(1) *Parneses*, monedas, dinero.

monios, señor, falsos testimonios; pero tanto hiciéron, dixéron tanto los descomulgados que nos hubimos de najar, y venirnos á hacer jornada y penitencia en estos desiertos."

El mozo que estaba picado de la vívora, y de todo su corazon deseaba profesar con la chica, aunque hubiese de sufrir un penoso y largo no viciado, determinó seguir las vanderas del Conde sentando plaza de gitano; pero la hembra no permitió consentirlo miéntras no vistiese el uniforme de nuestra tropa.

Ciertamente no la gustaba el extravagante arreo que ahora se usa: el chupito meñique, los calzones sobaqueros y ahogadizos, y la casaquita de volar::: vaya señor, que estaba el buen caballero hecho una compasion. ¡Qué pobreza! así se estropéa la sal de un real mozo. ¡Qué apatuscos tan

desaboridos! con aquel quite usted allá de sayo, que se parece á la hopa del que va á su viage, y aquel sombrerillo de cucurucho, á manera de coroza chata como basera de orinal, estaba pintiparado á un trompetero contrahecho: y esto era verdaderamente una miseria."

"Resolvióse pues el galan, y puesto á la ley se vino con nosotros; pero si vale decir la verdad, solamente de estorbo nos sirve: ni él sabe el exercicio, ni es para emprehender cosas de pro y de loa, ni para hacer por sí la guerra, ni para ayudar en las expediciones á los camaradas, como es debido: acudir á los asustados, pedir por los afligidos, cata haí lo que hace el hombre por esos caminos, cosa que entre gitanos aplicados solo se aguantaria por Salerosa. Ella le va queriendo unas migagillas así quiera

la buena fortuna á estas pobres ánimas: y aquí tiene su señoría la verdad purita de todo lo que me ha mandado que le diga."

"Por amor de la chica, por el bien del señor Don Juan, y sobre todo señor, por vuestra propia caridad: duélase su señoría de estos miserables gitanos, que aunque mala hembra no le tildaré yo nunca de mi letanía. Las alhajas de la Leocadia estan en este cofrecito, y los trapitos que con ella liberté de las manos de aquellas bestias retozonas estan guardados como oro en paño, y todo pronto á vuestra disposicion: volveráse tambien á cuyo fuere todo lo que los presentes traian. Perdónenos su señoría, que si á esta buena gente la hemos dado susto, susto nos han dado á nosotros la gente de á caballo: y patas."

"Concluyó así su relacion la garladora gitana, y el Marqués

la respondió: — Bien me alegraría yo, pobre gente, de que fuera posible tratáros con clemencia ¿pero cómo ha de ser esto? os hemos cogido asaltando y robando á los pasageros en un camino real, sin temer ni aun á la tempestad, ni á los truenos — vaya, señor, (dixo Solerosa) que la hambre es la mas mala tormenta, y ni aun por matarla á ella, han matado á nadie los pobrecillos ¿y cómo se habian de avenir? ¿cómo podrian ganar el pan? la gente es loca, y para nada bueno los quiere, aunque ellos trabajarian de buena gana: no les permiten ganar la vida con el sudor de su frente.... — Al fin (dixo el Marqués) veremos lo que por causa tuya puede disimularse."

"¿Y Gallardo, señor?..... Si Gallardo fuere como me le han pintado.... — Vuestra hija os asegura que aun es mejor: muy ca-

ballero, que como tal obra, aunque la pasion le disfrace....—Si así fuere, no tienes que temer.— Otro pecadillo, señor: he sido gitana, y me quedan los resabios de pedigüeña. Deseo la buena ventura de mi hermano como la mia propia: en vuestra mano está.—¿Qué podré yo hacer que no haga para que sea venturoso!— Cásele, Padre, cásele con Doña Margarita la doctora, que fué, y ámbos se lo agradecerán.—¿es esto así?—Ay señor (respondió Don Juan) esa fuera mi única felicidad.—Y mucha satisfaccion mia; (dixo el padre) ¿vos, señora, qué decís?—No es ocasion de disimular: merece tanto vuestro hijo, le debo....—Quien debe es justo que pague: me doy la enhorabuena á mí propio. No hablemos mas en esto, pues parece que vuelve la tropa."

Llegáron en efecto los solda-

dos, y con ellos una gran partida de paisanos armados, que traian atados á tres gitanos y á Gallardo suelto. El sargento Perez dixo á su Coronel:" poca diligencia tuvimos que hacer, y menester no ha sido que nos mogemos mucho: el señor Corregidor habia llegado con su gente despues que nos venimos, y teniendo apeolados á los quatro, buscaba los demas quando le encontramos: díxele la órden que llevaba, y aquí viene su señoría con nosotros y con su gente.

Entró en efecto el Corregidor despues de todos. En este lugar me parece conveniente advertir á mis lectores que no he podido averiguar con puntualidad de donde era Corregidor aquel caballero, que lo era de Santiago; el manuscrito de donde he sacado esta historia, sobre ser de letra poco legible, estaba en este parage tan borroso, que no ha sido

posible asegurarme si decia de *Jaen*, de *Baylen* ó de donde decia: sea de donde fuere es cosa de poca monta, y muy de creer que no lo seria de muy lejano pueblo, pues se extendia su jurisdiccion por aquellos desiertos montes. Helo advertido aquí para descargo de mi escrupulosidad.

Apénas el Corregidor entró se dirigió hácia el Coronel, que salia á recibirle, y con atencion le dixo: "¡qué bien ocupado, señor Marqués!... ¡Margarita! ¡hermana! — ¡Hermano mio! — Los dos hermanos se abrazáron con nueva admiracion de todos; y Gallardo, que venia muy alegre, mostró ahora mayor regocijo."

"Sea enhorabuena, (dixo el Marques) que vos tambien tengais un dia tan venturoso como yo; parece que quiere el cielo premiarnos á entrambos el zelo con que cada uno por su lado

perseguimos á los malhechores. Veis aquí mi hija, que perdida desde la cuna acaba de parecer entre esas gitanas; y veis tambien aquí á mi hijo, al qual lloraba anegado: vos encontrais al mismo tiempo á vuestra hermana, que caminando en busca vuestra fué apresada por estas honradas alhajas; aun encontrais mas, pues las circunstancias de tan venturoso dia me estimulan á que os pida su mano para mi hijo. — No prosigais (dixo el Corregidor) gano yo tanto en ello que no puedo hacerme de rogar: de ella sola depende, y siendo á gusto suyo podeis contarlo por hecho."

Despues de algunas palabras de parte á parte, contáron al Corregidor con alguna mas extension, aunque con brevedad, todo lo ocurrido, y el Marqués remató diciendo. "Réstanos solamente que este gitano de devo-

cion, que llaman Gallardo, y que lo es en realidad, ya que parece alegrarse con nuestras venturas, nos diga quien es, y por quales caminos ha venido á este parage, ya que con todos mi hija me asegura que es caballero."

"Con solo que sepais mi nombre (dixo Gallardo) conocereis que no os han engañado, y participareis del sumo y muy justo contentamiento que acabo de tener en el camino al saber quien era el que me habia preso. Soy un caballero Toledano, cuyo nombre es *Don Agustin de Vargas Maldonado...*"

"¡D. Agustin de Vargas Maldonado! interrumpiéron con sorpresa y á una voz el Corregidor y su hermana. — Si señor Don Alfonso de Vargas (prosiguió Gallardo) vuestro hermano soy, y hermano de Doña Margarita de Vargas, á la qual, aunque sin

conocerla, logré recoger desmayada con el susto que la causó esta gente."

Abrazáronse sorprendidos los tres hermanos, y en todos los presentes revosaba el júbilo. El Coronel con tono muy afable dixo entónces: "ántes que prosigais vos, señor Don Agustin, parece que quereis bien á mi hija Leocadia... La Salerosa, Gallardo, la Salerosa, interrumpió la madre Tinaja, y el Marqués la atajó. — No necesitamos de intérpretes, sabemos nosotros explicarnos. — Miren el señor, ¡qué cara de recto juez! — Si amais á Leocadia, prosiguió el padre... — Sí, señor, la amo con extremo, y para acreditarlo os la pido por esposa. — ¿Y tú que dices á esto? paréceme que serás gustosa. — ¿Si seré gustosa? miren que duda: si quando gitana era mi gitano, ahora que soy señora será mi caba-

llero: este es un percance á la ley: yo soy gustosísima. — Doy mil gracias á esa señorita, dixo Don Alfonso; y el Marqués añadió, estamos convenidos, no tenemos que hablar: vos, hijo Don Agustin, proseguid vuestra relacion."

EL NATURALISTA EN AMÉRICA,

CUENTO QUARTO.

"No hay para qué referiros mi nacimiento, mis padres y mis circunstancias, pues todos lo sabeis. Sabeis tambien que á la edad de cinco años, sin haber visto jamas á mi hermano que estaba en su colegio, ni á mi hermana, que aun no era nacida, me llevó consigo mi tio Don Enrique Maldonado, que me queria mucho, y pasaba de Gobernador á la Florida, y me crió á su lado."

"Mi educacion fué proporcionada á mis circunstancias, no dirigida para hacerme literato de profesion, sino para que fuese un caballero lucido y aplicado. Por

esto y por mi genial inclinacion, que era muy conforme al gusto de mi tio, uno de los ramos en que tuve mejores proporciones y mayores progresos hice, fué la historia natural."

"Luego que con suficiente edad estuve algo adelantado, emprendí varias caminatas y travesías por la América septentrional, cuyo fruto fué una excelente y abundante coleccion, con que muy á placer suyo aumenté el gabinete de mi anciano tio, especialmente en lo que pertenecia á plantas, insectos, peces y aves; en lo qual recogí muchas cosas enteramente nuevas."

"Mi constante aplicacion á tan divertidas tareas hizo que mi juventud no ofreciese ninguna de aquellas brillantes necedades que suelen hacer notables los años de la mocedad; y de lo propio provino que muerto despues D. En-

rique, y habiéndome dexado poderoso en ingenios, esclavos, alhajas y dinero, no alteré yo ni mudé mi método de vida, mis diversiones, ni mis intentos."

"Permanecia tranquilo, sin pensar en volver á mi patria: una concha, un pez, una mariposa ó un paxarillo, que en una larga, costosa y molesta viajata descubriese, me dexaba satisfecho y contento: un accidente en sí terrible y afortunado por mera casualidad, me determinó á restituirme al seno de mi familia."

"Habia emprendido un largo viage por la Florida oriental y occidental, las dos Georgias, el pais de los Cheroques y otros poco visitados: la abundante cosecha de novedades, que descubria en tan extensos y fértiles terrenos, nunca exâminados por los naturalistas, servia de cebo para que me internase en parages que

me ofreciéron muchos peligros y sustos. No intento molestaros con referirlos : solamente insinuaré el postrero de ellos , que fué bastante para determinarme á renunciar semejantes empresas.”

“Aun ciñéndome á este solo incidente, no quiero hablar de los riesgos preliminares : omito los innumerables caimanes del rio de San Juan , cuyos oidos presentaban en la playa un interminable campamento de pirámides de quatro pies de alto , que fabricaban ellos mismos para depositar de ciento á doscientos huevos en cada uno : no acuerdo las panteras , onzas , osos , serpientes y otras ferocísimas fieras , que ó nos perseguian por los campos , ó nos acechaban escondidas entre las matas , ó se lanzaban furiosas desde los altos y espesos árboles de los bosques: todos estos peligros eran sin duda muy gran-

des, pero estaban mas conocidos y previstos, y eran por lo mismo ménos temibles; el que me asustó y sobrecogió de veras era enteramente inesperado."

"Helborizaba por las extensas llanuras y grandes bosques interminables del pais de los *Siminoles*, donde en muchas semanas no habia descubierto habitante alguno, ni indio ni européo, pero donde era notorio haber cercanías habitadas por hombres tan aficionados á las cabelleras européas como los osos á las colmenas. Desarmado enteramente, muy próximo ya á una facturía inglesa, sin cuidado ni recelo alguno caminaba por un espeso bosque, donde cargado de yerbas raras me habia perdido y separado de los mios, bien léjos del sitio en que tenia los caballos."

"Quando lo esperaba ménos,

saliendo de entre los espesos árboles, me asaltó de repente un feroz y muy robusto salvage, que en toda la parte de su cuerpo, que no cubria su escasa vestidura de pieles de castor, estaba embixado (1) y taraceado de varios colores, montado en uno de mis propios caballos, horriblemente adornado con tres ó quatro cabelleras, que parecian recientemente arrancadas de cuerpos humanos, y traia puestas como vandolera, y armado con su larga, aguda y temible azagaya, corrió ó galope hasta pararse en frente de mí á muy corta distancia."

"Jamas habia conocido yo el

(1) *Embixarse* dicen en gran parte de América al pintarse con diversas labores el cuerpo: nombrase así esta operacion, porque su principal ingrediente es el *achiotl* ó *achiote*, que tambien llaman *bixa*.

temor ni el susto, pero reflexionando entónces todas las circunstancias, faltaria á la verdad si no confesase que de golpe se me heló la sangre dentro de las venas: cayéronseme las yerbas que habia recogido, y temblando como un azogado creia mi fin absolutamente inevitable, y muertos ya los mios, pues veia delante mi caballo y las cabelleras recientes."

"Sin embargo, procurando tranquilizar mi exterior, me encomendé muy de veras á Dios, y haciendo de tripas corazon, como suele decirse, me acerqué á él con una afectada confianza. Mirábame el indio de alto á baxo, amenazando con la azagaya, y volviendo hácia todas partes los ojos con fiereza, altanería y horribles contorsiones; presentéle la mano en ademan de confianza y amistad, saludándole con el nombre de hermano á me-

dio pronunciar: él retiró la suya con ayre ceñudo y miradas llenas de rabia y desden, como si tuviese de mí muchas y muy graves quexas."

"Asustóme mas que ántes su feroz proceder, y reparando él que temblaba de nuevo, volvió á mirarme atentamente, y mudando de golpe el ceño, se vino á mí con muestras de compasion y amistad, y con una especie de cordialidad brutal, pero afectuosa, me dió la mano. Despues de varias acciones de conmiseracion, mezcladas con indicios de menosprecio, me insinuó que recogiese las plantas que se me habian caido, y me enseñó el camino de la factoría."

"Parecióme que sus diversos modos de obrar indicaban, que resuelto á quitarme la vida, y notando mi ninguna resistencia, no ménos que mi mucho temor,

se desdeñó de tan fácil victoria movido de una especie de compasion feroz y altanera."

"Sea como fuere, en la facturía me informáron que aquel indio era uno de los mas malvados que pudieran encontrarse, ni aun imaginarse, homicida sanguinario y desapiadado, atrevido salteador, y como tal temido y abominado de todos: pocos dias ántes se habia arrojado á robar en la facturía misma, no obstante que estaba muy defendida: le habian desarmado, quitándole el fusil, y dándole una muy buena y efectiva reprimenda, de cuyas resultas se habia retirado jurando que mataria al primer blanco que encontrase."

"En efecto, habia realizado su amenaza, segun allí mismo supe, en compañía de otros habia robado y muerto á tres hombres, que yo habia dexado con los ca-

ballos, y uno á uno á los otros quatro que se habian extraviado conmigo. Despues de tal atrocidad, remitidas á su casa como trofeo algunas cabelleras con el resto de la presa, andaba él en mi caballo en busca de aventuras."

"Fué tal entónces mi terror, que determiné volverme sin dilacion á España, y lo puse en execucion luego que restituido á mi casa ordené todas mis cosas, estableciendo quien gobernase mis intereses, mi tráfico, mis ingenios y haciendas, hasta que se proporcione la cómoda venta de todo."

"Embarcado prontamente, y habiendo logrado feliz pasage, llegué á Cádiz, donde me aguardaba otro mas agradable, pero no ménos temible enemigo: era este el amor, al qual no fuí capaz de resistir, como que no es-

taba industriado, ni acostumbrado á sus lides."

"A los dos dias despues de mi desembarco entre otras gitanillas ví á Salerosa, y su primera mirada fixó la época de su completo y perdurable triunfo. Jamas habian observado mis ojos muger que me pareciese tan linda y tan amable, y mi corazon nunca habia sentido aquella especie de azoramientos que le agitáron desde que la ví."

"Ningun medio omití para atraerla, pero ninguno fué de provecho: regalos, juramentos, protextas y promesas; nada fué bastante para desquiciarla un punto de su apreciable y grata entereza."

"Díxome al fin muy clara y sinceramente, y no sin indicios de buena voluntad, que se cansaba en vano qualquiera que aspirase á su favor no siendo su ma-

rido: ofrecíla yo serlo, y admitió la oferta para quando tuviese bien experimentado que mi amor era digno del suyo."

"Tuvo que partir de Cádiz, y angustiado con el intolerable pesar de haberla de perder de vista, me ofrecí á seguirla, y ella lo aceptó con la condicion de que mudase de traxe, y vistiese el suyo."

"Entregué á fieles dependientes mis bienes con órden de no publicar mi venida, y resuelto á no volver á pensar en cosa alguna hasta que hubiese logrado la mano de mi amada: partí con ella consiguiendo con esto que haya seguido no ménos fina y cariñosa, que comedida y honesta."

"En compañía de los gitanos he sido un desazonado y molesto testigo de sus raterías, que jamas he tenido parte en ninguna de ellas: aun ménos que un cero

he valido en sus ruines empresas, pues he modificado y suavizado muchas, estorbando del todo otras, y logrando que ninguna haya sido sangrienta."

"Hoy he tenido la satisfaccion de recoger y traer á que fuese socorrida en la cueba á mi hermana que no conocia, y me costó los zelos de Salerosa, y ahora con el gran contentamiento de saber quien es, disfruto el de que sin desdoro alguno logre por fin su premio mi tierna pasion.»

"Si en dia semejante es posible usar de alguna indulgencia y misericordia con estos infelices, os suplico que en nombre de nuestros contentos os atengais mas bien á la piedad que al rigor de la justicia."

Dificultoso es, dixo el Corregidor despues que Gallardo hubo finalizado su relacion, y el

Coronel lo separó á un lado, donde hablando con reserva, despues de algunas ligeras altercaciones, conviniéron en que no era posible dexar de llevar presos á los gitanos, pero que podria el Corregidor aplicarles con ciertas precauciones un indulto general que le habian enviado de la corte para delinqüentes que no fuesen reos de homicidio."

"Así se verificó, retirándose todos á la capital del corregimiento, donde muy presto se celebráron los dos matrimonios con extrema complacencia de todos los que se enteráron en el caso."

"Indultados todos los gitanos, entre las dos familias mantuviéron á Candelario, á la madre Tinaja, y á su hija la Desaborida, por los quales se interesó muy especialmente la Salerosa Doña Leocadia: estos viviéron

en adelante honradamente sin recaer en sus fragilidades.

Los demas gitanos se separáron, y habiendo al cabo de algun tiempo vuelto á sus andadas, aun con mas desenfreno que ántes, consiguiéron fácilmente ocupar todos varias cárceles, y parar unos en Puertorico, y otros en la horca.

EL CASADO QUE LO CALLA.

NOVELA.

Uno de aquellos hombres, que parece que han nacido para ser el Alexandro ó el Tamerlan de la galantería, despues de muchas y varias empresas, en que habia llevado al cabo algunas notables conquistas, y logrado muchas victorias, sin padecer derrota alguna, tuvo al fin la mala ventura de ser completamente vencido, y quedar prisionero á discrecion de unos ojos hermosos. Agueda S.... Doncella de pocos años, y muchos atractivos, adornada de prendas nada comunes, y de virtuosas ideas, pero que sobre todo poseía y mostraba en todas sus acciones y movimientos aquel amable tono de neglicencia, de descuido y desgayre á que difi-

cultosamente resiste el cuidado, el arte ó la precaucion, y que es tan propio para inspirar la ternura: esta sin intantarlo y como jugando triunfó del altanero y poderoso Altamonte, que tenia con ella algun lejano grado de parentesco.

El orgullo de este aguerrido galan sintió la mas viva y cosquillosa vergüenza al conocerse enteramente derrotado con tanta facilidad por un enemigo tan visoño, y se esmeró por algun tiempo en que su desgracia estuviese oculta, aun á él propio, si ser pudiera, pero veia y volvia á ver á Agueda, y cada vez se acrecentaba en él la admiracion de sus hechiceras partes y circunstancias: cada vez reparaba nuevas gracias y perfecciones: huía y volvia á la pelea, y la flecha se introducia mas dentro de su corazon, quanto mas se esforza-

zaba por evitarla ó sacudirla.

Avergonzado de haberse de confesar verdaderamente amante de una niña de diez y siete años, sencilla, tímida, modesta, nada artificiosa y poco rica, él, que hasta entónces habia vagueado de triunfo en triunfo por las mas orgullosas y mas diestras hermosuras de la capital; y viendo por otra parte que su ventura, su tranquilidad y su sosiego estaban como ligados é inseparables de la segura posesion de Agueda, se resolvió por fin Altamonte á satisfacer su corazon, reservándose no obstante la precaucion de que su orgullo, y la exterioridad de su amor propio no quedasen ofendidos por esta determinacion.

Aun mas adelante llegáron sus ideas: reflexîonando que Agueda estaba muy poco conocida en el pueblo, esperaba que despues de contraer en secreto con ella un

casamiento que era absolutamente necesario á su bien estar, podria proseguir revolando de bella en bella, sin temor de reproches ó de represalías. Determinóse, pues, á seguir y poner en práctica un designio tan necio, tan peligroso, tan poco delicado, y aun tan criminal, ó por lo ménos tan reprehensible, del qual hubo despues de arrepentirse justamente.

Solo faltaba declararse con la amable doncella, excitar su amor, procurando que le correspondiese, y que aprobase sus ideas, tanto ella, como una tia, de la qual dependia.

El primer paso no tuvo dificultad, ni podia tener mucha el segundo. Jóven, bien hecho, de buena gracia y estatura, adornado de las mas agradables prendas, y del brillante tono del gran mundo, bastó con que Altamonte mostrara su amor para que le ins-

pirara: amó Agueda, y su ternura acrecentó mucho su mérito, y el amor de Altamonte, que miraba ya como la mas completa felicidad la idea de poseerla en secreto.

Expuso á la tia de Agueda motivos especiosos y al parecer bastante convincentes para que se acomodase á sus designios: se hallaba engolfado por necesidad en el gran mundo; su calidad de soltero podia contribuir en gran manera á su adelantamiento en la carrera que seguia, haciendo mas zelosas en favor suyo algunas personas, que se entibiarian si supiesen su casamiento; y á este modo otros motivos semejantes. En conseqüencia de todo tomó una casa en un barrio muy extraviado, y que nadie freqüentaba, y confinó en ella á su amada Agueda con su tia.

Esta amable jovencilla, con-

tenta con ver diariamente á su amante, creia estar en un paraiso: la mañana la pasaba en un jardin anexo á la casa, y la tarde en hablar con él: al fin se casáron, y Altamonte se creyó en el colmo de su mayor felicidad, y estaba muy contento con el arreglo doméstico que habia establecido.

Mas de seis meses se pasáron, sin que se apartase de su muger, á la qual amaba efectivamente muy de veras; ¿pero adonde no llega la mala costumbre, y las perniciosas máxîmas que son conseqüencia de los viciosos principios, que dexo insinuados? No sabian las gentes que pensar de su reforma: unos decian que se ocupaba en la literatura; otros que entregado á la ambicion, no pensaba sino en los medios de proporcionar sus adelantamientos; pero las mugeres juzgaban

que perdiéndose en tales cosas, y en semejante deseo, tomaba mal sus medidas, si renunciaba á su trato. Por lo demas, usaba de tanta circunspeccion y tales precauciones, quando iba á su ignorada habitacion, que nadie tenia ni aun sospechas de la verdad.

Despues de un año hizo Altamonte callar á todos los que hablaban y miraban su enmienda con lástima, con desden ó con mofa: para ello volvió á presentarse mas brillante que nunca, se desenfrenó en su nueva concurrencia á las tertulias mas alegres; y prestándose con todo vigor á la disipacion mas variada, mas continuada y mas completa, aseguró cada vez mas el secreto de su matrimonio. Creia que con este proceder, aunque se divertia, no ofendia á su esposa, hácia la qual conservaba realmente el mas vivo

cariño, pero sin embargo una vez abandonado á la corriente de los pasatiempos, no podia dexar de ser arrastrado hácia alguna aventura ruidosa.

Empeñóse muy presto en una de las mas brillantes: tratábase de una señora de la primera calidad, con la qual era preciso que el exterior anunciase mas bien el respeto de un protegido, que la familiaridad de un amigo: Altamonte era suficientemente diestro para saberse acomodar á estas delicadas graduaciones; por tanto aprovechando toda la gloria que entre sus semejantes adquiria con tan envidiable conquista, ganó ademas reputacion de prudente y modesto: resistió constantemente á las gracias de quantas pudieran provocar su beleidad, y su corazon igualmente que su ambicion estaban satisfechos; el primero con la posesion

de una esposa tan de su gusto; y la segunda con ser cortejo de una señora tan rica y tan grande: ¿qué mas podia desear este bienaventurado petimetre?

Entretanto, aunque Agueda vivia retirada, digámoslo así, en otro mundo, hubo sin embargo quien la viera, y quien distinguiese, admirase y elogiase su hermosura: de boca en boca creció por el mundo galante la noticia de semejante descubrimiento. Uno de sus atolondrados conocidos, viéndole entre otros sorprendido del elogio que hacian de la hermosura de la incógnita arrabaleña, se ofreció á enseñársela: aceptó él la oferta, asegurándose mas en el papel que representaba, y tuvo así el nuevo placer de saber como admiraban los que la veian la belleza que poseia tan á satisfaccion, embriagándose su propia vanidad

con los inciensos que ofrecian al mérito de Agueda los mas inteligentes y prácticos galanes del pueblo: de este modo disfrutaba dos géneros de contento quasi incompatibles: el mundo le ofrecia á manos llenas sus variadas delicias, y quando, ó se fastidiaba, ó se cansaba del comercio del mundo, disfrutaba los mas verdaderos placeres en la oculta compañía de la esposa mas virtuosa y amable.

La honestidad y la decencia, prendas que todos los hombres aprecian, hacian que respirase el pudor y la simple naturaleza en el seno de Agueda, ni su marido oia un suspiro que no partiese del corazon, ni disfrutaba un placer que no fuese aprobado por la virtud. ¡Qué diferencia de esta á la incómoda, aunque brillante servidumbre que fuera de

allí le embelesaba! pero el imperio de la moda es tal que prefiere una triste y turbulenta apariencia á la pura y verdadera felicidad. Entretanto la suerte de este hombre del mundo hubiera sido tolerable, si el desarreglo no acarrease siempre las tristes conseqüencias, que son tan inseparables de él, como la sombra del cuerpo.

Despues que Agueda fué descubierta y admirada, no tardó mucho en tener una cierta especie de celebridad que hacia que muchos petimetres y galanes freqüentasen el retirado y solitario arrabal en que vivia, muy ignorante de tales curiosidades. Sus atractivos encendiéron en tanto grado el corazon de cierto Duque, mozo y fogoso, que desde el momento en que la vió determinó no ahorrar diligencia algu-

na que pudiera proporcionarle la satisfaccion de entrar en su casa y visitarla.

Por desgracia este señor tenia estrecho trato de amistad y confianza con Altamonte; y despues de haber tentado en vano diversos medios para introducirse en aquella morada de la paz y de la reserva: despues de haber escrito algunos billetes, que no fuéron abiertos, ni recibidos, se acordó de empeñar al aguerrido Altamonte, para que le ayudase en esta dificil aventura. Hablóle del asunto sin declararle qual era la persona de que estaba enamorado; y Altamonte, siempre pronto á servir las personas de tan elevada esfera, y que podian favorecerle para que hiciese figura en el mundo, tuvo sumo contento en que se le presentase tan buena ocasion de afianzar mas su amistad con el Duque: le prometió la

mayor actividad y esmero, y aun le aseguró de antemano que podia contar con un feliz suceso.

Escribió entónces el Duque otro billete, y propuso á su amigo que se encargase de entregarle y hacerle leer á la señorita de que estaba enamorado: Altamonte se empeñó de nuevo, no solo en esto, pero en conseguir que respondiese. — "Pero decidme, (dixo al Duque) ¿de qué condicion es esa señorita? — No es señora, pero es muy hermosa. — ¿Muestra vivir en miseria? — No, ántes la creo bastante provista de bienes de fortuna. — Veamos la carta."

Carta del Duque para Agueda.

"Sois tan hermosa, amable señorita, y el amor que me habeis inspirado es tan natural, que amaros es lo propio que pagar el

tributo debido á la naturaleza: por vuestra parte sería un acto de pura equidad el corresponder á un afecto, que ha de sentir forzosamente el que os vea: aun si fuese el amaros un delito, la culpa sería toda de vuestra hermosura que obliga á ello, sin dar lugar á otra cosa. Para remediar en esta parte el mal que ocasionais, exíge la equidad que permitais la entrada en vuestra casa á uno que solo aspira á veros y explicaros su afectuoso respeto, y porque no os ve carece de todo placer, sosiego y tranquilidad: esta justa indemnizacion que le debeis, tiene derecho para esperar que se la concedereis: son tan tiernos mis afectos, que en conceder mi súplica nada teneis que temer; por el contrario, os juro qne mis deseos no serán otros que los vuestros; solamente os ruego que sean los vuestros tantos y de tal exten-

sion, que correspondan al respetuoso, pero ilimitado afecto que os profeso. Espero una sola palabra por respuesta: dignaos dar oidos á un hombre, que os profesa un afecto, que me atrevo á decir que no es indigno de vos."

"Esta carta va muy bien, (dixo Altamonte) pero pudiera estar mas tierna y lisonjera, porque esta suerte de personas gustan de amantes apasionados y expresivos. — He puesto quanta expresion he podido; pero vos podreis hablarla de mi pasion con aquella eloqüencia, que es tan propia vuestra; y supliréis así lo que yo he omitido, ó no he expresado á vuestro gusto. — Muy bien: ya no falta otra cosa sino que me deis á conocer esa hermosura. — Yo mismo os llevaré hasta su puerta; entrareis, y si se disponen bien las cosas, sereis quanto ántes mi introductor.

Partiéron al instante juntos, y llegáron al remoto arrabál donde habitaba Altamonte con su muger: hizo el Duque que parase el coche, no á la puerta de Agueda, si no algunos pasos ántes; y viendo que su amada se habia asomado al balcon al oir parar el coche. — Vedla allí, (le dixo á su confidente) id sin deteneros, y no tardeis en traerme la feliz noticia de que me puedo presentar.

Qual se quedaria Altamonte, qual seria su sorpresa, qual su temor, es mas fácil de comprender, que de explicar: su primer movimiento fué un vivo arrepentimiento de haberse empeñado tan imprudentemente en favorecer la pretension del Duque; sin embargo calló y entró en su casa. Es bien fácil de congeturar que no entregaria el billete, ni hablaria de la comision de que iba encargado; en lugar de esto dixo á su muger que no podia de-

tenerse, porque venia con un señor de la mas alta esfera, y que no habiendo querido pasar por allí sin subir un instante, no era decente detener esperando á tal señor.

Miéntras decia esto se asomó al balcon, como para mostrar el coche, y habiéndole el Duque visto que hablaba familiarmente con Agueda, y que ella se sonreia, creyó que las cosas iban como las deseaba, y baxándose del coche, caminó sin detencion á juntarse con su agente.

Viéndole venir Altamonte no sabia que resolver, y apénas tuvo tiempo y ánimo para prevenir á su muger que no se extrañase y siguiese hablando, pero que se guardase de dar á entender que era su marido, ni aun mostrase que tenian alguna intimidad. Apénas pudo acabar esta breve instruccion, quando se presentó el Duque, des-

pidiendo al criado que iba á dar recado: y sin detenerse entró al quarto en que Agueda estaba.

"Perdonad, señora, (la dixo) si me presento en persona, despues de una carta, que hubiera retardado mi visita por lo ménos algunas horas. — Señor, (respondió Agueda titubeando y confusa) me haceis mucho honor, pero no sé haber recibido carta alguna. — ¿Cómo?... Altamonte apartó á un lado al Duque, y le dixo, que se habia apresurado demasiado; y que no habia entregado aun la carta, por preparar ántes la señorita á que la recibiese sin enojo y sin temor: por tanto no se habló mas de carta por entónces.

El Duque elogiando extraordinariamente los atractivos, las gracias y la dulzura de Agueda, y manifestándole la pasion que tenia por ella, la hizo las protextas mas solemnes y sinceras de

amor y de terneza. Agueda sorprendida de todo, y mas de que su marido lo autorizase y aprobase en algun modo, no sabia qué decir, qué hacer, ni como portarse para no faltar á lo que aquel le habia prevenido, y á lo que á sí misma se debia: se expresaba vágamente; daba al Duque gracias por la atencion y cortesanía con que se esmeraba en favorecerla, y procuraba no decir expresion alguna, de la qual pudieran sacar conseqüencias.

El Duque pidió el billete á Altamonte, y al despedirse le puso en las manos de Agueda, que sin saber qué hacerse le tomó inocentemente, no obstante algunas señas que el marido hacia y ella no comprendió. Proponíase Altamonte volver á su casa lo mas presto que pudiese, para precaver todos los inconvenientes; pero el Duque, que acaso comenzaba á

desconfiar de él, no le dexó en libertad, ocupándole todo el resto de la tarde, y le obligó á pasar la noche en un lugar en donde estaba seguro que no saldria.

Por la mañana muy temprano fué el Duque en casa de Agueda, y la encontró en trage poco esmerado, que hacia resaltar mas sus atractivos. "Vengo (la dixo) á depositar á vuestros pies mis bienes y mi corazon: Altamonte me habia ofrecido sus buenos oficios para con vos; pero el que está tan enamorado como yo, cree que qualquiera tercero obra muy lentamente.... ¿Habeis leido mi carta? ¿decidme que juicios haceis? — No puedo, señor, responderos cosa alguna sobre esto: enviadme el señor Altamonte; con él me explicaré, y él os llevará la respuesta. — ¿Pero por qué, graciosísima Agueda, pondremos en otras manos nuestros

propios intereses, quando hallándonos juntos nos podemos entender con mas facilidad? — Tengo razones muy poderosas para proceder así; y os declaro, señor, que es absolutamente imposible que este asunto se evacue de otro modo. — ¡Ah! conozco en lo que esto consiste (y esto lo dixo mordiéndose los labios) Altamonte os conoce quizá ántes que yo, y acaso será vuestro amante: ¿no es verdad?..... pero guárdese bien, sino quiere que me vengue. Sin embargo, le vereis, señora, pues así lo quereis, dadle á entender, os ruego, lo que os he dicho, y que piense en daros buenos consejos.

Dicho esto, se despidió el Duque con una cortesía que mostraba su enfado, y se fué sin detenerse: vió poco despues á Altamonte, y le dixo: "Agueda quiere hablaros. — ¿La habeis

por ventura visto?—En este momento vengo de su casa: parece que los dos no os avenis mal; pero no sé que parte tomaria la dama vuestra amiga en esta vuestra amistad, si yo llegase á entender algo: no creo que para precaver qualquiera inconveniente pueda haber otro medio, que el de favorecer sériamente mis intenciones con Agueda, porque acaba de asegurarme que quiere conducirse por vuestros consejos. Pensad bien en el caso, y cumplid prontamente vuestras promesas: no os estaria bien portaros de otro modo: y diciendo esto se separó de él."

Entregado Altamonte á la mas amarga perplexidad, comprehendió entónces qual era el abismo en que habia caido: ¿Qué haria para salir de paso tan peligroso? jamas se habia visto en situacion que presentase tan pocas espe-

ranzas: por una parte se veia en riesgo de perder la proteccion de la gran señora de que hemos hablado, y de consiguiente todas sus esperanzas de fortuna; quedaba expuesto ademas á su venganza, que tanto mayor seria quanto mayores eran sus favores: por otra parte temia perder el corazon y la sincera estimacion de su amada esposa Agueda, y que le graduase de un hombre vil: idea que horrorizaria y llenaria de susto á qualquiera que no fuese un malvado, y Altamonte no lo era ciertamente. Ambicioso, ligero, inconseqüente, deseoso de imitar los grandes con quien vivia, ansioso de poseer la buena gracia de la señora, de cuya confianza se gloriaba, y de quien tanto esperaba; todas estas circunstancias y reflexîones se unian para atormentarle y despedazar su corazon ásperamente.

Pasáronle por la cabeza mil proyectos, y hasta el de salir de la capital, llevándose consigo á su Agueda, y retirarse á vivir con ella en un rincon de alguna provincia lejana, ignorado y desconocido de todo el universo; pero reflexîonando mas conoció que esta seria la mayor desgracia que le pudiera suceder; y que nada peor pudiera producir la catástrofe, que tanto temia. En tanto se le pasaba el tiempo entre dudas, sin resolver nada; fuese en casa de su muger, sin haberse propuesto intento alguno determinado, y en estado tan congojoso que no es posible expresarle.

Apénas entró en su casa, le habló Agueda de la visita del Duque, y de su conversacion, en la qual nada podia comprehender. Altamonte, riéndose falsa y afectadamente la dixo que todo se reducia á una burla, porque

habiéndola visto el Duque, pareciéndole bien, y creyendo que era soltera, se habia enamorado: la insinuó que se defendiese bien de sus tentativas y asechanzas, sin que en nada mostrase el menor apego á él: que entretanto la rogaba que recibiese cortesmente las visitas del Duque, del qual tenia él necesidad; mas que se portase de un modo que le contuviese sin faltar á las obligaciones de muger honrada, y sin darle jamas ni la menor esperanza: que el mejor partido en semejante coyuntura era tomar sus mas vivas expresiones como galanterías de buena crianza: que el Duque era un galan de profesion, de cuyas principales aventuras la informaria otra vez; principalmente de las que seguia al mismo tiempo, para que tuviese abundantes medios de rechazar sus ofertas, pero siempre de un modo

que le mostrase su desinteres, y que de nada tenia necesidad: sobre todo la rogó que la primera vez que viniese, recibiese su visita de un modo muy afable y atento, y reservase la mofa para las siguientes, en las quales tendria ya mas completas instrucciones. "Como el Duque tiene alguna duda (añadió Altamonte) de que acaso hay entre vos y yo alguna union de amistad, y me juzga su rival, es regular que procure ponerme mal, suponiendo y fingiéndome amistades y aventuras, que hagan tener de mí mal concepto: tú no creas nada, búrlate de todo, y no muestres deseo de averiguar lo que á mi toca: sus solicitudes durarán poco, pues su carácter es tal, que tan presto se entibia, como se inflama.

Despues de haber usado tales precauciones, salió Altamonte al-

go mas tranquilo que vino: confiaba en la virtud de su muger, en su absoluta y ciega dependencia de su voluntad, y sobre todo en la inocencia que la ponia léjos de qualquier sospecha. Fué, pues, á buscar al Duque; le aseguró haber trabajado mucho á su favor, y que le parecia que podia contar con el buen efecto que habia producido su conversacion. Mostróse el Duque satisfecho, dando á Altamonte las mas cariñosas y expresivas gracias; y despues de comer fué en busca de de Agueda, á la qual encontró paseándose en el jardin: admitióle ella y siguió con él su paseo con el tono mas alegre; y como en aquel sitio, nada tenia que temer, mostró el humor mas festivo y jovial, con lo qual enardeció mas y mas la pasion del Duque, que hasta allí solamente habia sentido una me-

ra inclinacion, y que desde entónces se enamoró absolutamente de Agueda.

Convertido de mero apasionado en verdadero amante, se hizo extremamente zeloso, y sus zelos no tuviéron otro objeto que el mismo Altamonte. En conseqüencia de esto puso á la vista de la casa de su amada dos espías que estuviesen continuamente en acecho, encargándose la una de exâminar quantos hombres entrasen en ella, y la otra de ir á llevarle la noticia sin demora: esta tenia órden de buscarle y hablarle á qualquiera hora, y en qualquier lugar donde estuviese, dándole una exâcta relacion de lo que ocurriese: ámbas espías se colocáron en un pequeño quarto baxo frontero á la casa, y de allí podian sin ser vistos observar quanto pasaba.

En tres dias no tuviéron las

espías cosa importante que avisar á su amo, porque Altamonte, temeroso de causar sospechas, no solo al Duque, sino á su protectora, se abstuvo de ver á su muger en ellos; pero el quarto dia no pudo resistir á los impulsos de su propio corazon, que le arrastraba hácia ella. Las once de la noche habian ya dado quando Altamonte fué á verla; y al instante corrió la espía con el aviso de que habiendo llamado Altamonte, abrió un criado, y volvió á cerrar luego que entró: al punto tomó el coche, y partió volando hácia la casa.

Embarazado y confuso Altamonte en tal situacion, no halló otro medio que salir al mismo tiempo al paso del Duque, diciéndole que se iba, porque igualmente la tia que la sobrina se iban á acostar; mas el Duque no se detuvo y prosiguió diciendo: "no

habeis venido á verlas muy temprano: tambien yo espero que me perdonarán, sino quiero irme sin haber hecho primero mis cumplidos á esta señorita;" y sin hacer caso de la triste figura del pobre Altamonte, subió ligeramente la escalera, precedido del criado de casa.

"¡En qué situacion, (decia entre sí el marido) en qué triste situacion me halló! el último de los ciudadanos es dueño de su casa y de su muger; y yo::::¡Desgraciada ambicion, que me hace tener oculto mi casamiento! ¡Desventurada aventura, que expone y pone en peligro mi fortuna, y quizá mi vida si me descubro! ¡ó gran Dios! ¿habrá alguna situacion mas cruel y mas delicada que la mia?"

Altamonte hacia este tétrico monólogo, siguiendo los pasos del Duque, el qual habiendo en-

contrado las señoras muy bien vestidas y despiertas, les pidió permiso para detenerse un corto rato: no sabia Agueda que responder, pero el marido que estaba detrás del Duque la dixo por señas que consintiese, y ella lo hizo con muy buen modo. Sentáronse y volviéndose aquel señor hácia Altamonte le dixo: "No os incomodeis por mí, sabeis que os estan aguardando. — Es verdad y precisamente por eso me iba quando llegasteis"; y se fué sin decir mas palabra.

Sin embargo no pudo retirarse mucho de su casa, deseoso de de ver salir al Duque: ¡infeliz marido! ignoraba que habia quien estuviese en vela para exâminar todos sus pasos y movimientos: el espía informaba al lacayo del Duque, y por medio de este, con varios pretextos, sabia el amo quanto pasaba: y á conseqüencia de ello

prolongó la visita hasta pasar por desatento.

No obstante se esmeró en no causar fastidio á las señoras, procurando entretenerlas contando con bastante gracia las mas brillantes aventuras del gran mundo, las quales agradaban principalmente á Agueda, que habiendo vivido siempre en retiro, oia con ansia semejantes cosas que la causaban una grata admiracion: de este modo desterró el astuto Duque el sueño de los ojos de las dos señoras, en tal grado que ni aun reparáron que era tarde, hasta que oyéron dar las quatro. Como el mantenedor de la conversacion cuidaba de hablar recio, y dar grandes carcaxadas de risa quando sonaba el relox, no habian puesto atencion hasta entónces, que pensando ser ya hora de retirarse, no las habia distraido. La tia, en efecto, se que-

xó de ello, y Agueda se avergonzó y se levantó, por lo qual se excusó, y pidió perdon al Duque á quien contestáron con cumplimiento.

Fuese, por fin, el Duque, y supo al subir en el coche que Altamonte permanecia aun en el barrio: quedáron las espías de centinela, y despues de haberse retirado bien poco, se baxó, mandó al cochero, que diese una vuelta, y volviese dentro de un quarto de hóra; él para no ser conocido se puso un capoton de uno de sus criados, y se volvío á buscar á las espías, supo de ellas que apénas marchó el coche volvío Altamonte á presentarse á la puerta de Agueda; pero que sin llamar se habia marchado; con lo qual se determinó el Duque á retirarse tambien.

Como Altamonte era perseguido por su mala estrella, án-

tes de mucho se encontró con el Duque, que le conoció, y le habló diciéndole que subiese al coche, y le llevaria donde gustase: él confuso no sabia qué responder, y tan turbado estaba que faltó poco para que revelase su casamiento, lo qual era el partido mas prudente que pudiera haber tomado; pero como aun tenia esperanzas de salir del mal paso, dixo que le llevasen á su casa, esto es, al quarto donde para el público hacia papel de vivir. Llevóle el Duque, y para mas confundirle no le habló cosa alguna en todo el camino.

Encerrado en su quarto Altamonte, y oprimido por muchas y muy graves incertidumbres, se entregó á las mas sérias reflexîones, sin poder cerrar los ojos en toda la noche, ni saber qué partido tomar. Agueda por su parte comenzaba á no pensar bien de

tan singular aventura. Consultó á su tia para saber si convendria no volver á recibir la visita del Duque, ó seria quizá mejor irse á pasar algunos dias en una pequeña quinta suya, no muy distante de la ciudad: la tia fué de este último parecer; pero siempre baxo el supuesto de que lo aprobase Altamonte, conviniendo con Agueda que amaba muy de veras á su marido, en que no era posible, ni decente el sufrir honestamente las visitas de un poderoso tan visible, que se presentaba sin disimulo como un amante. Escribió pues, á Altamonte para que eligiese lo que mejor juzgase en la alternativa que le proponia: él fué tambien de parecer de que se retirasen á la casa de campo, encargando mucho á su muger y á su tia, que observasen el mayor secreto en la execucion de su partida.

Miéntras estas consultas y la expedicion de los billetes, habia acontecido una muy notable mutacion en el Duque. Uno de sus espías habia logrado trabar amistad con un criado de la casa de Agueda, y sonsacándole mañosamente y por rodeos, habia al fin sabido la importante noticia de que Altamonte era marido de Agueda, y no se habia detenido en instruir de ella á su señor. Quedó el Duque sorprehendido al oirlo, y vivamente picado y enfadado; y amortiguándose por tanto la pasion, de que no se hubiera dexado dominar si le hubieran dicho en tiempo la verdad con franqueza, no pensaba sino en vengarse de Altamonte, haciéndole padecer penas y mas penas de la misma clase que las que causaba.

Partió pues á casa de Agueda

bien preparado para ponerle en mala opinion con ella; y llegó apénas se habia terminado la expedicion de los billetes. Como las señoras estaban preparándose para la partida, no habian dado la órden de que se despidiese á qualquiera que viniese; por tanto fué admitido el Duque luego que se presentó, y Agueda aunque sorprehendida al verle procuró disimular su disgusto.

El Duque comenzó su conversacion, prosiguiendo la de la noche anterior, y sus disculpas por lo mucho que se habia detenido: insensiblemente y de una aventura en otra, vino á parar en la de la referida gran señora; y aunque sin nombrar á Altamonte, procuró que pudieran adivinar que hablaba de él; y pintando sus miras ambiciosas, añadió que el tal hombre engañaba á una muger de pocos años y mucha belleza, gracia y

virtud, á la qual tenia encerrada en la mas triste soledad para abandonarse á sus empresas amorosas; de este modo excitaba el enojo de Agueda y de su tia.

Quando advirtió que estaban llenas de enojo, las preguntó qué juicio hacian de semejante hombre; y habiéndole respondido á una voz, que era muy indigno, un inhumano, y un hombre despreciable. "Pues ese hombre despreciable, (les dixo) ese inhumano, ese indigno es el virtuoso Altamonte, á quien dais tan buena acogida, sin duda porque no le conoceis: es persona muy perniciosa para qualquiera doncella, y me parece que por vuestro riesgo os lo debo avisar; si acaso dudais de mi verdad, haré que lo veais por vuestros propios ojos, para que á nadie creais, si no á vosotras mismas.

Agueda estaba en la mas cruel

situacion, y aunque no se hallaba con voluntad de aceptar la proposicion, ni de ser testigo de la conducta de su marido; pero no por eso se libertaba de creer ciertas las ofensas que acababa de contarle el Duque, y que en efecto eran verdades muy melancólicas para ella: contuvo sin embargo sus lágrimas en presencia del que las excitaba, y le dexó que dixese quanto quiso, lo qual executó el Duque con gran destreza, completando el quadro y retocándole hasta dexarle perfectamente horroroso. Despues de haber conseguido dar este terrible golpe á su rival, se contentó el Duque con protextar y ponderar á las señoras su zelo, su estimacion y su respeto, sin decirles palabra alguna de su amor; y habiendo alargado notablemente su visita, se despidió hasta el dia siguiente, en que ofreció volver, so-

bre lo qual nada le contextáron, porque la resolucion de ausentarse las hacia concebir esperanzas de que se libertarian de la repeticion de semejantes ratos.

Apénas salió el Duque, Agueda, que no podia resistir al peso y á la fuerza de los pesares que tanto mas la fatigaban quanto mas los habia comprimido y disimulado, se abandonó á su acerbo dolor desatando, y en algun modo desahogando su pena en un copioso torrente de lágrimas; mas no por eso se entibió ni alteró la resolucion en que se hallaba de ausentarse prontamente de la ciudad.

Entretanto la espía del Duque, por medio de nuevos regalos habia extrechado su amistad con el criado de las señoras, y de tal modo habia ganado su voluntad, que sin demora, ni reserva le contaba quanto sucedia en la casa. "Salimos (le dixo) á una hacienda de

campo, y la partida se verificará muy presto: entretanto mi señorita llora á mas no poder, y yo sospecho que esta ausencia es la causa de su llanto."

No tardó mucho semejante novedad en llegar á los oidos del Duque, el qual no sabiendo si tan inesperado contratiempo nacia de los zelos de Altamonte, ó solo de la honradez de Agueda, resolvió aprovecharse de este mismo viage para arrancársela de entre las manos y hacerle sufrir en ello un género de tormento no ménos cruel que nuevo; pero para evitar todos los inconvenientes que podrian resultar de un proceder tan reprehensible, quiso que el propio Altamonte contribuyese á la execucion de su empresa: hízole pues llamar y él acudió con la mayor prontitud.

No sé qué pensar, (le dixo) no sé qué pueda pensar de vuestra con-

ducta, señor Altamonte; porque en realidad es incomprehensible. En todo me haceis dudar, y no acabo de entender si verdaderamente pensais en servirme, ó si acaso teneis razones que sean suficientes para estorbarlo; pero de qualquier modo creo que á lo ménos soy acreedor á vuestra sinceridad. Si haceis ánimo de renunciar las ventajas de la fortuna, y del favor de la alta señora que no ignorais, encerrandoos para siempre con una jóven bella á la verdad, pero sin mas brillantez que su belleza, habladme con libertad, seguro de que no me opondré en manera alguna al logro de una pasion tan digna de los rancios libros de caballería, pero si no quereis oponeros á lo que exíge la razon, tomad á lo ménos un tono decisivo y resuelto; y sepa yo por fin si debo ó no debo contar con vos. Se me pre-

sentan á la imaginacion ciertas sospechas que pudieran reducirme á creer que pensais oponeros á mis intereses en lugar de favorecerlos; pero me aparta de darlas crédito la idea de que esto seria una vileza, de que no puedo creer que seais capaz:::: con toda reflexa habia el Duque prolongado su discurso para dar tiempo de que Altamonte pensase su respuesta, y se preparase á ponderarla.

No tengo designio alguno (respondió luego que creyó haber finalizado el Duque) "ni otro deseo que el de serviros; pero es justo que considereis que encuentro muchos y muy graves obstáculos de parte de la señorita de que os habeis enamorado; obstáculos tanto mas dificiles de vencer quanto nacen precisamente de su honradez. Si solo es la honradez la que se opone, (respondió

el Duque, afectando la mas serena bondad) ya salgo yo de mi cuidado, porque nada pretendo que pueda ofender la delicadeza de una honrada y virtuosa doncella: puedes asegurarte así, amigo mio, de mi recta intencion, contribuyendo á que se asegure la misma Agueda: sabiendo que sus gracias y merecimiento se han apoderado tan absolutamente de mi voluntad, que estoy determinado á casarme con ella: te confio este secreto, del qual depende todo mi reposo y mi felicidad."

"¿Qué es lo que decis, señor? (replicó sorprehendido Altamonte) ¿corresponderia yo tan mal á vuestros favores que aprobase una resolucion dictada por la ceguedad y el fuego de una pasion? y quando no me atreviese á desaprobarla á las claras, ¿podria ser tan ingrato que contribuyese

yo mismo á que falteis á lo que sois, y os abatais á casaros con una muger tan inferior á vuestra calidad? — Señor Altamonte sé lo que debo á mi condicion, y no sereis vos quien me estime á mí propio mas que yo mismo, ni quien exâminando á fondo el asunto vea mejor las cosas que yo las veo: excusad pues, esos inoportunos ímpetus de un zelo que acaso:::: pero no quiero decir mas que una sola palabra: ó poneos al instante á escribir vos mismo una carta, que voy á dictaros para la hermosa Agueda, ó preparaos á sufrir todo el mal que os pueda provenir, no solamente de mi enojo, sino de la noticia que tendrá de vuestra conducta la señora que no ignorais."

Sorprehendido é intimidado Altamonte, solamente pudo responder lleno de turbacion: "Me cerrais de ese modo la boca, se-

ñor Duque; dictad, que yo escribiré quanto ordenareis. Mandóle el Duque tomar la pluma, y le dictó lo siguiente."

Carta de Altamonte á su muger.

"Es empeño mio, señora, que acepteis la oferta que os ha de hacer el señor Duque de llevaros á pasar el otoño en uno de sus estados; y espero que en el tiempo que esteis en su compañía, hareis justicia á la delicadeza de este señor, uno de los mas virtuosos y mas dignos de aprecio, que tiene la corte. Me ha manifestado su ternura hácia vos, y he visto que esta es tan extraordinaria y respetuosa, que os confieso que me ha sorprendido; pero reflexîonando despues lo grande que es vuestro mérito y el conjunto de vuestras buenas prendas, me ha parecido su designio muy natural y dictado por la razon. Pretende, señora,

vuestra mano, y siendo yo pariente vuestro, no he podido dexar de aprobarlo, deseando con ansia que vos disfruteis tan grande fortuna, y toda nuestra familia tan distinguido lustre. Sean los que por otra parte fueren vuestros proyectos, mi parecer es que sin deteneros acepteis tan decoroso ofrecimiento; y sobre esto me he explicado con bastante claridad con el mismo señor Duque: el matrimonio podria celebrarse en su mismo estado, si así lo desease; pero sobre esto podreis obrar, segun os agradare, porque se ha prescrito la invariable ley de no hacer otra cosa que vuestra voluntad. Si pudiere ser acompañaré yo mismo al señor Duque; pero en caso de que así no sea, esta carta servirá de regla para vuestra conducta.

Vuestro afectísimo pariente

Altamonte.

"Verdaderamente dixo el pobre Altamonte luego que acabó de escribir, me haceis hablar aquí como si yo tuviera una autoridad absoluta sobre esta señorita. Un pariente como vos, (replicó el Duque) un hombre que freqüenta á una doncellita inocente, tiene sin duda semejante autoridad; y vos sabeis muy bien que la teneis. — Sin embargo dudo mucho que esta carta produzca el efecto que esperamos. — Tampoco yo espero de ella sola todo lo que deseo; pero espero que me acompañareis, y vuestras persuasiones podrán hacerla mas eficaz.

Estuvo aquí Altamonte para perder del todo la paciencia; contúvose no obstante, y ofreció al Duque que le acompañaria á la hora que le señaló; apartándose de él con intencion de escribir sin demora á su muger el modo con que debia portarse.

El ánimo del Duque era no causar disgusto alguno á la honrada Agueda, ni intentar cosa que pudiese ofender á su delicadeza y virtud; pero deseaba que tuviese una especie de castigo público un marido, que por dar oidos á frívolos caprichos se portaba de un modo tan extravagante, como poco delicado: con este objeto habia determinado dar á su muger en una Alquería suya, magníficos festines, que sirviendo de diversion para ella, castigasen al mismo tiempo la necia ambicion de su marido.

Comenzó pues, por no dar á este lugar para que escribiese á su muger, pues al salir de palacio ya le estaba esperando un lacayo de aquella gran señora, en cuya benevolencia estaba fundado todo el éxito de su ambicion, y le dixo, que su ama queria que fuese á verla al momento, porque estaba

aguardándole para un negocio de importancia, y que no sufria dilacion; de manera que hubo de seguir al criado, y la señora, prevenida ántes por el Duque, le entretuvo en su compañía hasta el momento que aquel habia señalado. Un pretexto confidencial y bien dirigido hacia que la señora procediese como deseaba el Duque, y fingiendo que consultaba el parecer de Altamonte en un asunto de consideracion, le entretuvo quanto fué menester, y su vanidad le indemnizaba en algun modo de lo que por otra parte estaba padeciendo y temiendo.

A la hora convenida el Duque, que deseaba exâminar hasta qual extremo llevaria Altamonte su ficcion y su disimulo, y sacrificaria los intereses de su corazon á los de su ambicion y su vanidad; no fiándose de otro que de sí mismo para la custodia de su prisio-

nero; fué á recogerle en su coche de colleras, seguido de todos los que habian de acompañarlos en el viage. El pobre Altamonte se halló entónces mas embarazado que nunca, atormentado de las mas funestas ideas.

Se dirigéron todos á la casa de Agueda, que ya habia partido, y el Duque que estaba bien informado del camino que llevaba, dió la órden para seguirla con diligencia, y lográron alcanzarla á corta distancia de la capital. Allí Altamonte, que creia que su muger habia recibido su carta, aunque no era así, se vió obligado á explicarse con arreglo á su contenido: la aconsejó que aceptase los ofrecimientos del Duque, pasándose á su coche, cuyos consejos esforzaba ponderando la nobleza de su proceder, la pureza de sus intenciones, su honradez, su buen nombre y su virtud. Agueda, creyendo que su marido iba

en su compañía, se rindió despues de algunas dificultades y escrúpulos, que él allanó y procuró disipar. Pasó pues, Agueda al coche del Duque, que era de ocho asientos: entretanto este, llamando á parte al pobre Altamonte le hizo presente que su actual presencia era necesaria en la ciudad para conducir á buen término los importantes negocios que la señora le habia comunicado.

No quedando tiempo ni modo de contemporizar, ni siendo posible sin una declaracion y un rompimiento oponerse á las insinuaciones del Duque, Altamonte se vió obligado á decir á su muger, que siendo forzoso volverse á su ciudad, por algunos negocios de la mayor importancia, aunque por poco tiempo, llevaba el gusto de dexarla bien acompañada con quien nada hecharia ménos, y nada tenia que temer.

Este fué el momento en que Agueda se arrepintió de la facilidad con que habia consentido en pasarse al coche del Duque; llegando á tener sospechas hasta de su marido. Los diversos recelos de que estaba agitada, la pusiéron mustia y pensativa; apénas oia lo que le decian; no hablaba, y toda la gracia y talento que el Duque tenia para agradar en lo que referia, no fué bastante para hacer que siquiera se sonriese alguna vez. Entretanto caminaban á galope, y de tiempo en tiempo se mudaban caballos: y la primera noche la pasáron en una hermosa casa de campo de un amigo del Duque.

Al otro dia, segun lo que habian andado nuestros viageros, se hallaban muy distantes de la capital, pero en realidad estaban muy cerca de ella. El Duque habia hecho que se hiciese un gran

rodeó, y el segundo dia en la noche se apeó toda la comitiva en una quinta del Duque que solo dos leguas distaba de la ciudad. Aquí depositó la muger del ambicioso Altamonte, á la qual se habia propuesto presentar una no interrumpida série de inocentes placeres y diversiones. Los mas fieles domésticos del Duque eran los que servian á la tia y á la sobrina, las quales estaban muy persuadidas á que se hallaban á lo ménos cincuenta leguas de la capital.

Por otra parte la intencion del Duque era de aumentar notablemente la sociedad de Agueda; hacer que la viesen muchos, y le tuviesen envidia por la supuesta felicidad en que le hallaban; y finalmente de observar qué papel haria Altamonte quando supiese el que su muger estaba representando á solas dos leguas de distancia: queria absolutamente pi-

carle en lo vivo y gozarse como en una verdadera felicidad en el suplicio que este singular marido se habia preparado asimismo con el extravagante proyecto de ocultar su matrimonio sin motivo justo, ni racional.

Todo le salió al Duque como deseaba, principalmente porque en todo y siempre se portó respecto de Agueda con la mayor delicadeza, y el mas escrupuloso comedimiento. Hablóla alguna vez de matrimonio, pero ella sin detenerse desechó con mucha firmeza semejante proposicion con la honrada y modesta excusa de que ella no era partido digno de persona tan alta; pero ¿qual seria el asombro y sorpresa de esta virtuosa jóven, quando á conseqüencia de su repulsa le entregó el Duque la carta que habia hecho escribir á Altamonte? No podia al leerla creer á sus mismos ojos;

y en poco estuvo que no descubriese ella misma su matrimonio, pero como de dia en dia esperaba la llegada de su marido, deseosa de restituirse á su casa, difirió semejante descubrimiento para ocasion mas oportuna. No venia entretanto Altamonte, y Agueda no se atrevia á mostrar con instancia su deseo de que viniese: ¡extraña y embarazosa situacion para una muger tan honrada y virtuosa como jóven!

Sin embargo, como el Duque se portaba de un modo muy digno de su nacimiento, y tenia con las dos señoras el miramiento mas escrupuloso; y como la inocencia de Agueda era suficiente para no preveer los riesgos á que estaba expuesta en una casa agena, las diversiones se repetian, variaban y acumulaban con tanto arte, eran tan graciosas y tan bien escogidas, que se prestaba

á ellas, y se entretenia sin temer acontecimiento ninguno siniestro.

El Duque convidaba muchos amigos, de cuya indiscrecion poco ó nada tenia que temer, porque ninguno de ellos conocia á la señorita, cuidaba sin embargo de avisarlos que la tenia persuadida á que estaba muy distante de la capital, con lo qual evitaba que acaso la desengañase alguno incautamente. Hizo mas, no se opuso á que creyesen que su familiaridad con Agueda era tan grande que llegaba al alto grado que parecia natural; esto lo hacia para que la nueva de su buena fortuna se esparciese por la ciudad y llegase bien abultada á los oidos de Altamonte.

Este marido desventurado salió entónces de la especie de letargo en que estaba sumergido, desde que el Duque se habia apoderado de su muger, y quando supo

con toda certeza que su consorte era la celebrada y ponderada jóven que el Duque mantenia á dos leguas de la capital: fué este golpe tan fuerte y de tal calidad que jamas habia tolerado otro tan insufrible. Confesar en estas circunstancias su matrimonio era hacerse la fábula de la ciudad, y era una especie de vileza aun mas deshonrosa el continuar callando; esta alternativa terrible le puso á punto de desesperarse. No dudaba de la honradez de su muger, pero conocia que sin duda padeceria mucho, y estaria muy congojada interiormente en tan violenta situacion; no halló pues, otro medio mejor que ver como podria sacársela diestramente al Duque de entre las manos, y esconderla tan cautamente que no pudiese descubrirla.

Asegurado un dia de que el Duque estaba en la ciudad, se

dirigió sin detencion á la Alquería, pero halló tambien guardadas todas sus entradas que no pudo introducirse en ella. Detúvose en las cercanías observando, y á las nueve de la noche vió volver al Duque, y el gran concurso de personas que llegáron inmediatamente le hizo conocer que aquella noche habia allí una gran cena. Agitado de mil ideas y congojas, se mantuvo en observacion y como en acecho todo el gran rato que duró la funcion, y quando todas las personas que habian estado convidadas, salian como de tropel para restituirse á la ciudad ó á las quintas vecinas, Altamonte supo aprovecharse de la confusion, y logró introducirse y penetrar temblando como un malhechor, hasta que logró tambien esconderse en un quartito, que servia de lugar comun, situado al fin de una azotea, que

por diferentes puertas comunicaba con las piezas del quarto destinado para habitacion de Agueda y su tia.

Esta noche se habia quedado el Duque solo con Agueda, porque la tia sintiendo algo pesado el estómago se habia retirado al lecho en la alcoba inmediata: la ocasion, las circunstancias, la hora y un poco de alegría que restaba despues de la cena; todo concurrió á que el Duque en sus expresiones y en sus palabras fuese ménos circunspecto, ménos delicado y ménos respetuoso que lo que acostumbraba. Agueda concibió temor al escucharle, y enojada con la mudanza que observaba, no pudo contenerse, y le dixo: "me hallo en vuestro poder y veo, que léjos de la ciudad en una casa donde todo está sujeto á vuestra voluntad, no es de maravillar que comenceis á mu-

dar de tono con una jóven que aquí no tiene recurso ni otro amparo que su inocencia y su virtud; pero desengañaos y sabed que ni vuestras proposiciones ni vuestras ofertas pueden tener efecto alguno: estoy casada, y mi marido es el señor Altamonte.—¡Altamonte vuestro marido! ¡hombre vil! él mismo me dió la carta que habeis leido.—Si él os la dió habrá tenido sus razones para obrar así.—¿Pero aun intentais disculparle? Debo á mi marido mi amor y mi fidelidad, y soy su esposa, no soy su juez: el xefe que me ha dado el cielo y la naturaleza, es preciso que tenga una prudencia superior á la mia. Despues de esta confesion que acabo de haceros, sino sois un malvado mas perverso que el ínfimo de los hombres, creo que puedo confiar en vuestro honor y no temer cosa alguna.—No señora, no teneis que temer,

y podeis aseguraros y confiar en mi probidad; pero el infame que me ha engañado, que os abandona en poder de quien le ha confiado que os ama, y que desea vuestra correspondencia, que ahora en este mismo momento suspira á los pies de otra.

" No está si no á los tuyos, esposa mia, (dixo Altamonte, entrando de golpe por la puerta que caia á la azotéa, y arroxándose á los pies de su consorte...) Vos señor Duque podeis sacrificarme si quereis, yo no merezco ni su corazon ni mi vida, pero solo la muerte podrá separarme de ella... ¡Muger adorable! ¿es posible que haya yo intentado tener oculto el honor que tenia en ser tuyo?

El Duque quedó pasmado y sin poder comprender por donde habia venido este rayo, pero siendo naturalmente generoso, alargó la mano á Altamonte y le di-

xo: "Sed desde hoy mas venturoso, vuestra muger es digna de un trono, y lo que jamas hubiera hecho por vos lo haré por respeto suyo. La he amado, pero su virtud tiene ahora mayor imperio sobre mi corazon que su misma belleza: volveos juntos á la ciudad en mi coche. Mañana destruiré yo mismo las voces que he esparcido, haciendo á Agueda la justicia que merece, y sobre todo publicando esta postrera escena que pone el colmo á su honradez; y para primera muestra de todo lo que me propongo hacer en favor vuestro, salgo por fiador, Altamonte de que quedareis libre de la venganza que pudiera emprender contra vos la persona que no ignorais."

Altamonte partió al momento acompañado de su esposa y de su tia, las quales quedáron sorprendidas quando supiéron que solo

estaban dos leguas de la capital. El dia siguiente el matrimonio que tan callado habia estado por capricho del marido se hizo público en toda la ciudad; el Duque cumplió sus promesas, Altamonte ha vuelto sobre sí, y vive tranquilo, y Agueda siempre modesta y virtuosa va perfeccionando en su marido una mudanza muy digna de su buen corazon.

ADELAYDA,

CUENTO.

Fastidiada de estar sola con su marido, la muger de un caballero que quasi todo el año vivia en una aldea con sobriedad y sin brillantéz, se escapó un dia secretamente y se encaminó á la mas cercana ciudad, donde cambió algunas alhajas de plata por cintas, blondas, gasas y otras despreciables bagatelas de las que tanto atraen á las mugeres y aun á los hombres que no tienen pensamientos juiciosos é ideas sólidas: tomó luego un asiento en el coche de diligencia, y partió para la capital, disfrazada con el supuesto nombre de señora del Arno: se estableció en un decente quarto de una posada, donde vivia con una tierna hija de solos quatro años.

En los primeros dias de su detencion despachó la señora del Arno las bagatelas que habia traido para venderlas, y finalizada la venta comenzó á visitar los edificios y paseos públicos, los teatros y los demas monumentos, que para ella, acostumbrada á la pobreza de su aldea, eran otros tantos objetos de admiracion; pero á una señora bella y de poca edad no la estaba bien recorrer sola las calles y plazas de una gran ciudad; por tanto, la señora del Arno aceptó la oferta de acompañarla que la hizo un oficial mozo que habitaba en otro quarto de la misma posada, y habia así podido tratarla y trabar amistad con ella.

La señora del Arno era agradecida y el oficial amable: iban siempre juntos al paseo, al teatro y á todas partes, y al fin se acomodáron tan bien uno con otro,

que llegó un dia en que no volviéron á la posada. En esta se creia al principio que habrian ido á visitar alguna de las magníficas curiosidades de la vecindad, y que al dia siguiente estarian de vuelta, pero se engañaban absolutamente en la posada, porque no volviéron á parecer en ella.

Entretanto la tierna Adelayda, sola en su habitacion, lloraba sin consuelo y no cesaba de llamar á su querida *mamá*. Los amos de la posada conmovidos de sus lágrimas y del cariño que habian tomado á tan amable niña, se esmeraban con el mayor ahinco en procurarla consolar; pero ni lograban enxugar sus ojos, ni podian volverla á sus parientes, porque ni sabian de donde habia venido, ni qual era el nombre de su familia, ni la niña era capaz de darles luz alguna sobre estos puntos esenciales, solamente pudiéron en-

tender que el nombre de la señora del Arno era un mero disfraz y fingimiento.

En este tiempo llegó á la posada una señora que se alojó en el mismo quarto en que estaba Adelayda abandonada: viendo tan graciosa niña, y siendo informada de su desventura, se movió á lástima en tanto grado; que deseó recogerla y criarla como hija. Los amos de la posada consintiéron de buena voluntad que se la llevara, tanto por saber que era muy rica la señora, quanto porque sin embargo del amor que tenian á la desamparada niña se hacian cargo de que si permanecia allí vendria á ser una carga demasiado pesada para ellos. De este modo por suma y muy extraordinaria ventura, halló Adelayda una segunda madre en la Baronesa del Puerto, que así se llamaba esta señora, muger muy favore-

cida de la naturaleza y de la fortuna, pero que sin embargo no podia decirse venturosa.

Viva, hermosa, tierna, rica y adornada de todo género de atractivos, jamas habia podido fixar con ellos el cariño de su inconstante marido, el qual entregado al tumultuoso libertinage del mundo, tenia á su muger léjos de sí, desterrada en una de sus posesiones, y no contento con esto, aun la privaba del gusto de ver y educar el único hijo que de él la quedaba, al qual mantenia el baron léjos de su cariñosa madre. Privada así de todos los objetos en que pudiera emplearse su natural ternura, la ocupó toda en cuidar y educar esta bella huérfana, en quien habia puesto el amor de una verdadera madre. A su lado tuvo Adelayda todos los maestros y los auxîlios que podian contribuir á perfeccionar

las buenas disposiciones de su alma y los atractivos de su figura, por manera que su merecimiento crecia con la edad, y aun se adelantaba á ella.

Aunque el baron habia fixado su morada en la capital, daba de quando en quando algunas vueltas á su casa, no olvidándose de executarlo quando era el tiempo de que sus arrendadores y demas deudores hiciesen sus pagos. La primera vez que vió la huérfana que su muger habia recogido, llevó bastante mal su determinacion, no viendo en ella mas que un superfluo aumento de gasto; pero poco á poco se fué acostumbrando á las gracias de la niña, y pasados bastantes años, quando ya dexaba de serlo, y se habian desenvuelto y perfeccionado con el arte y el esmero las muchas y muy apreciables prendas de que la habia dotado la naturaleza,

comenzó á celebrar la buena eleccion de su muger y la veia mas á menudo, estando en su casa con mas complacencia.

La baronesa que al observar esta mutacion de proceder, creia nacer de las costumbres de su consorte que le parecian ménos corrompidas, se lisonjeaba de verle volver á su obligacion, y viendo quanto apreciaba los esmeros que tenia con la bella huérfana para atraerle mas, le propuso casarla con su hijo; que finalizaba entónces el curso de su educacion; pero se habia entregado con poca reflexîon la crédula baronesa á una vana esperanza; el proyecto de su marido era muy diverso: los corazones en que los vicios estan muy arraigados y envegecidos, no ceden fácilmente á los impulsos de la virtud.

Sin embargo disimuló y apa-

rentó que aprobaba las buenas intenciones de su muger, oponiendo sola y débilmente la dificultad de averiguar el nombre y la condicion de la familia de Adelayda; pero insinuando que tal obstáculo parecia no ser suficiente para que su hijo dexase de casarse con una doncella tan adornada de las mas apreciables prendas. Despues de esta conversacion, se restituyó á la capital.

No ignoraba Adelayda lo que se habia tratado entre marido y muger, porque la confianza y cariño de esta no era capaz de ocultarla un designio tan importante para ella, y ella aun sin pararse en sus propias conveniencias, por mero reconocimiento miraba como su mayor felicidad la execucion de un plan que se dirigia á estrechar su union con su bienhechora por medio de los

vínculos de la sangre, en medio de tan deliciosas esperanzas un funesto accidente trastornó de repente todos estos proyectos.

Lo mucho que por espacio de tantos años habia hecho sufrir á la baronesa la corrupcion de las costumbres de su consorte, habia alterado poco á poco su débil temperamento, en tal grado, que qualquiera enfermedad que la sobreviniese, podria tener muy malos efectos: sobrevínole una, ocasionada de las noticias ciertas que tuvo de nuevo y muy ruidosos desórdenes de su marido, los quales causáron tanto mas estrago quanto ménos los esperaba por creerle mas corregido: en efecto se agravó tan violentamente que dentro de pocos dias espiró entre los brazos de Adelayda. Envióse por la posta la noticia de la peligrosa enfermedad de la baronesa, tanto á su marido como

á su hijo; pero solamente vino el padre, el qual la encontró difunta.

No es posible pintar el dolor de Adelayda, ni pueden compararse las lágrimas que derramó al perder su verdadera madre, con las congojas que ahora padecia: la edad, los conocimientos, las circunsiancias, las esperanzas; todo contribuia á que esta última pérdida la causase mayor dolor, y aun se aumentaba este con el temor de su futuro destino.

Entretanto el baron se esmeraba en consolarla por varios medios; pero sin que ninguno de ellos fuese el darla cuenta del proyecto de la difunta sobre casarla con su hijo. Viendo entónces Adelayda que ya no podia lisonjearse de que se verificase su casamiento con el señorito, al qual por otra parte jamas habia visto, pidió al señor baron que la

permitiese retirarse á un monasterio.—¡Un monasterio! (la dixo el baron) ¿estais verdaderamente determinada á ello? para pensar en sepultaros en un monasterio, es menester que á lo ménos tengais con que asegurar el pago de vuestra manutencion; por otra parte debeis considerar, que acostumbrada á otra vida la del cláustro os causaria un fastidio de muerte: hay para vos un método de vida mas agradable y mas brillante, y el único que debeis elegir, sino quereis proceder sin juicio: como que os amo qual si fuérais hija mia, he pensado sériamente en ello de algun tiempo á esta parte; seguid pues, mis consejos, entendida en que soy muy capaz de labrar vuestra fortuna.

Este equívoco modo de expresarse le acompañó con algunas señas de afecto particular, y

este afecto le caracterizó con varios discursos, que aunque ambigüos, no lo fuéron tanto que no los comprendiese Adelayda, no obstante su inocente pudor.

Oprimida de vergüenza, de dolor y de espanto, se ritiró á su quarto, donde permaneció tres dias encerrada y como presa, sin atreverse á salir de él, sin probar alimento alguno, aun sin rendirse al sueño, y solamente ocupada en derramar continuamente un copioso torrente de lágrimas: pasado este tiempo se vió precisada á salir de su encierro, porque el baron hizo que la llamaran con mucha seriedad.

"Adelayda, (la dixo este endurecido libertino con una sonrisa llena de doblez) Adelayda, me parece que has tenido tiempo bastante para reflexîonar sobre lo que te dixe el otro dia.— ¡Ah señor! hé reflexîonado como de-

bo. — Y bien, ¿qué es lo que has resuelto? — He resuelto morir. — Míralo bien, hija mia, y considera que de todos modos te conviene prestarte á mis consejos. — ¡Ah! no señor, primero querré morirme que envilecerme en tanto grado. — Pues bien, señorita, ya que abusais así de mi bondad, preparaos para volver al triste meson de donde os sacó mi muger, yo propio os conduciré á él."

Aquella misma mañana dió las órdenes necesarias para ello: en vano la infeliz huérfana, arroxándose á sus pies, imploró su clemencia, anegada en lágrimas, y poniendo por medianera la dulce memoria de su bienhechora: todos los criados se inundaban en llantos de compasion; solo el ferreo corazon de aquel corrompido monstruo permaneció inflexíble, sin darse á otro partido que al de

que Adelayda se rindiese á su propuesta, ó se reduxése á la infelicidad de su suerte: esto último fué únicamente á lo que hubo de reducirse su inocente honradez, y despidiéndose con la mas afectuosa terneza de una casa, donde tantos beneficios habia recibido, entró en el coche con el Baron.

Superfluo seria decir, que durante el camino empleó este quantos discursos pudo inventar para seducirla: amenazas, persuasiones, promesas, juramentos, caricias, pinturas enérgicas de futuras desventuras, perspectivas de placeres y diversiones; en una palabra, nada omitió que pudiera contribuir al logro de sus deseos, ó por medio del terror ó del atractivo; pero todo fué en vano, y no hubo modo de hacer titubear la constancia de la virtuosa doncella: llegáron por fin á la posada, y la abandoné en

ella el torpe y desapiadado Baron del Puerto.

Despues de doce años todo se habia cambiado en la posada: á los que ántes la tenian habian sucedido sus herederos, que no conociendo á Adelayda sino por una vaga tradiccion, se contentáron con asignarla por compasion un quarto pequeño y retirado, mirándola como una aventurera, de quien se fiaban poco: ella encerrada y congojada no hacia sino llorar, pensando siempre lo que seria de ella, sin amparo, ni conocimiento alguno, y sin mas bienes que una escasa provision de su peor ropa, y veinte ó treinta ducados en dinero.

Las doncellas que en las circunstancias de Adelayda estan adornadas de una belleza, un talento y un conjunto de prendas y atractivos como el que ella poseia, hallan fácilmente en las

grandes ciudades mil recursos para salir de sus apuros, y aun para enriquecerse en poco tiempo; pero ignoraba tales recursos, y aunque hubiese tenido noticia de ellos, no por eso se hubiera consolado, como que era incapaz de aprovecharlos.

Una semana habia pasado esta infeliz en tan deplorable situacion, quando en un magnífico tren de camino llegó á la posada una señora de edad algo abanzada, que suponiendo venir de Flandes comenzó desde luego á informarse si como doce años ántes habia estado allí, y dexado una niña llamada Adelayda, la señora del Arno: la favorable respuesta que la diéron la ocasionó tan violenta sensacion, que estuvo para desmayarse sobrecogida por el extremo gozo: y apénas con suma admiracion supo que actualmente estaba allí la

doncella, corrió sin detenerse á su quarto, y llamándola *querida sobrina* la estrechó con el mayor amor entre sus brazos. "No puedes negar quien eres, (la dixo) toda tu estampa es un verdadero retrato de mi hermano. ¡Pobre hermano mio! ¡quál será tu contento quando sepas que al cabo de tantos años y de tan inútiles pesquisas ha parecido al fin tu preciosa hija, que con su mismo exterior acredita serlo! Pareciale que estaba soñando á la admirada doncella, pero vivamente asegurada por las repetidas expresiones de la señora, comenzó á darla crédito, á corresponder con ternura á sus enérgicos extremos, y aun á dar gracias al cielo, que por medio del riesgo y el terror la habia guiado á la felicidad.

Supo al otro dia que su tia habia escrito á su hermano, dándole cuenta de tan venturoso ha-

llazgo, para que sin demora se pusiese en camino, y viniese á estrechar en sus paternales brazos, á recoger y hacer feliz tan amable hija: entretanto que llegaba determinó la tia tomar una casa de alquiler donde esperarle y recibirle: así se executó, y sin detencion se pasó á ella con su querida sobrina.

Sin embargo de que en esta casa vivian con mucho retiro, no dexó de divulgarse la noticia de que habia llegado á la capital la ilustre madama Robart, que así se llamaba la recien venida tia de Adelayda: acudiéron á cumplimentârla varias personas de distincion, y ella no pudo dexar de advertir á su sobrina, que siendo ámbas de una familia muy esclarecida, ni podian dexar de tratar con sus iguales, ni aspirar ella á otra cosa que á proporcionarse un matrimonio muy ventajoso. En

nada pensaba madama Robart si no en su sobrina, y habiendo hallado en ella el mas claro ingenio, la mas hechicera gracia, y los modales de la mejor educacion; deseosa de divertirla miéntras venia su padre, comenzó á freqüentar en su compañía las personas cultas, los teatros, los bayles, los paseos, y todas las mas brillantes concurrencias: su tertulia fué dentro de poco muy numerosa, y los mas distinguidos jóvenes aspiraban á porfia á la fortuna de poseer el corazon de Adelayda.

Uno de estos era Vallemonte, hijo único de una familia muy rica y condecorada, que habiéndola visto en el teatro, y concurrido con ella en un bayle, muy enamorado de ella, habia logrado que le presentasen á la tertulia de la tia, y siendo conocido por persona rica, ilustre

y de muy buenas costumbres, tuvo en ella muy buen acogimiento. Declarado dentro de poco este, y hallando honrada correspondencia en Adelayda, la aprobó la tia, asegurando que no dexaria de hacer lo mismo su hermano luego que llegase, por lo qual podian mirarse y tratarse de allí adelante como destinados uno para otro. Adelayda indicó á la tia quanto la afligia la fastidiosa turba de petimetres atolondrados que la rodeaba y asediaba, fatigándola con sus estudiadas expresiones, y con la repetida y molestísima oferta de su mano y de su corazon; por tanto la tia desembarazó muy presto su casa de esta muchedumbre de galanes zánganos, y quedó libre el campo al venturoso Vallemonte, que con su modo tímido y respetuoso ganaba cada dia mas la tierna confianza

de la sobrina y la complacencia de la tia. ¡Qué gustosa estacion y qué deliciosa perspectiva! pero en medio de ella habia llegado el tiempo de que se descorriese el telon, y se descubriese una escena capaz de horrorizar y llenar de pálido terror á las almas virtuosas é inocentes.

Una noche fuéron las dos señoras en casa de una parienta de madama Robart, que las habia convidado á cenar; y el feliz Valiemonte tuvo el placer de ser elegido para acompañarlas: no tuvo mas concurrencia que unas cinco ó seis señoras, y otros tantos caballeros; y la cena fué abundante y exquisita: se vaciáron alegremente muchas botellas, y sin embargo de que Adelayda fué muy moderada en la bebida, al cabo de la cena sintió fuertes desvanecimientos de cabeza, que la obligáron á la necesidad de

procurar serenarse con el sosiego, reclinándose sobre un sofá, donde asida de la mano de su futuro esposo, se quedó dormida. Fué tal el sueño, que aunque agitada por extraordinarios ensueños y pesadillas, no pudo abrir los ojos en toda la noche.

Al fin, ya muy de dia despertó, y con grande admiracion suya se halló en casa de su tia, en la misma alcoba donde las demas noches, desnuda y acostada en el mismo lecho en que solia dormir, aunque acordándose muy bien de que se habia dormido en otra casa, vestida y solamente recostada. Confusa por no acordarse como ni quando la habian vuelto á su casa, desnudándola y acostándola en su propio lecho; temerosa, pues, de que se engañaba, saltó de la cama, y en camisa fué á descorrer las cortinas y abrir las ventanas; pero

al volverse, ¡quál fué su sorpresa y su temor viendo á Vallemonte, que sentado en su camapé la contemplaba de un modo triste, silencioso y confuso! Comprehendió entónces la desventurada todo el horrible misterio, y faltándole al instante las fuerzas, aun para pronunciar una sola palabra, se desmayó de repente, y hubiera caido hasta el suelo si sosteniéndola Vallemonte no lo hubiera impedido: restituyóla á su lecho, y con el oportuno remedio de aguas espirituosas, hizo que poco á poco se fuese restableciendo en su sentido.

Quando la infeliz Adelayda pudo abrir los ojos, encontró á su lado de rodillas al desolado Vallemonte, que teniéndola asida una mano la inundaba con expresivas lágrimas; retiróla con desden, y aunque Vallemonte intentaba hablarla, volvió con des-

pecho á otro lado la cabeza, negándose enteramente á escucharle. Sin embargo, el dulce nombre de cara esposa, que lleno de afliccion repetia el amante, la expresion del mas vivo y síncero arrepentimiento, y el deseo de que pusiese remedio á su desgracia, cumpliendo sus promesas, moviéron al fin á la malaventurada jóven á que con ménos rigor dexase concebir á su enamorado esperanzas de mejor acogimiento, y aun de su completo perdon.

Salió entónces Vallemonte, y dirigiéndose á toda prisa en busca de madama Robart, iba á oprimirla con improperios é insultos como á una indigna, que engañándole, le habia precipitado á cometer una vileza, la qual causando la desolacion de su amada, le oprimia á él mismo con intenso dolor. Quando llegó donde estaba la encon-

tró el afligido mancebo como en consulta con su propio padre.... ¡con su propio padre! dirán admirados los que lo oigan: sí, su padre era el Baron del Puerto; y Vallemonte, aquel hijo que en otro tiempo habia sido destinado para esposo de Adelayda, el qual por causa de un vínculo que obligaba á ello, y habia heredado poco ántes, se habia mudado el antiguo nombre en el que ahora llevaba: habiase introducido en casa de la Robart, porque habiendo esta observado en él teatro que Adelayda le miraba con ternura, y como con inclinacion, habia hecho que le llevase á su casa uno de aquellos malvados aventureros, que con el disfraz de personas de distincion corrompen la juventud en las grandes ciudades.

El Baron y su hijo quedáron igualmente sorprendidos de ha-

berse encontrado en aquella casa, porque las freqüentaban sin saber uno de otro; pero aunque sin preparacion ámbos supiéron disimular, y Vallemonte se despidió lo mejor que pudo, sin decir á la Robart los improperios que deseaba. El Baron, oyendo entónces á la malvada Robart que aquel era el mancebo que habia destinado para ganar el corazon de Adelayda, y que así sirviese para hacerla condescendente á todos sus exêcrables proyectos; se llenó de furia y enojo, y lanzando contra la vieja mil imprecaciones, salió de su casa, y el mismo dia hizo que su hijo partiese sin ver á nadie para su regimiento.

¿Mas quién era la ilustre y buena madama Robart? ¿quién era la tierna y cariñosa tia de Adelayda? Era una de aquellas mugeres infernales que por desgracia

suelen abundar en las grandes ciudades; de aquellas mugeres, que habiéndose ya pasado la edad que presta auxîlios al libertinage propio, se emplean en solicitar y promover el ageno; aspiran á corromper la juventud y asedian la inocencia para abandonarla en los brazos de la infamia y de una vida entregada á la maldad y á la corrupcion; una de aquellas mugeres sin vergüenza que hacen tráfico de la belleza de algunas mal aconsejadas víctimas que se confian en ellas: finalmente uno de aquellos monstruos, que son el oprobrio y baldon de su sexô, la cizaña y polilla para el nuestro, y el mas abominable escándalo de la naturaleza y de la virtud.

El mismo dia en que habia supuesto venir de Flandes, saliendo de su casa, habia dado una vuelta para apearse en la posada: supuso alquilar una casa, que era

esta misma en que vivia, de la qual solo mostró una parte á su huéspeda, reservando con la comunicacion de una puerta cerrada el resto que servia para taller de sus maldades: despues de un corto paseo por calles desconocidas, conduxo á la inocente doncella á esta ignorada parte de su habitacion, y recibida por otras mugeres corrompidas con nombre de parientas y amigas; efectuó la cena, que por medio de un bebedizo preparado servia de principio para facilitar sus exêcrables proyectos. El detestable baron que habia jurado la pérdida de Adelayda, habia desatado contra ella este monstruo, y á sus expensas se dirigian y efectuaban los ardides y empresas de la maldita vieja.

Adelayda viendo que no volvia Vallemonte, confió á la que creia su tiá la honrosa desgracia

que la atormentaba, y la infernal corruptora, conservando la máscara de su hipocresía, procuró disculpar la que llamaba fogosidad de la juventud, que sin duda se corregiria; y deseosa de completar su obra, se esmeró en consolar á la jóven y enxugar sus lágrimas, manejando con la mas fina delicadeza todos los artificios de su maligna seduccion. No obstante, su estudiado disimulo, Adelayda observó con desconfianza y conoció muy presto sus dobleces y tramas, y deseó libertarse de ellas: el casual conocimiento de una viuda pobre, pero honrada y virtuosa, la sugirió la idea y la esperanza de conseguirlo: una noche logró escaparse de aquella funesta prision, y se refugió en el asilo de la humilde y honrada casa de esta muger de bien, que moraba en un parage poco freqüentado y muy distante del trá-

fico de la ciudad. No llevó mas que el poco dinero que la restaba y la ropa que tenia puesta, y con las escasas facultades de la viuda y su trabajo personal estableció un género de vida laborioso, parco y seguro, pero que aun no era suficiente para consolar su suerte infeliz, y el oprobrio de que aunque inocente se veia amenazada.

Una noche, que paseándose con su amiga la honrada viuda, iba sumergida en su profunda melancolía, sintió que la tocáron ligeramente en un brazo: volvió la cabeza y se halló con Vallemonte, que acababa de volverse de su destino. Fácil es de comprehender el temor y la sorpresa mútua que ámbos sintiéron: explicáron al buelo lo que estaba en sus corazones; y oyendo Vallemonte que Adelayda se habia libertado de las redes de la infa-

me Robart, la propuso que la si-guiese y se estableciese con él. "Yo (la dixo) he sido la causa de vuestra desgracia, cruelmente engañado permití y aproveché las tramas puestas contra vuestra integridad y vuestra inocencia: á mí es á quien toca remediar los daños que os he causado. Olvidemos, cara esposa, todo lo pasado, no vivais en adelante sino para mí; yo viviré solamente para vos, y os juro que no tendreis que arrepentiros de haberos unido á Vallemonte."

Aunque Adelayda movida de su natural inclinacion, amaba cordialmente á este jóven, no se dexó llevar de sus promesas ni de sus juramentos; pero consintiendo en la oferta que la repitió de casarse con ella, venció los estímulos de su tierna pasion, quedándose como estaba en compañía de la honrada viuda, aunque

dando permiso á su futuro esposo, para que alguna vez las visitase con recato. En estas visitas, que solian dirigirse á dar algun socorro á su esposa futura, y que siempre se verificáron sin ofensa de la virtud, descubrió Vallemonte que Adelayda por colmo de su infortunio, padecia indicios evidentes de maternidad; y habiéndole por tanto instado ella varias veces para que acelerase la legítima union á que aspiraba; él protextando su infalible cumplimiento, la manifestó las dificultades que tenia para abreviarla, y que provenian de ser hijo de familia, y del genio de su enojado padre, el Baron del Puerto.

Sorprendida la infeliz, desamparada con esta noticia, y sin descubrirle todo el horror de las iniquidades del Baron, hizo sabidor al hijo de todo el resto de su trágica historia, sin omitir el

último proyecto de la difunta Baronesa. Por estos medios se aseguró mas y mas Vallemonte en el designio de casarse con Adelayda, luego que pudiese efectuarlo con libertad; y prosiguiéron tratándose algunos meses con mas freqüencia; pero siempre sin ofensa de la virtud.

Mas de ocho habian pasado despues que la infame Robart habia perdido la esperanza de lucro que se tenia prometido sacar de Adelayda; quando por un extraordinario acaso vino á descubrir que Vallemonte la trataba: enfurecida con esta noticia hizo que llegase á oidos del Baron, el qual aun no habia desistido de lograr algun dia sus deseos; y lleno del mas ruin despecho, puso tales medios, que consiguió hacer arrestar á su hijo.

Verificado el arresto, lo avisó Vallemonte á su esposa por medio

de un breve billete que recibió en la calle, y quasi á las puertas del hospital general. Desolada con este nuevo mal, se accidentó tan gravemente que la recogiéron sin sentido en aquella casa de piedad, donde con dificultad lográron volverla en su acuerdo, despues de haber dado á luz una hermosa niña: puesta entónces en los brazos de la muerte, que conocia ella y le aseguraban todos ser inevitable, escribió al Baron el siguiente

Billete.

"Ya podeis señor Baron poner en libertad y volver á vuestra gracia á vuestro hijo, á quien tan injustamente habeis privado de una y de otra: al tiempo que recibais esta, habrá ya dexado de vivir la infeliz Adelayda, que os sirve de pretexto

para tratarle como delinqüente. Reflexîonad vuestros propios procedimientos con esta desventurada, y disculpareis sin duda los suyos, y ya que me habeis reducido á tanto infortunio, acordaos que fuí destinada para ser su esposa. Amadle como merece; pedid á Dios que os perdone como yo os perdono, y pues habeis precipitado al sepulcro á la que tantas veces llamasteis vuestra hija, mirad á lo ménos con caridad á vuestra nieta y á vuestro hijo que la ha dado el sér. Ya espirando no puedo escribir mas."—

Adelayda.

Quando el Baron recibió esta carta de mano de un dependiente del hospital, supo que efectivamente habia algunas horas que habia espirado Adelayda, y que su hija la habia recogido la pie-

dad de aquella casa, como suele hacerse con otras criaturas desamparadas. Sospechoso, no obstante de que en esto hubiese algun fraude; y conmovido por otra parte á justa, pero tardía lástima, quiso averiguarlo, y encaminándose con el portador al hospital, encontró difunta Adelayda, que aun permanecia en su lecho con el candilon que acostumbran poner á los recien difuntos, y la sábana sobre la cara. Descubrióla, y su mortal palidéz le llenó de horror y de dolor. Anegado en llanto aquel hombre duro, estremeciéndose, sobrecogido, sin saber qué hacer ni qué decir, dió al Administrador de la casa el dinero que llevaba consigo, rogándole que hiciese á la madre un entierro mas aparatoso que á los demas, y que cuidase con esmero á la hija, seguro de que vendria á recogerla.

Pálido y terrorizado se pasó por la casa de la Robart, y recogió sin hacer caso de réplicas, un cofre en que estaban todas las alhajas y prendas que habian sido dádivas, ó suyas ó de su muger para Adelayda, y que habia depositado en manos de aquella malvada tercera para entregárselas prontamente luego que comenzase á prestarse á sus deseos. Partió de allí dexando despechada á la infame muger, y sacando de su arresto á Vallemonte, al qual solo contó una parte de lo sucedido, tomó con poca detencion el camino de su pais, donde esperaba libertarse de sus acerbos remordimientos y poder consolar á su hijo.

Poco habian caminado quando saliendo de una espesura cinco hombres á caballo y enmascarados, detuviéron el coche, y con pistolas en las manos les pi-

diéron lo que llevaban, y determinadamente el cofre que señaláron. Quisiéron ponerse en defensa los caballeros, y á sus primeros movimientos uno de los ladrones disparó una pistola, é hirió gravemente al Baron, el qual correspondiéndole con otra dexó tendido en el suelo á su matador, que cayó del caballo con estruendo. Este incidente, y dos carruages que se descubrian hácia el lado de la capital, y se apresuráron al oir el ruido, turbáron á los quatro salteadores, y escapáron á toda carrera sin empeñarse mas en la accion.

Llegáron los dos carruages muy presto, y apeándose de ellos dos ancianos, uno de los quales llevaba uniforme de Coronel, acudiéron á socorrer al Baron, que encontráron herido de cuidado: recogiéron la sangre como pudiéron, determinados á restituir-

se á la capital, donde si fuese posible le curasen.

Quitáron la máscara al vandído que parecia difunto, y todos quedáron pasmados al oir que el Baron y Vallemonte gritaban á una voz: *¡ó muger malvada!* Era en efecto muger, y era la misma Robart, que pronta para qualquiera maldad, y viéndose llevar las alhajas de Adelayda, que habia creido tener aseguradas, determinó robárselas al Baron, y para ello se disfrazó y enmascaró, acompañada de quatro de aquellos malvados, que en su casa hacian papel de grandes caballeros.

Aun no habia espirado, y recobrando en su misma rabia un poco de esfuerzo, entre lamentos y exêcraciones, habló lo suficiente para descubrir toda su maldad, y acabó con estas notables y horrorosas expresiones: "muero ra-

biando, y muero por tu mano, Baron indigno; pero tengo al morir la agradable satisfaccion de que tambien tú mueres por la mia... las balas que introduxe en tu cuerpo estan envenenadas. — Oxála hubiera podido hacer que igual suerte hubiera libertado al mundo de la gazmoña... de la fugitiva Adelayda, que se escapó... y sin poder decir mas espiró entre contorsiones y blasfemias á medio pronunciar."

Todos se horrorizáron; mas el que tenia divisa de Coronel se adelantó diciendo con mucho ahinco: "¿qué Adelayda es esta de que habla? Es mi desventurada esposa (respondió Vallemonte). ¿Pero es acaso?... replicaba el Coronel; mas el otro anciano le interrumpió diciendo; pero vos, ¿quién sois? Es mi hijo único, replicó el mal herido Baron; y los dos advenedizos preguntáron á

una voz, ¿y quién sois finalmente vos? — Vuestro servidor, el Baron del Puerto. — ¡El Baron del Puerto! (exclamó cada uno por su parte) y vuestra esposa. — Mi esposa es ya la difunta.. — Pero habia recogido y educado. — Habia educado á Adelayda.... ¿y Adelayda (dixo el Coronel), ha vivido con madama Robart? y su compañero añadió: ¿era por ventura hija de una que se llamaba la señora del Arno? — Sin duda alguna, (respondiéron padre é hijo) de la señora del Arno, que desapareció dexándola abandonada de solos quatro años. — Basta, basta (dixéron los otros), no perdamos tiempo: apresurémonos para llegar á la Ciudad y curar al señor Baron; sabemos bastante, allí nos informarémos por menor. En efecto, tomáron el camino de la capital, llevando atravesado en su caballo el ca-

dáver de la infeliz malhechora."

Llegáron á la capital, y todos se hospedáron en la misma posada donde Adelayda habia sido abandonada por dos veces: los cirujanos no juzgáron que la herida del Baron era por sí misma de mucho peligro, pero notáron algunos síntomas que les diéron bastante cuidado: reconociéron el cadáver de aquella difunta vestida de hombre, y todos los de la posada aseguráron ser aquella la misma muger, que diciendo ser tia suya habia sacado de allí á la jóven Adelayda. La justicia, que fué al instante llamada, despues de hacer una informacion sumaria, se llevó el cadáver y el caballo, dexando presos en la posada, baxo su palabra de honor, al Baron, y á todos los que habian venido con él; pero poco duró esto, porque por indicios que sacáron del

caballo descubriéron y prendiéron muy presto á los quatro salteadores, los quales confesáron todo el caso, y de resultas quedáron en libertad todos los demas.

El Baron satisfizo completamente la curiosidad del Coronel y del otro anciano en quanto á Adelayda, contando toda su historia sin ocultar sus propios errores, de que se mostró muy arrepentido y muy dolorido de no poderlos reparar. Vallemonte añadió á esta relacion la parte que á él le tocaba; y el Coronel, despues de haberlos oido, refirió que él era albacéa y testamentario de la Vizcondesa del Paso, que acababa de morir en el Guarico, muy rica y arrepentida, habiendo declarado toda la historia de su extravío, de su fuga y del abandono de su hija; la muerte del oficial que la acompañaba, y el modo con que habia enriquecido,

comerciando con el corto caudal que tenia: de todo dexó por heredera á su Adelayda, encargando que la buscasen: traia consigo el valor de la herencia, el testamento, y una carta para el Vizconde: hechas varias diligencias, y habiéndole referido lo que por memoria sabian en aquella misma posada, habia salido quando los encontró con direccion para el estado del Baron del Puerto por si pudiese descubrir noticias de Adelayda, y con ánimo de dirigirse despues al Vizconde del Paso para ver si las hallaba de la tia, que se la habia llevado, y que ahora descubria ser una malvada y tia fingida, que habia pagado ya su delito.

"Mas habeis conseguido que lo que pensais, (dixo luego que acabó el otro anciano, que con suma atencion y conmocion lo

habia escuchado todo) mas habeis hecho: vais en busca de la hija, como yo mismo voy, y con la noticia de ella, habeis encontrado tambien á su padre. Yo soy el Vizconde del Paso, el infeliz esposo de la que por huir de su lado se disfrazó con el nombre de la señora del Arno. — ¡Oh, bien empleado viage, y mil veces venturoso susto!... Ved aquí la carta de vuestra esposa. Entregósela, y decia así:"

Carta.

"En esta última y terrible hora, que ya me amenaza con la infalible eternidad, y la dudosa decision de mi suerte, señor Vizconde, (que no me atrevo á deciros esposo, despues de tan antiguo extravío) en esta fatal hora solo escribo para pediros humildemente perdon, deseosa

de que este sea preliminar del que espero de Dios. En mi testamento, que con mis bienes y con esta lleva mi albacéa el Coronel Bertrand, encontrareis las señas de donde dexé abandonada nuestra hija Adelayda: si la habeis recogido ó la encontrais ahora, servid de medianero para que perdone á su arrepentida madre aquella inconsiderada crueldad. Ahora que tendrá diez y siete años y mucha hermosura, con vuestros bienes y los que yo la dexo, podrá encontrar un buen partido para casarse: casadla, pero casadla por eleccion y gusto suyo, para no exponerla á cometer algun error, semejante al de su madre: mi aversion á una edad..."

"No hay para que leer mas, dixo el Vizconde, mi hija, segun la relacion que me habeis hecho, ama á vuestro hijo, y vuestro hi-

jo muestra corresponderla con ternura; casémoslos, y olvidémos absolutamente todo lo pasado. Oxala pudiera esto verificarse, (respondió el Baron) llevaria yo á lo ménos á la huesa el consuelo de no haber sido causa de su muerte, pero ya no hay remedio, pues no vive: yo propio la he visto difunta en el mísero lecho de un hospital; he pagado su entierro; he dado para que cuiden de su hija miéntras se recoge, como os encargo encarecidamente: he otorgado hoy mismo un codicilo, dexando declaradas las alhajas y prendas que fuéron de su madre y contiene ese cofre, añadiéndola una considerable manda, y substituyéndola en toda mi herencia á mi hijo, si muriese sin otra sucesion..."

Con este nuevo pesar se indispuso gravemente el Vizconde,

y fué forzoso retirarle á su quarto y se separáron. El Baron sintió desde luego muy agravados los síntomas de su herida, y ántes de amaneçer espiró del veneno que la infame Robart habia introducido con las balas: atónitos todos con el mas grave pesar y congoja, diéron á la tierra su cuerpo haciéndole las debidas exêquias, y permanecian absortos sin saber qué hacer, ni qué resolverse: inconsolable Vallemonte lloraba como una muger, y el prudente Vizconde en medio de su inexplicable afliccion se esmeraba por aliviar sus penas.

Al cabo de tres dias, libres ya de toda opresion exterior, determináron ir los tres á recoger la niña, y á mandar que se hiciese un honroso funeral á su madre. Sumo fué su placer, quando habiendo preguntado por aquella se la presentáron muy bell

robusta y muy aseada." ¡Qué completo retrato de Adelayda! (exclamó al verla Vallemonte) Mejor lo diriais, (replicó el Administrador) si la vierais ahora, como yo acabo de verla. — ¿Acaso en el sepulcro ::: — ¡Qué sepulcro! en su cama está, y aunque sin haberse librado de riesgo, tan mejorada que va adquiriendo el mas hermoso color. — ¿Cómo es posible? (dixo el Vizconde) ¿si la han visto difunta? es verdad; (dixo el Administrador) la vió un caballero algunas horas despues que todos la creiamos muerta, y aun dexó dinero para pagar su entierro; pero volvió de su accidente, y las medicinas y grande cuidado con que la tenemos en una sala separada la van restableciendo::: pero mejor es que la veais. Sin detencion fuéron conducidos á la cama en que estaba."

"Gracias á Dios, (exclamó

Adelayda con voz apagada y fixando los ojos en Vallemonte) gracias á Dios que estais ya en libertad, y no padeceis por causa de una muger malaventurada::: ¿pero para qué me presentais esta huérfana infeliz como su madre?" Esto añadió al ver la niña que llevaba en los brazos el Vizconde. Consoláronla entónces con reserva, y poco á poco la refiriéron todo lo acaecido, descubriéndola quanto ignoraba, y alentándola con la certeza de su matrimonio con el nuevo Baron, y con la agradable perspectiva de una vida feliz: á todo lo qual contextó, besando la mano á su padre, y estrechando su hija entre los brazos.

"Si alguna cosa, dixo, puede darme algun contento en todo lo que me decis, es la felicidad que espera esta tierna prenda de mi corazon; para mí ninguna puede haber si no en Dios. No niego que

he amado, y que amo á Vallemonte; que me complazco con la memoria, y aun mas con el arrepentimiento de mi madre; y que es extremo mi gozo al encontrar mi venerado padre; pero mi situacion no es para aspirar á los contentamientos de este mundo. Dentro de poco pasaré á ser juzgada donde lo ha sido el Baron y la infeliz Robart, no me distraigais; y dexadme morir sin remordimientos.

Se esmeráron en consolarla, y por no molestarla se retiráron: el padre entraba á verla todos los dias, y el Baron temeroso de ofenderla, se contentaba con verla desde la puerta, y con enviarla algunos recados con la buena viuda, que la habia dado albergue. Insensiblemente se recobraba y mejoraba su salud con tales auxîlios, y ántes de un mes se halló restituida á su mayor robustéz. Celebróse á gusto de todos

el casamiento, asistiendo tambien la honrada viuda, que se quedó con ella, y en adelante vivió tan venturosa, como infeliz habia vivido hasta entónces: sirviendo de exemplo de como premia el cielo á los que respetan la virtud aun en medio de sus mayores desventuras.

FIN.

